

1968:

Entre las tensiones del mundo bipolar y las esperanzas de que todo puede ser posible

Autores Coordinadores
Julián Andrés Lázaro Montes
Laura Salcedo Díaz



SELLO EDITORIAL
CORUNIAMERICANA



DehJüS
Sociedad, Justicia y Desarrollo Humano

 **SELLO EDITORIAL**
CORUNIAMERICANA

1968:
**ENTRE LAS TENSIONES DEL MUNDO BIPOLAR Y LAS
ESPERANZAS DE QUE TODO PUEDE SER POSIBLE**

Autores Coordinadores
Julián Andrés Lázaro Montes
Laura Salcedo Díaz

Autores
Julián Andrés Lázaro Montes
Laura Salcedo Díaz
Edwin Corena Puentes
Christian Maldonado Badrán
Muriel Jiménez Ortega
Giuseppe D'Amato Castillo
Adriano Guerra

Libro resultado de investigación, realizado a partir del trabajo colaborativo entre grupos de investigación Law and Sciences, Dehjüs y el desarrollo de propuestas que contribuyen al fortalecimiento de los indicadores de generación de nuevo conocimiento en el área del Derecho.

1968. Entre las tensiones del mundo bipolar y las esperanzas de que todo puede ser posible/ Laura Salcedo Díaz ... [et al.]. -- Barranquilla: Corporación Universitaria Americana, 2018.

157 p. ; 17x24 cm.
ISBN: 978-958-56182-2-0

1. Manifestaciones e influencia --- Movimientos universitarios -- Colombia 2. Opinión pública -- Caricatura -- Colombia 3. Barranquilla -- Corporación Universitaria Americana. I. Salcedo Díaz, Laura II. Lázaro Montes, Julián Andrés III Corena Puentes, Edwin José IV. Maldonado, Christian V. D'Amato Castillo, Giuseppe VI. Jiménez Ortega, Muriel. VII. Guerra, Adriano Israel.

305.9 T312 2018 cd 21 ed.
Corporación Universitaria Americana-Sistema de Bibliotecas

©Corporación Universitaria Americana
©Sello Editorial Coruniamericana©
ISBN: 978-958-56182-2-0

1968: ENTRE LAS TENSIONES DEL MUNDO BIPOLAR Y LAS ESPERANZAS DE QUE TODO PUEDE SER POSIBLE

Compiladores:

© Julián Andrés Lázaro Montes, © Laura Salcedo Díaz

Autores:

© Julián Andrés Lázaro Montes, © Laura Salcedo Díaz, © Edwin Corena Puentes
© Christian Maldonado Badrán, © Muriel Jiménez Ortega, © Giuseppe D'Amato Castillo

Presidente

JAIME ENRIQUE MUÑOZ

Rectora Nacional

ALBA LUCÍA CORREDOR GÓMEZ

Vicerrector Académico Nacional

MARIBEL YOLANDA MOLINA CORREA

Vicerrector de Investigación Nacional

ASTELIO DE JESÚS SILVERA SARMIENTO

Director Sello Editorial

JUAN CARLOS ROBLEDO FERNÁNDEZ

Sello Editorial Coruniamericana
selloeditorialcoruniamericana@coruniamericana.edu.co

Diagramación y portada: Kelly J. Isaacs González

Imágenes tomadas de google (Montaje)

Corrección de estilo: Eva Luna Contreras Mariño

1ª edición: 13 de marzo de 2017

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma o por medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otro, sin previa autorización por escrito del Sello Editorial Coruniamericana y de los autores. Los conceptos expresados en este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente corresponden con los de la Corporación Universitaria Americana y da cumplimiento al Depósito Legal según lo establecido en la Ley 44 de 1993, los decretos 460 del 16 de marzo de 1995, el 2150 de 1995, el 358 de 2000 y la Ley 1379 de 2010.

Pares Evaluadores

Roberto González Arana

Ph.D en Historia del Instituto de Historia Universal,
Academia de Ciencias de Rusia. Moscú – Rusia
Docente Universidad del Norte

Tomás Caballero

Ph.D. en Historia de la Universidad Pablo de Olavide,
Sevilla – España. Docente Universidad del Atlántico

Comité Científico

Diego Higuera Jimenez

Ph.D en Derecho
Universidad Santo Tomás

Mireya Camacho Celis

Ph.D en Derecho
Universidad Nacional de Colombia

Adelaida Ibarra

Ph.D en Derecho
Universidad de los Andes

Omar Huertas Diaz

Ph.D en Derecho
Universidad Nacional de Colombia

Contenido

Prólogo.....	7
Capítulo Introductorio	
1968: Entre las tensiones del mundo bipolar y las esperanzas de que todo puede ser posible.....	10
<i>Julián Lázaro Montes, Adriano Guerra</i>	
“Una cosa nunca vista”: Paulo VI en Colombia y la producción del acontecimiento desde el semanario El Campesino.....	31
<i>Muriel Jiménez Ortega, Edwin Corena Puentes</i>	
1968 en caricatura: representaciones y construcción de imaginarios en la opinión pública colombiana a través del arte caricaturesco en el diario El Tiempo	65
<i>Julian Lázaro Montes, Laura Salcedo Díaz</i>	
Manifestación e influencia de los movimientos universitarios en los discursos sociales colectivos de Colombia, 1968 – 1972.....	105
<i>Guissepe D’Amato Castillo</i>	
Nociones de desarrollo y subdesarrollo en la Conferencia Episcopal Latinoamericana 1968.....	129
<i>Christian Maldonado Badrán</i>	

Prólogo

Una de las constantes dinámicas del ejercicio de la historia tiene que ver con identificar las coyunturas dentro de la estructura. A nivel mundial son bien conocidas varias fechas que permiten ver a través del tiempo los sucesos que han marcado momentos definitivos, cambios o radicales revoluciones. Los años 1492 o 1789 son algunas de esas memorables fechas cuyos acontecimientos destacables no se encajan dentro de un solo día, sino que son la seguidilla de sucesos en diferentes momentos durante dicho calendario.

El resumen de los acontecimientos de un año no es un ejercicio de reunión de hechos, sino que constituye un proceso de delicada selección. Aun así, no son aquellos años que acumulan más sucesos los que se consideran destacados, son precisamente las coyunturas de momentos de inflexión, revoluciones o involuciones, las que se destacan. Periodos en los cuales una gran parte de la humanidad es afectada por esos cambios para siempre. A medida que sentimos esos acontecimientos, esos sucesos más cerca, la selección se complica por la cantidad de información y por la sensación de un tiempo en constante cambio en el que vivimos. Pero sin duda, dentro del largo calendario del siglo XX la década de los sesenta fue un momento definitivo, de cambios, libertades y represiones. Modas, movimientos y guerra surcaron esos convulsionados años, y dentro de esos, 1968 se erige como una cumbre definitiva de cambio.

Dentro de la misma década de los sesenta se distingue el contexto de la Guerra fría, la Guerra de Vietnam, la batalla contra el avance del comunismo desde la visión occidental, o bien, la liberación del mundo de un sistema opresor como el capitalismo, desde la visión revolucionaria. Y como sucesos puntuales dentro de la década de los sesenta el Mayo del 68 francés y la Primavera de Praga se consolidan como indudables acontecimientos del contexto internacional. Por su parte, Colombia por dentro vivía la feroz lucha entre el Estado, bajo el Frente Nacional, y las guerrillas de diversa índole, con inspiración en triunfos cercanos, como el de la insurgencia cubana en la década anterior. Así mismo, África y Asia viven su fiebre de guerrillas en medio de los desequilibrios y las desigualdades sociales.

Pero la historia también es moldeada por los vestigios y las fuentes de información que van recolectando esos sucesos. Hoy en día, tanto archivos audiovisuales, así como los rastros de las redes sociales podrían contener la gran parte de la información circulante. No obstante, para los años sesenta aun la prensa seguía dominando las fuentes de información. Aunque las emisoras avanzaban cada vez con mayor fuerza a través de los radio periódicos. Por ello, los capítulos que componen este libro están basados en su mayoría en el diario

El Tiempo, impreso en Bogotá, pero conteniendo toda la información nacional e internacionales de esos años. El tiempo como dictador de los sucesos y El Tiempo, como seleccionador y curador de éstos dictamina la opinión. Asu vez, el eterno aguijón de Caliban aún seguía por esos años intentando ser la voz imparcial de la realidad, tratando de reaccionar ante cualquier transformación de su estatus quo, de su República perfecta observada desde la cumbre de su trinchera crítica.

El plan de la obra contempla un capítulo introductorio que contextualiza en los diferentes acontecimientos de trascendencia durante el año 1968, pero que no los circunscribe a Colombia, sino que los mira desde una perspectiva intercontinental. El mundo va siendo cada vez más globalizado y los acontecimientos, por ende, están cada vez interrelacionados. Los triunfos de lejanas guerrillas, aunque no estén vinculados en su accionar con las guerrillas locales si servían de inspiración para los imaginarios de construcción de un mundo unificado hacia un solo proyecto.

En medio de estas convulsiones, la visita del Papa Paulo VI a través de la óptica de un semanario campesino es el punto de partida del capítulo escrito por Muriel Jiménez y Edwin Corena. En una coyuntura donde la teoría de la liberación hacia carrera en los sectores populares de las urbes colombianas, el campesinado no fue ajeno a la necesidad de organización y de obtener un lugar dentro del espectro de la opinión. Los autores utilizan el “acontecimiento” para analizar su construcción a través de discursos y acercamientos como figuración del campesinado dentro de la visita papal. De igual forma, se apoyan en la representación visual del Papa en contraposición del papel predominante de los campesinos. Más allá de los vínculos desarrollados por el trabajo de la tierra, los campesinos también utilizaron dicho acontecimiento para fomentar su unidad, representatividad y visualización dentro del entorno nacional.

En esta misma línea, Julián Lázaro y Laura Salcedo, analizan la producción de caricaturas en El Tiempo como representación de imaginarios sobre los sucesos coyunturales de los meses de 1968. La sátira del caricaturista llama contantemente la atención sobre un mundo dividido entre la guerra y la paz, todo bajo argumentos defendibles de libertad y democracia. En el contexto nacional, escenas de la vida cotidiana, los vientos eleccionarios y las decisiones presidenciales ocupan la pluma de los caricaturistas Aldor, Chapete y Merino, cuya línea de ironía intentaba retratar apresuradamente el espíritu de los acontecimientos.

Guiseppe D'Amato, se interna por los caminos del Movimiento estudiantil en Colombia, frente a las influencias externas como las inspiraciones del mayo del 68, la Revolución Cubana, las doctrinas del comunismo chino y las directrices de la Unión Soviética. Todo ello en el marco de un gobierno bipartidista que se sucedía el poder: el Frente Nacional. Los Movimientos estudiantiles van a ser fundamentales en esta coyuntura por su carácter crítico con los gobiernos, por su lucha constante, por el impacto de su accionar frente a la opinión pública, pero sobre todo por su sueño de transformar el mundo en una sociedad más justa e igualitaria, todo desde sus centros de reflexión llámense universidades o colegios. La protesta estudiantil como mecanismo cauterizador sigue teniendo sus resultados hasta el día de hoy.

Utilizando los registros de la Segunda Conferencia Episcopal latinoamericana publicados en la Revista Javeriana, Christian Maldonado se asoma al mundo de los debates desde la visión social de la iglesia católica en la coyuntura de aquellos años. Mientras grandes sectores del mundo desarrollado seguían sin descanso la marcha del progreso, varios países englobados en el concepto de tercermundista, no lograban salir de su atraso. Bien fuese por sus problemas estructurales, las ideologías aplicadas a sus sistemas de desarrollo, o las complicación en la distribución de la riqueza. En todo caso, el subdesarrollo, en especial el latinoamericano y colombiano era tierra fértil para el surgimiento de ideologías que propugnaban por una mayor justicia distributiva. Fenómeno que también asumió la iglesia ante el eventual avance de sistemas más “igualitarios” pero decididamente anticatólicos.

Como vemos, clero, campesinos, estudiantes, entre otros, son los actores destacados en este libro. Todo lo anterior sustentado en un armazón teórico y metodológico, utilizando conceptos propios de la historia cultural y analizando la construcción de símbolos y acontecimientos dentro de las memorias de la nación para cargarlos desde la opinión publicada como buenos o malos. Todos estos instrumentos de la memoria se encajan en una perspectiva donde el investigador toma parte activa para poder interpretar dicha coyuntura. Los dispositivos a través de los cuales la óptica del mundo occidental, católico y anticomunista observa el choque de los hemisferios pretende crear una idea, para ello, el investigador que navega entre estas aguas debe encontrar la veta de los caminos que lo lleve a un buen puerto “neutral”.

Adriano Guerra

Capítulo Introductorio

1968: ENTRE LAS TENSIONES DEL MUNDO BIPOLAR Y LAS ESPERANZAS DE QUE TODO PUEDE SER POSIBLE*

Julián Lázaro Montes*
Adriano Guerra**

* “Este capítulo es resultado del proceso de investigación desarrollado en el marco del proyecto “Coyunturas, larga duración y transformaciones sociales: un análisis de momentos y procesos en la historia nacional y mundial”, avalado y financiado por la Corporación Universitaria Americana.

* Doctor en Historia: Europa, el Mundo Mediterráneo y su Difusión Atlántica: Métodos y Teorías para la Investigación Historiográfica, por la Universidad Pablo de Olavide. Magister en Ciencias Históricas, de la Universidad Rey Juan Carlos. Magister en Geoestrategia, Seguridad y Defensa, del Campus Internacional para la Seguridad y la Defensa y la Universidad a Distancia de Madrid. Historiador. Docente-investigador en la Corporación Universitaria Americana. Integrante del Grupo de Investigación Derecho, Justicia y Estado Social de Derecho, de la Corporación Universitaria Americana.

** Docente Tiempo Completo Universidad del Magdalena. Historiador, Universidad del Atlántico. Magister en Historia del Mundo Hispánico, Universidad Jaime I de Castellón. Magister en Historia, Pontificia Universidad Javeriana. Doctorante en Investigaciones Humanísticas, Universidad de Oviedo. Integrante del grupo Oraloteca de la Universidad del Magdalena.

Resumen

En este capítulo inicial, que hace las veces de marco general e introducción para el resto de los componentes de la presente obra, se describe a grandes rasgos el contexto de finales de los años sesenta, más específicamente del año 1968, en varios de sus aspectos más representativos y por los cuales se le sigue considerando como un momento crítico en la historia del siglo XX. Se trazan entonces los contornos generales de un instante específico, en el que convergen tendencias de toda una década, muchas de las cuales alcanzan especial dinamismo en ese mencionado año de 1968 proyectando además sus efectos sobre la posteridad.

Palabras clave: 1968, Política Exterior, Vietnam, opinión pública, guerrillas, comunismo.

Abstract

From this initial chapter, which serves as a general framework and introduction for the rest of the components of this work, the context of the late sixties, and more specifically the year 1968 in several of its most representative aspects and for which it is still considered as a critical moment in the history of the twentieth century.

Keywords: 1968, Foreign Policy, Vietnam, public opinion, guerrillas, communism

Introducción

A través de este primer momento del libro se reconstruyen, a través de fragmentos de noticias, columnas y otros contenidos del diario de circulación nacional *El Tiempo*, los procesos y *acontecimientos* que ocupaban las páginas de uno de los periódicos más influyentes de Colombia, y que, por esta misma circunstancia, adquirirían particular relevancia en los imaginarios y las representaciones de la realidad de la gente de la época. Así, este ejercicio inicial constituye, además de un recurso de introducción y contextualización, esto es, un primer acercamiento al año de 1968, una forma de conocer cómo los lectores del diario en mención percibían los sucesos a través de las diferentes formas de representación -orientación ideológica mediante- de que hacían uso los generadores de contenidos de unos de los canales más importantes de configuración de la opinión pública a nivel nacional.

La guerra de vietnam

Luego de más de diez años de conflicto, la guerra de Vietnam seguía siendo en 1968 uno de los procesos más representativos y que acaparaba mayor cantidad de titulares y contenidos en la prensa, con lo que la opinión pública estaba permanentemente informada (y se podría decir que saturada) del curso que iban tomando los *acontecimientos* en el sureste asiático. La prolongación del conflicto daba lugar a posiciones críticas desde los medios de comunicación, y de manera específica los lectores de *El Tiempo* podían encontrar en las páginas del diario algunas columnas especialmente críticas con respecto a las partes enfrentadas, lo que llama la atención debido a la relación del periódico con sectores del Partido Liberal tradicionalmente cercanos a Estados Unidos. Una nota de prensa de 18 de febrero de 1968 se refería a Vietnam como una “guerra podrida”, y ampliaba la percepción negativa sobre la misma en un párrafo que no hacía distinciones al momento de asignar responsabilidades:

(...) ayer se ha iniciado una segunda grande ofensiva del Vietcong, con ataques simultáneos a varias ciudades del sur, comenzando por Saigón, sede del corrompido gobierno sudvietnamita [...] La carnicería humana se intensifica de lado y lado, y hay un agudo clamor que nadie entiende [...] ahora han sido multiplicados los frentes y las tropas

norteamericanas se ven precisadas a dispersarse para atenderlos a todos, porque lo de “los aliados” suyos es simple farsa melancólica. Lo del Vietnam es conflicto de los Estados Unidos con el Vietcong del Norte, aupado este y armado e inspirado por Rusia y China [...] No importa, sin embargo, quienes son los autores y mentores de la catástrofe. Lo punzante es que ella ocurra, con brutalidad que ha eliminado radicalmente toda civilizada norma de guerra. (“Rastro de los Hechos”, 1968)

La posición de abierta crítica también hacia los Estados Unidos, esbozada en el fragmento anterior como un señalamiento sobre la responsabilidad colectiva, se hace mucho más explícita en otra columna publicada en *El Tiempo* el 25 de febrero, en la se hace referencia a que una de las lecciones que se deben extraer de la guerra de Vietnam es precisamente la de “no incurrir en guerras de intervención en lejanos y pequeños países subdesarrollados” (“La Guerra Incomprensible”, 1968), que sólo se justificaban, según se afirma en esa misma columna, como recursos para “impedir o forjar decisiones políticas”, en claro señalamiento a la disputa entre las fuerzas de orientación ideológica opuesta que se enfrentaban en Vietnam y el propósito norteamericano de contribuir con el triunfo de su aliado surcoreano.

Bastante sugerente resultan los fragmentos de la referenciada columna en la que se señala la manera como “los medios de comunicación más poderosos de difusión, bajo control de los norteamericanos” pretendían “explicar” una guerra que para ese momento se presentaba como una gran batalla en la que Estados Unidos se hallaba condicionado y fuertemente castigado por “uno de los pueblos más pequeños e insignificantes del mundo” (“La Guerra Incomprensible”, 1968).

La situación de parálisis sangrienta en que parecía haber quedado la guerra de Vietnam dio lugar a que desde distintos sectores de la política internacional se elevaran voces pidiendo por el recurso a la vía negociada para cerrar, de una vez por todas, el conflicto. Algunas de esas voces venían inclusive desde el interior mismo de los organismos de gobierno norteamericano. El senador demócrata Mike Mansfield señalaba, por ejemplo, que “lo único que tiene realmente interés es la búsqueda de los medios para que el combate no se prolongue y puedan iniciarse negociaciones de paz” (“Las posibilidades de negociación”, 1968).

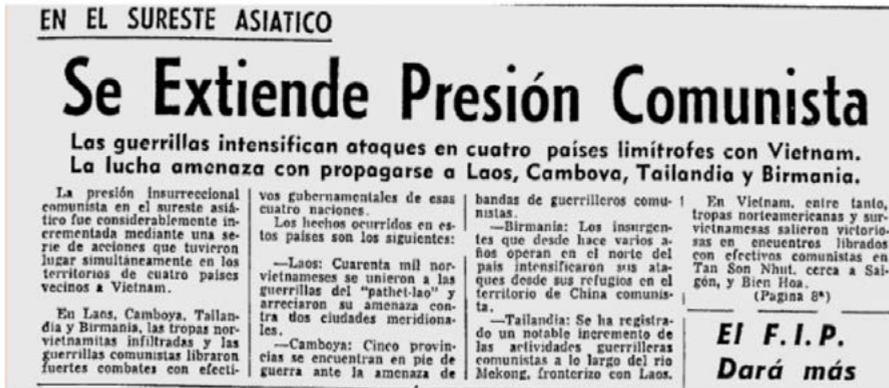


Figura 1. Las noticias publicadas estaban lejos de ser unilaterales y parcializadas partes de guerra. El conflicto se tornaba como una situación sin visos de solución inmediata.
Fuente: *El Tiempo*, 3 de marzo de 1968, pág. 1.

Con todo y que las noticias no eran de lo más positivas en lo que respecta al final de la guerra y la victoria definitiva de la potencia norteamericana, particular realce se dio en las páginas de *El Tiempo* a los avances de las tropas de Estados Unidos, precisamente como una forma de mostrar el vaivén de la dinámica del conflicto. La derrota de las tropas comunistas a manos de los soldados estadounidenses que permanecían sitiados en la fortaleza de Khe Sanh, en Vietnam del sur, fue especialmente difundida a través de las páginas del diario colombiano ("Derrota comunista", 1968), noticia a la cual se sumó el llamado a Estados Unidos por parte del gobierno de Vietnam del Norte para que suspendiera los bombardeos sobre sus ciudades a cambio de poder entablar conversaciones de paz ("Suspensión Incondicional", 1968). La simultaneidad de las dos noticias, ubicadas en una misma página, se presentó como un avance de la causa norteamericana que a través de sus operaciones militares abría la posibilidad de generar una forma menos dramática de terminar la guerra.

La derivación inmediata de la situación expuesta fue el inicio de las conversaciones, que tomaron a París como el principal de los escenarios para concretar el encuentro entre los líderes de las partes en disputa (Swift, 2008). Esta iniciativa que terminó de tomar forma hacia los meses de mayo y junio y que enmarcó una serie de reuniones que se prolongaron durante el resto de 1968, presentó al final de ese año sólo unos avances parciales y bastante limitados en lo que respecta a la finalización real del conflicto. Hacia el mes de diciembre las conversaciones se encontraban estancadas, y si bien Estados Unidos había suspendido en algunas ocasiones los bombardeos, terminó por reanudarlos ("Ofensiva aérea", 1968) al tiempo que se seguían llevando a cabo

por parte de ambos bandos maniobras ofensivas que dieron lugar a sangrientas batallas (“Intensa Actividad Bélica”, 1968). Así las cosas, 1968 cierra en medio de incertidumbre, de la misma manera que había iniciado el año, aunque con la pequeña esperanza de que se mantuvieran las conversaciones para encontrar una salida negociada al conflicto.

De acuerdo con lo expuesto, el público lector de *El Tiempo* tenía acceso a información que no puede considerarse estrictamente hablando como simple propaganda, puesto que, aunque se configuraba como un recurso para la difusión de noticias emitidas por agencias de prensa norteamericanas, se leían también en el diario mensajes críticos frente a la política exterior de Estados Unidos. La Guerra de Vietnam aparecía en ese año de 1968 como un conflicto complejo y sin solución a la vista, con responsabilidades de todas las partes implicadas, prolongado innecesariamente y donde convergían los intereses ideológicos de los grandes protagonistas de la Guerra Fría.

Los sucesos del bloque soviético y la política exterior Rusa

Si bien es cierto que el tratamiento periodístico que se hacía desde *El Tiempo* sobre la Guerra de Vietnam se caracterizó por la fuerte crítica a las partes implicadas, más allá de que fuera Colombia un país ubicado en la esfera de influencia norteamericana, cuando se trataba de dar referencias sobre los sucesos de la zona sobre la que la Rusia soviética ejercía su hegemonía y sobre la política misma de esta potencia, el diario evidenciaba una actitud mucho más firme en lo que respecta al rechazo a las actitudes y formas de comportamiento consideradas en ese momento como del más puro talante imperialista.

Para ese año de 1968 la visita de estudiantes de América Latina a la zona ubicada detrás de la llamada “Cortina de Hierro” era algo frecuente, y frente a esta situación desde algunas columnas de *El Tiempo* se adoptaba una posición crítica frente a lo que se considera como una forma de abordar ideológicamente a los jóvenes estudiantes entusiasmados con las ideas de la izquierda. Se afirmaba, por ejemplo, que “Europa Oriental está aprovechando [...] para enganchar estudiantes que continuamente acuden a los cursos [...] en los cuales se les adiestra en determinada política” (“Estudiantes tras la cortina”, 1968).

Al tiempo que la zona soviética parecía atractiva para muchos jóvenes y líderes de izquierda latinoamericanos, la sombra de viejos fantasmas asociados a la represión y a la vulneración de derechos fundamentales de las décadas

anteriores aparecía nuevamente a finales de la década de los sesenta. Un sugerente titular en forma de pregunta, que apareció en una columna publicada en *El Tiempo*, llamaba la atención acerca de la situación en la Rusia soviética al preguntar acerca de si se estaba dando un “¿Regreso al Estalinismo?”. Se describía en la nota la condena a cuatro jóvenes a los que se acusó de “subversión y relajación criminal”, a lo que continuaba una referencia con carácter de denuncia del hecho de que “en la Unión Soviética se sigue apretando la tenaza contra quienes se permiten disentir del criterio oficial en cualquier materia” (“Regreso al Estalinismo”, 1968) a pesar de que desde la muerte de Stalin se había dado un giro en la política represiva que caracterizó al gobierno de llamado “zar rojo”. La nota cerraba precisamente con una referencia a esto último:

El deshielo también tiene sus heladas intempestivas, esperadas o no. Ya lo estamos viendo. Por el delito de pensar y de decir lo que se piensa también todavía se condena en la U.R.S.S. No hay que llamarse a engaño. El régimen sigue siendo régimen.

Precisamente esa actitud ambigua por parte de la Rusia soviética y de algunos de los gobiernos más cercanos en términos políticos e ideológicos, caracterizada por una aparente transición hacia un modelo socialista menos rígido y que posibilitaría una forma de convivencia pacífica con Occidente, era motivo de inquietud en ese año de 1968 (Service, 2016). Acciones como la mencionada de la condena a los jóvenes dejaban dudas acerca de hasta qué punto los gobiernos del bloque soviético estaban dispuestos a llevar a cabo lo que por momentos aparecía como una simple declaración de buenos propósitos.

Tal vez uno de los ejemplos más claros de las contradicciones que se dieron en esa época al interior del bloque comunista fue la abierta oposición entre China y Rusia, que puso en evidencia no solamente la diferencia ideológica que orientaba a una y a otra potencia hacia sentidos diferentes, sino también la falta de cohesión y las posturas en ocasiones radicales entre quienes, se suponía, compartían formas de ver el mundo (“Imposible la unidad”, 1968).

Por su parte, la Alemania Democrática (RDA) parecía ser un caso claro que evidenciaba la distancia que existía entre las declaraciones de buena voluntad en torno a regímenes más tolerantes y la realidad de las acciones que estos llevaban a cabo. El 4 de abril de 1968 el gobierno de Walter Ulbricht hizo entrar en vigor una nueva constitución, que reemplazó a la de 1949, y que se caracterizó por otorgar al gobierno mayores posibilidades de control sobre la vida de los

ciudadanos. La contradicción que planteaba dicha decisión se cuestionaba desde las páginas de *El Tiempo*, donde uno de sus columnistas expresaba que el mandatario alemán aparecía como:

Refractario a las ideas de revisionismo socialista que en los últimos tiempos se han venido presentando en las naciones situadas al otro lado de la Cortina de Hierro. Ulbricht, al contrario de lo que ocurre en Checoslovaquia, Rumania, Hungría e incluso Polonia, insiste en su servil posición de obediencia soviética. (“Ulbricht, vestigio stalinista”, 1968)

Los cuestionamientos acerca de la real intención de los dirigentes soviéticos de adoptar una actitud menos intransigente frente a sus detractores o contradictores políticos, tanto externos como internos, se acentuaron con los sucesos que se llevaron a cabo en Checoslovaquia en agosto de 1968. Las reformas impuestas por Dubcek desde el mes de enero de este último año y sobre todo la muestra de autonomía que tuvo el mandatario checo para decidir acerca de asuntos políticos y económicos de su país, llevaron al Kremlin a considerar que Checoslovaquia estaba encaminándose hacia un distanciamiento de los que debía ser la unidad de criterio en la zona de hegemonía soviética, poniendo en riesgo la cohesión misma del sistema. Por todo ello se ordenó y llevó a cabo una invasión sobre Checoslovaquia por parte de tropas rusas y del Pacto de Varsovia para restablecer el orden dictado desde Moscú.

En correspondencia con esa actitud de querer seguir imponiendo condiciones en su zona de influencia, la Unión Soviética buscó ampliar su radio de acción, esta vez a una mayor distancia y en un territorio sobre el cual podía existir alguna forma de veto tácito como era América Latina, tradicional zona de hegemonía de su contradictor, Estados Unidos. Los acercamientos en ese año de 1968 se daban en ámbitos tan diferentes como la economía y la cultura, pero válidos ambos en el propósito de generar aproximaciones al sur de los Estados Unidos.

En ese año de 1968, Bolivia, gobernada por un militar, el General René Barrientos, percibió las posibilidades de acercarse a Rusia, de activar sus relaciones económicas a través de comercialización de ciertos productos de interés de este último país. Precavido como se presentaban otros gobernantes por los hechos en Europa y por la misma relación antagónica entre el modelo político soviético y el que muchos regímenes militares decían defender en esos años, Barrientos se mostró dispuesto a estrechar contacto con el Kremlin siempre y cuando de Bolivia “se respete su soberanía y no trate de imponernos

[Moscú] su imperialismo”. El pronunciamiento se completaba afirmando que “ofrezco a Rusia nuestra producción de Estaño a ese precio [1.75 dólares por libra]. Entonces habría los márgenes necesarios para mejorar los salarios y acelerar nuestro desarrollo” (“Relaciones con la URSS”, 1968).

Los efectos de esa política de expansión de influencia sobre América Latina también se percibieron en Colombia. En ese año de 1968, más precisamente en el mes de abril, la organización del Festival Latinoamericano del Folclor, que se llevaba a cabo en la Unión Soviética, extendió una invitación al ballet de Sonia Osorio para que participara en el mencionado evento. *Calibán*, el reconocido columnista de *El Tiempo*, se pronunció al respecto señalando que era importante que el gobierno apoyara el viaje de los integrantes del ballet, puesto que este constituía una de las más elaboradas muestras del folclor colombiano, digna de ser presentada ante “nuestros nuevos amigos, los rusos” (“La Unión Soviética”, 1968).

En síntesis, el final de los años sesenta se presentaba como un momento de distensión entre los dos grandes contendores de la Guerra Fría. Parecía que los momentos críticos de los años cincuenta y principios de la década de 1960 habían dado lugar a una convivencia pacífica que alejaba los fantasmas nucleares que atemorizaron a muchos durante cerca de dos décadas. Sin embargo, la rivalidad se mantenía, y los recursos para mantener la hegemonía y el control sobre las bien delimitadas zonas de influencia constituían una fuente de inquietudes para cada una de las partes enfrentadas.

Como ya se vio en el caso de Vietnam, Estados Unidos invertía cuantiosos recursos humanos y económicos en evitar el avance del comunismo en Asia. Mientras eso sucedía, la Unión Soviética trataba, incluso por la fuerza, como hizo en Checoslovaquia, de mantener impenetrable frente a la influencia del capitalismo y bajo absoluto control la zona detrás de la Cortina de Hierro, al tiempo que buscaba generar formas diversas de acercamiento con países que se movían en la órbita norteamericana, esto como una forma de expandir su radio de acción y al mismo trasgredir, a través de posibles fisuras o aprovechando el marco de distensión, la zona de control de su adversario.

Guerrillas

Precisamente uno de los puntos de fisura del control norteamericano en América Latina era la actividad de grupos guerrilleros en buena parte de los países del continente, alineados ideológicamente con alguna de las

distintas facciones de la izquierda a nivel internacional. Para ese año de 1968 se aprecia a través de los reportes de la prensa una notable actividad de organizaciones insurgentes en países como Venezuela, Perú, Guatemala y Colombia, entre otros.

Los reportes de la prensa de la época ubican a Venezuela como un país con cierta actividad guerrillera de importancia y dinamismo, aunque se afirmaba también que dichos grupos de insurgentes se encontraban cada vez más debilitados por las acciones de las autoridades. A principio de año, por ejemplo, *El Tiempo* publicó una noticia en la que se informaba de la captura de seis insurgentes a los que se denominaba “extremistas” y que, según se establece en el diario, conformaban un “comando castrista”, en clara alusión a la presunta relación, cuando menos ideológica, con el régimen de Fidel Castro. En la misma nota de prensa se hacía mención a los importantes avances de las fuerzas armadas venezolanas, que habían logrado reducir el número de guerrilleros a apenas treinta y tres (“Grupo Guerrillero”, 1968).

Pero con todo y el anuncio de las autoridades, la situación de Venezuela en lo que respecta a la actividad guerrillera no estaba cerca de ser definida en favor de las autoridades. A principios de junio fueron asesinados cuatro militares en el Estado de Falcón, considerado como “centro de terrorismo inspirado por Cuba”, en lo que se constituyó como uno de los golpes más fuertes dados por la guerrilla en lo que iba de ese año (“Muertos 4 Militares”, 1968). Y como respuesta a ello, cerca de dos semanas más tarde siete subversivos fueron muertos por parte de las fuerzas armadas (“Tropas venezolanas dan muerte”, 1968).

Pocos meses después se produjeron más capturas de guerrilleros, pero los grupos insurgentes parecían mantenerse particularmente activos, sobre todo frente a un régimen que era acusado por la oposición de manera constante como corrupto, y que se había convertido en el principal argumento de los guerrilleros para justificar sus actividades.

Esa presunta capacidad operativa de la guerrilla era señalada por el partido oficial, el denominado Acción Democrática, que denunciaba los planes que desde Cuba hacía Fidel Castro de exportar el comunismo, planes que, se afirmaba, serían llevados a cabo a través de los guerrilleros venezolanos, quienes se proponían, según informaban los voceros del mismo régimen de Venezuela, sabotear las elecciones de septiembre (“Castro Dice”, 1968).

Precisamente la idea de que existía todo un plan coordinado desde instancias internacionales para entronizar a la izquierda en el poder hizo carrera en aquellos años. Incluso se llegó a considerar por parte de ciertos sectores políticos la posibilidad de que las organizaciones políticas de izquierda dura, como el Partido Comunista, proporcionaban el recurso económico que los grupos guerrilleros requerían para sus operaciones. Un diario de Lima, *La Prensa*, afirmó que “el movimiento guerrillero comandado por Luis de la Puente en la zona central del país fue subvencionado por el partido comunista de Chile”, con lo que se le daba un carácter transnacional a la presunta solidaridad que existía entre organizaciones ideológicamente afines (“Comunismo financia”, 1968).

La situación de Colombia en aquel 1968 era tan o más compleja que la de otros países en América Latina en lo que respecta a actividad guerrillera, aunque con una característica distinta de la que se apreciará en los años posteriores de la historia colombiana: Los contornos de las más conocidas y longevas guerrillas colombianas del ELN y las FARC, ya para ese entonces operando en distintas regiones del país, sólo algunas veces aparecen claramente definidos en los medios de comunicación, puesto que las acciones de los grupos insurgentes, sobre todo las que se llevaban a cabo en zonas rurales, quedaban marcadas en no pocas ocasiones como productos de la actividad de bandoleros, concepto que servía para encuadrar a prácticamente la totalidad de actores armados al margen de la ley.

Precisamente estos asaltos sobre fuerzas militares por parte de guerrillas no identificadas o cuyos rasgos ideológicos más característicos se habían ido diluyendo, hasta caer muchos de estos grupos en el simple bandidaje, constituían una fuente de noticias frecuentes. En los primeros días de 1968 se encuentran referencias del accionar de estas bandas armadas. Por ejemplo, cerca del municipio de Planadas, en el Departamento del Tolima se produjo en la primera semana del año un ataque sobre una patrulla de la Policía, que fue emboscada mientras perseguía a “un grupo de bandoleros”, resultado de lo cual un integrante del grupo de policías y un civil que los acompañaba resultaron muertos (“Dos Muertos”, 1968).

Las autoridades reaccionaban a este tipo de acciones a través de operativos, que en muchas ocasiones alcanzaron importantes objetivos. En abril resultó muerto Dumar Aljure, un legendario guerrillero que delinquía en los Llanos desde hacía más de diez años y que había adquirido fama en el marco de las luchas de las guerrillas liberales contra las tropas de los gobiernos conservadores, entre

finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, y por su capacidad para establecer control político y económico sobre la zona en la que operaba. Aljure había dado continuidad a sus actividades guerrilleras después de los intentos de pacificación y retoma del control del General Rojas Pinilla, en el segundo tercio de los años cincuenta, y se había mantenido notablemente dinámico hasta su muerte, que se produjo en la acción mencionada que costó la vida de diez guerrilleros más y cuatro militares (“14 muertos en el Llano”, 1968).

En lo que respecta a los ya mencionados grupos de guerrilleros más conocidos en el marco del conflicto colombiano, el ELN y las FARC, aunque no habían adquirido la dimensión mediática que sus acciones les proporcionaron años después, sí aparecían en algunas noticias a finales de los años sesenta, principalmente en aquellas que se relacionaban o que hacían referencia a acciones del Ejército que golpeaban a los citados grupos insurgentes.

Nada más iniciar el año, en los primeros días del mes de enero, apareció en *El Tiempo* una noticia en la que se informaba de la captura de dos militantes de cierta importancia en el ELN, quienes habían sido detenidos en la ciudad de Cali cuando se preparaban para organizar un “encuentro de cabecillas”. Esta última referencia puede ser tomada como una forma de señalar ante la opinión pública la existencia de una organización compleja que contaba con redes y líderes, y que además había entrado a operar en las ciudades, *modus operandi* distinto de la tradicional forma de lucha guerrillera, confinada a las zonas rurales y con poca o nula capacidad de maniobra en las ciudades, todo lo cual evidenciaba el nuevo riesgo que representaban para los ciudadanos estas organizaciones con apenas unos años de actividad (“Fichas Claves”, 1968).

Adicional a lo anterior, aparece en la misma nota de prensa la referencia a que uno de los detenidos había sido estudiante de la Universidad Industrial de Santander, de Bucaramanga. Se afirmaba que estando en esta ciudad, el detenido había ingresado a la insurgencia, y que además había recibido, por cuenta de la organización armada, capacitación en guerra de guerrillas en “varios países socialistas, incluyendo Cuba”. Con lo expuesto se buscaba dar a entender a los lectores que el riesgo no era sólo interno, sino que contaba con ramificaciones y apoyos externos.

Cuba aparecía precisamente como el lugar de entrenamiento de cientos de milicianos de toda América Latina, y los insurgentes colombianos, como ya se vio, no eran la excepción. También en ese año, a principios de enero se había

ordenado la detención de otro presunto guerrillero, de quien afirmaban las autoridades había estado en Cuba, “donde alternó con otros colombianos que hicieron curso de adiestramiento para la organización de grupos urbanos de subversión”, es decir, la isla no sólo era escenario para la guerra de guerrillas en zonas rurales, sino que también preparaba milicianos urbanos (“Funcionario Militar Ordenó”, 1968). La influencia militar de los cubanos trascendió inclusive los límites de América Latina, y en ese año de 1968 el gobierno del Congo denunció la presencia de guerrilleros de Cuba que se habían desplazado hasta el país africano para entrenar a los rebeldes (“Rebeldes Congoleños”, 1968).

Esa imagen de Cuba como escenario de formación de insurgentes se alimentaba inclusive de versiones infundadas sobre hechos poco probables, no comprobados o incluso falsos, los cuales, aunque desmentidos o corregidos con posterioridad, terminaban contribuyendo con la construcción de un imaginario sobre el régimen cubano y los riesgos que este representaba para la estabilidad del continente. A mediados de enero fue publicada en el diario venezolano “Panorama” una noticia que informaba acerca del desembarco en el Cabo de la Vela, en territorio del norte de la Guajira colombiana, de un grupo de guerrilleros provenientes de Cuba, que hacía parte del grupo insurgente venezolano Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, y que, según comentaba el diario, se proponía pasar a Venezuela para llevar a cabo operaciones ajustadas a las orientaciones de Cuba (“Desembarcan guerrilleros”, 1968). La noticia finalmente fue desmentida por el ejército colombiano, que a través de sus voceros señaló que quienes dieron la información “deben estar locos o son imaginativos” (“Desmienten versión”, 1968).

El pronunciamiento de las autoridades colombianas frente al presunto desembarco se puede interpretar no sólo como un intento de desmentir una versión sin fundamento, sino también como una manera de dejar por sentado ante la opinión pública que se tenía el pleno control del territorio colombiano a pesar de la presencia de grupos al margen de la ley. Esto era de especial relevancia para las autoridades en tiempos en que el peligro de las acciones de los grupos insurgentes aparecía como particularmente cercano y capaz de afectar a las instituciones oficiales a través de la corrupción de algunos funcionarios. Por esos mismos días de enero se informaba de un consejo de guerra verbal a través del cual se condenó a un ex almacenista de la Policía a quien se acusó de robar durante su periodo de actividad en la institución “gran cantidad de material bélico de propiedad de las fuerzas armadas, consistente en revólveres, fusiles, carabinas y munición, además

de prendas militares”, que luego fueron encontrados en poder de bandoleros (“Condenado Exalmacenista”, 1968).

En síntesis, 1968 era un año en el que la actividad guerrillera había adquirido cierta visibilidad en los medios. Por una parte, el lector de *El Tiempo* podía llegar a considerar, a partir de los contenidos que leía, que las actividades de las guerrillas a lo largo del continente americano se articulaban en una estrategia amplia orientada desde un centro ideológico y militar como era Cuba, que efectivamente para esos años se había convertido en un espacio de entrenamiento y de formación política para muchos militantes latinoamericanos que optaban por la lucha insurgente. Por otro lado estaba el caso específico de la actividad insurgente en Colombia, que se presentaba a la opinión pública en muchas ocasiones como propia de grupos de bandoleros armados, a veces remanentes de la época de la violencia bipartidista, a veces de reciente aparición, entre los que se encontraban las FARC y el ELN, aunque es importante precisar que sólo el segundo de estos grupos aparecía mucho más definido en su accionar e incluso en algunas de sus estructuras, en tanto que el primero de ellos no tenía ni siquiera una pequeña parte de la visibilidad que adquiriría décadas después.

Expectativas sobre el futuro por un presente que sorprende

El escritor y político venezolano Arturo Uslar Pietri expresaba en una columna publicada en *El Tiempo* en los primeros días de 1968 su optimismo por lo que, imaginaba, sería el año 2000, al que calificaba como el “momento de la culminación de las grandes transformaciones tecnológicas y sociales que el hombre ha experimentado en este tormentoso siglo XX” (“Para Escoger el Futuro”, 1968). El calificativo de “tormentoso” que utilizaba el mencionado autor estaba muy probablemente asociado a las sensaciones que habían dejado eventos traumáticos como las guerras mundiales, las crisis económicas, el peligro nuclear y los conflictos regionales, como el de Vietnam, que aparecían como el signo característico de lo que iba del siglo hasta ese momento.

Sin embargo, como es apenas natural en los seres humanos, existía la esperanza de un futuro diferente cimentado sobre los errores del pasado, y esta vez surgido del aprovechamiento de los alcances técnicos y tecnológicos que se habían dado en buena medida en el marco de las crisis que la humanidad había atravesado en los anteriores cincuenta o sesenta años. En

correspondencia con esto último, para Uslar Pietri la posibilidad de mirar al futuro de manera optimista la daba el hecho de que ya no se requería de adivinos para conocer el futuro, sino que se apelaba a “la nueva ciencia, el estudio de las tendencias y la verificación numérica de las posibilidades”. El autor cierra con una interesante referencia acerca de esa inquietud de aquellos años en torno al futuro, y más exactamente al año 2000, la creación de diferentes organizaciones o grupos académicos para la elaboración de proyecciones, mencionando así a los “prospectivos” franceses, a la Comisión para los Próximos Treinta Años, en Inglaterra, y la Comisión del Año 2000, creada en Estados Unidos por la Academia de Artes y Ciencias.

Las circunstancias que se vivían en ese año de 1968 con toda seguridad resultaban poco alentadoras si los contemporáneos intentaban imaginar un futuro mejor, sin embargo, el recurso al avance de la ciencia constituía la base, el pilar fundamental de las expectativas. Y como los problemas más evidentes de la humanidad no aparecían como de solución inmediata, entonces la meta final, el punto en el que se podría alcanzar el máximo esplendor para la especie humana, debía ubicarse en un momento que no estuviera tan cerca como para ser poco probable ni tan lejos como para no tener la esperanza de vivirlo. En ese sentido, nada mejor que el inicio de un milenio, el instante crítico para dar lugar a un profundo cambio, y el año 2000 estaba sólo a 32 años, periodo estimado como suficiente para que se solucionaran los múltiples problemas que en la cotidianidad del mundo se podían encontrar, y para que la ciencia hiciera lo suyo en la reorganización de la vida de las sociedades enteras.

Un artículo publicado también a principios de año titulaba a manera de pregunta “Año 2000: La Edad de Oro?” (1968), y se dedicaba a exponer la posición adoptada por el matemático y físico norteamericano Hermann Kahn, quien antes había trabajado en el Pentágono y se había hecho muy conocido luego de formular teóricamente un cálculo acerca de las 44 etapas de lo que habría sido una escalada termonuclear. El científico había dado un giro a su postura de gran preocupación con respecto a la guerra y ahora se mostraba entusiasta sobre el futuro de la humanidad, señalando que “No habrá nueva guerra mundial. Los 33 próximos años se caracterizarán por un aumento irreversible y triunfal del enriquecimiento. El año 2000 será el más famoso milagro económico a escala global”. Nuevamente las posibilidades para que se produjera ese futuro extraordinario venían dadas por el desarrollo de la ciencia en su capacidad de predecir y, a partir de ello, orientar las actividades humanas.

Kahn hacía referencia puntualmente a que en el Hudson Institute (en Estados Unidos):

Un centenar de sabios y estadígrafos, armados con ordenadores se dedicaban a prever el porvenir [...] Todas las previsiones coinciden, según nuestros cálculos y los de nuestras máquinas, que la guerra ha muerto y no resucitará por lo menos más allá del año 2000. Entraremos en una era de prosperidad sin igual en la historia de la humanidad [...] Ya no habrá grandes convulsiones, a lo sumo algunos conflictos locales rápidamente atajados [En adelante] Las ambiciones territoriales pertenecen al pasado. La era de los nacionalismos ha caducado. Se hablará menos de política, y cada vez más de economía y comercio.

El entusiasmo por los avances tecnológicos no se encontraba sólo en las notas de prensa elaboradas o que hacían referencia a opiniones de fuera de Colombia. Los mismos columnistas, generadores de opinión pública a nivel nacional, podían llegar a sentirse en algún momento entusiasmados por la idea de que el desarrollo de la ciencia podía llegar a ser una fuente de soluciones para las dificultades de la sociedad. Calibán, reconocido columnista de *El Tiempo*, poco dado a la euforia en sus escritos parece entusiasmarse con el avance tecnológico que para la época representaba el deslizador que se inauguraba en Francia, al que consideraba como “posible reemplazo del automóvil, con capacidad para 90 personas” y en condiciones de llegar a una velocidad de 100 kilómetros por hora. Afirma también Calibán que se está preparando otro vehículo, capaz de reemplazar buques y aviones, el aerodeslizador, con capacidad para 200 pasajeros y velocidad de 250 kilómetros por hora (Calibán Comenta, 1968).

Pero es ingenuo pensar que a todos los niveles de la sociedad se confiaba en el desarrollo científico como la vía para dar solución definitiva a los problemas. Contrario a lo que expresaba Uslar Pietri, la superstición seguía jugando un rol importante al momento de buscar respuestas para las inquietudes del futuro, aunque ya no a nivel colectivo, de la humanidad, sino a nivel personal, en el plano del individuo que buscar certezas en medio de las incertidumbres que le genera la vida cotidiana. Prueba de ello eran los anuncios que con frecuencia se podían encontrar en los diarios, en los que astrólogos, lectores del tarot y otros tantos profesionales de actividades adivinatorias o relacionadas ofrecían sus servicios.

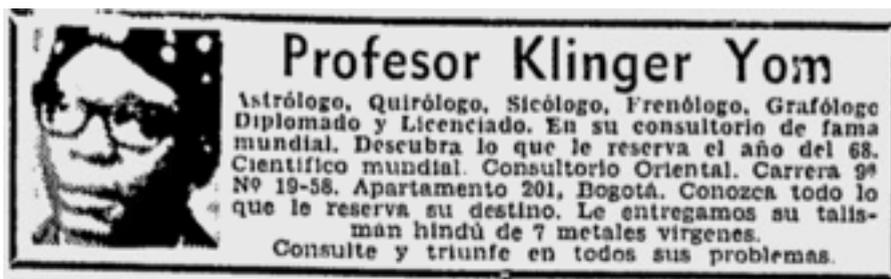


Figura 2. El avance de la ciencia no anulaba las expectativas de recurrir a otros medios para intentar conocer los misterios de la vida y el mundo.

Fuente: *El Tiempo*, 15 de abril de 1968, p. 3.

Las percepciones optimistas acerca del futuro tenían lugar en buena medida gracias a la manera como el desarrollo científico y tecnológico parecía dar solución a múltiples problemas, tanto de la vida cotidiana de las personas como de la sociedad en general; e incluso de la especie misma, en la medida en que buscaba su lugar en el universo a través de la exploración de este.

El cuidado de la salud aparecía como una de las preocupaciones fundamentales. Los avances de la ciencia puestos en función de la expansión de la esperanza de vida a través de una respuesta adecuada a las diferentes enfermedades, constituía una fuente de expectativas de que en el futuro todo estaría cada vez mejor. Cabía esperar mucho de la medicina.

Nada más empezar el año, Cristian Barnard, en Sudáfrica, asombraba al mundo con la realización del segundo trasplante de corazón. Los medios registraron con gran optimismo la noticia, y en sus reportes describían con buena cantidad de detalles, pero en términos entendibles para el lector promedio, la complejidad del procedimiento, lo que contribuyó a generar la idea de que se había alcanzado un estadio de desarrollo en la ciencia médica a partir del cual se abría a futuro un abanico de posibilidades para tratar múltiples enfermedades. Si el corazón, un órgano vital, podía ser trasladado, entonces otros tantos órganos lo serían. Complementando la expectativa estaba el hecho de que los avances en lo que respecta a aspectos tan importantes como los cuidados posteriores al procedimiento y la adaptación del corazón al nuevo cuerpo se habían obtenido luego de los trabajos cooperativos de Barnard con médicos ingleses y norteamericanos, lo que daba la impresión de una comunidad más allá de las fronteras trabajando en favor de los avances en el cuidado de la salud (“Éxito en el segundo trasplante”, 1968).

El procedimiento llevado a cabo por Barnard y su equipo médico representó también un argumento en favor de la lucha por los derechos civiles y contra la segregación racial, sobre todo en tiempos en que la intolerancia y la radicalización de determinados grupos sociales (apoyados incluso por amplios sectores de la población) dieron lugar a expresiones de violencia extrema, siendo una de las más significativas en aquel año de 1968 el asesinato de Martin Luther King. En esa segunda operación, Barnard utilizó el corazón de un hombre negro, el cual fue trasplantado al cuerpo de un blanco, situación que los medios de comunicación que rechazaban el racismo difundieron de manera amplia como una forma de demostrar que las diferencias en el color de piel eran nada significativas cuando de lo que se trataba era de salvar el bien más preciado de un ser humano, la vida.

Así las cosas, ese año de 1968 aparecía como un momento cercano a la culminación de una década caracterizada por importantes avances científicos, buena parte de ellos en el campo de la medicina, pero también en lo concerniente a desarrollos tecnológicos que podrían poner al ser humano en una situación de ser capaz de explorar el universo, de proyectar el futuro de la especie de manera más confiable a partir de complejos cálculos estadísticos, de romper las barreras que imponían las distancias geográficas a través del uso de veloces medios de comunicación y transporte, y, en líneas generales, de hacer mucho más cómoda su vida en el planeta.

Conclusión

1968 sigue erigiéndose como un año destacado en la historia del siglo XX, impregnado con una alta dosis de romanticismo surgido en buena medida tanto de la nostalgia de quienes vivieron el momento como del anhelo de aquellos otros que luego desearon haber existido durante lo que se supone fue un punto de rupturas y de grandes comienzos. Probablemente esta imagen de momento crítico e instante de inflexión se mantenga vigente durante mucho tiempo, no sólo por el poder simbólico que ha adquirido la imagen del año en sí, sino también por la significación y trascendencia de varios de los hechos que se desarrollaron en ese instante de 365 días.

Sin embargo, cualquier intento de acercamiento y análisis a este momento de la historia se queda corto si solamente se detiene en la detección y referenciación de una serie de *acontecimientos* puntuales, propios del periodo, esos mismos que terminaron por darle realce pero que corren el riesgo de eclipsar las continuidades, las tensiones, las rupturas y las complejidades subyacentes que terminaron por dar forma a ese ya célebre año del siglo XX.

Las referencias de hechos que podríamos considerar históricos aportadas en las páginas anteriores, tomadas de uno de los principales diarios colombianos de la época, *El Tiempo*, y seleccionadas a partir de la cobertura mediática que recibieron en su momento y de la trascendencia que llegaron a alcanzar, son presentadas en este trabajo no solamente como *acontecimientos* puntuales, sino, más bien, como instantes insertos en dinámicas más amplias, en fenómenos más complejos que dilatan su existencia por fuera de los límites temporales del año 68, evidenciando que este último no constituye una unidad aislada y que la completa comprensión de lo que sucedió en ese periodo en particular hace necesario un abordaje que trascienda el *acontecimiento* como unidad elemental histórica, para lo cual se debe incluir, si no el análisis de estructuras, por lo menos el de coyunturas.

Sólo de esta forma se logrará entender que 1968 no fue sólo un conjunto de hechos que hicieron célebre a un año. Fue, más bien, el punto en el que convergieron una serie de procesos con unos *acontecimientos* específicos en unas circunstancias determinadas, todos los cuales, interactuando de manera conjunta, dieron lugar a encuentros, tensiones, rupturas y continuidades. La consideración de todos estos elementos no agota la singularidad de 1968, todo lo contrario, la reafirma, al tiempo que da cuenta con detalle de esta.

Referencias Bibliográficas

14 muertos en el Llano. (6 de abril de 1968). *El Tiempo*, p. 13.

Año 2000: La Edad de Oro? (15 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 5

Calibán Comenta. (6 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 10.

Castro Dice que Impedirá Elecciones en Venezuela. (8 de septiembre de 1968). *El Tiempo*, p. 27.

Comunismo financia guerrillas peruanas. (5 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 8.

Condenado Exalmacenista de la Policía en Consejo de Guerra. (6 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 5.

Desembarcan Guerrilleros Comunistas. (15 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 1.

Desmienten versión de desembarcos en la zona de la Guajira. (17 de enero de 1968). *El Tiempo*, p.2.

Derrota Comunista en Khe Sanh. (6 de abril de 1968). *El Tiempo*, p. 9.

Dos Muertos en Emboscada a una Patrulla. (5 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 22.

Estudiantes tras la cortina. (3 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 4.

Éxito en el segundo trasplante en Suráfrica. (3 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 6.

Fichas claves del ELN los 2 detenidos en Cali. (4 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 18.

Funcionario Militar Ordenó Detención de Agente Subversivo. (5 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 22.

Grupo Guerrillero Cayó en Venezuela. (5 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 1.

Imposible la unidad comunista. (3 de marzo de 1968). *El Tiempo*, p. 8.

Intensa Actividad Bélica en Frentes del Vietnam. (28 de octubre de 1968). *El Tiempo*, p. 10.

- La Unión Soviética ha invitado. (28 de abril de 1968). *El Tiempo*, p. 4.
- La Guerra Incomprensible. (25 de febrero de 1968). *El Tiempo*, pág. 4.
- Las posibilidades de negociación. (3 de marzo de 1968). *El Tiempo*, p. 4.
- Muertos 4 Militares por Guerrillas Venezolanas. (9 de junio de 1968). *El Tiempo*, p. 9.
- Ofensiva Aérea de E.U. (28 de septiembre de 1968). *El Tiempo*, p. 10.
- Para Escoger el Futuro. (5 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 4.
- Rastro de los Hechos. (18 de febrero de 1968). *El Tiempo*, pág. 5.
- Rebeldes Congoleños son Asesorados por Cubanos. (1 de septiembre de 1968). *El Tiempo*, p. 10.
- ¿Regreso al Estalinismo? (15 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 4.
- Relaciones con la URSS establecería también Bolivia. (20 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 7.
- Service, R. (2016). *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona, España: Crítica.
- Suspensión Incondicional de Bombardeos Exige Norvietnam. (6 de abril de 1968). *El Tiempo*, p. 9.
- Swift, J. (2008). *Atlas Histórico de la Guerra Fría*. Madrid, España: Akal.
- Tropas Venezolanas dan Muerte a 7 Guerrilleros. (23 de junio de 1968). *El Tiempo*, p. 9.
- Ulbricht, Vestigio Stalinista. (28 de abril de 1968). *El Tiempo*, p. 4.

“UNA COSA NUNCA VISTA”: PAULO VI EN COLOMBIA Y LA PRODUCCIÓN DEL ACONTECIMIENTO DESDE EL SEMANARIO *EL CAMPESINO*

Muriel Jiménez Ortega*
Edwin Corena Puentes**

*Historiadora (Universidad de Cartagena). Magister en Estudios de la Cultura (UASB, Quito). Cursó estudios de doctorado en Historia en la Universidad Nacional de la Plata (Argentina). Profesora del programa de Historia de la Universidad del Atlántico. Miembro del grupo de Investigaciones Históricas en Educación e Identidad Nacional (GIHEIN). Mail: Murieljimenez@mail.uniatlantico.edu.co

** Historiador (Universidad del Atlántico). Magister en Historia (Universidad de Los Andes, Colombia). Cursó estudios de doctorado en Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid. Becario Programa Colombia Científica-Pasaporte a la Ciencia. Mail: edwincorena@gmail.com

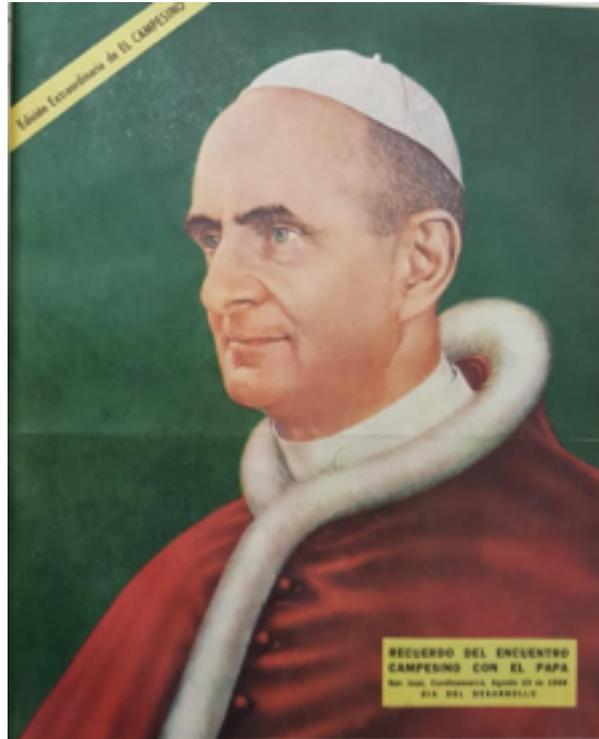


Figura 1. Portada edición extraordinaria.
Fuente: *El Campesino*, 18 de agosto de 1968.

Resumen

Este capítulo analiza cómo desde el semanario *El Campesino* se representó la visita que realizó a Colombia Paulo VI en agosto de 1968, en un contexto nacional e internacional marcado por el reformismo político, eclesiástico y social. Puntualmente indaga por la producción de discursos textuales y visuales que se dieron en el marco del evento que se denominó “Encuentro Campesino con el Papa”, cuyo objetivo estaba orientado a propiciar nuevas expectativas sociales en el campesinado colombiano. El texto se pregunta por el papel de *El Campesino* en la fabricación del *acontecimiento*, y por los modos en que el lugar de producción encuadró una representación de la visita de Paulo VI como algo excepcional e “histórico” que marcaría un antes y un después. En últimas, el trabajo quiere llamar la atención acerca de cómo se construye un “*acontecimiento*” y cuáles pueden ser unas posibles estrategias metodológicas para analizarlo.

Palabras clave: Iglesia Católica, cultura escrita, campesinos, representación, medios de comunicación.

Abstract

This chapter analyzes how the weekly newspaper *El Campesino* represented the visit made to Colombia by Paulo VI in August 1968, in a national and international context marked by political, ecclesiastical and social reformism. Punctually investigates the production of textual and visual discourses that took place within the framework of the event that was called “Peasant Encounter with the Pope”, whose objective was aimed at fostering new social expectations in the Colombian peasantry. The text asks about the role of *El Campesino* in the making of the event, and the ways in which the place of production framed a representation of the visit of Paul VI as something exceptional and “historical” that would mark a before and after. Ultimately, the work wants to draw attention to how an “event”⁷ is constructed and what can be some possible methodological strategies to analyze it.

Keywords: Catholic church, written culture, peasants, representation, mass media.

Introducción

El 17 de diciembre de 1967 apareció en el *semanario El Campesino* la noticia que anunciaba la modificación de las vacaciones intermedias de 1968 por la celebración del Congreso Eucarístico y la visita del Papa Paulo VI. La solicitud había sido iniciativa del Comité preparatorio del Congreso Eucarístico. Pedían expresamente que durante el mes de agosto los niños y jóvenes de los colegios de Colombia estuvieran en vacaciones para facilitar la organización de dichos eventos. El gobierno, en cabeza del presidente de la república Carlos Lleras Restrepo y del ministro de educación Gabriel Betancur Mejía, dio trámite a la mencionada solicitud, y decidió “asociarse a la celebración de este magno *acontecimiento*”. Así mismo, el artículo cuarto del decreto le otorgaba facultades al Ministerio de Educación para “modificar la iniciación y la terminación de los períodos lectivos o establecer recesos en el transcurso de estos para atender a *situaciones excepcionales*¹ que lo requieran” (“Modifican vacaciones intermedias”, 1967, p. 5).

Estaba claro entonces que, dentro del imaginario político y social de la Colombia de esa década, la celebración de un congreso internacional que reunía a católicos del mundo, y la visita del máximo jerarca de la Iglesia Católica, era considerado como un “magno *acontecimiento*” que provocaba “situaciones excepcionales”. En otro nivel, el decreto se convertía en la apertura oficial del año de 1968 para la comunidad católica de Colombia y demostraba además los puntos de apoyo y de representaciones compartidas entre los poderes políticos y eclesiásticos. En los meses siguientes, la celebración del Congreso Eucarístico y la visita del Papa, ocasionarían un flujo de noticias por varios de los principales diarios del país.

Sin embargo, no hubo un cubrimiento tan intenso, efusivo y detallado, como el que emprendió el *semanario El Campesino* durante los meses que precedieron a la visita del Pontífice. En el mismo diciembre de 1967, se desplegaron por sus páginas algunas de las escrituras sobre el Congreso Eucarístico y la visita del Papa. Despuntaba una narrativa que colocaba la “excepcionalidad” y lo “histórico” como dos de las formas en que empezaba a configurarse la representación del *acontecimiento*. En todo caso, sería la visita de Paulo VI la que ocuparía la mayor atención en cuanto a flujo de información, cubrimiento de los detalles del arribo, y elaboración de un complejo orden discursivo que actuarían al final como un dispositivo del

¹ Las cursivas son nuestras

lenguaje que provocaría un efecto de poder sobre la representación de lo que empezaba a nombrarse como el *acontecimiento* más importante en la historia de América Latina.

Este capítulo aborda los modos en que durante buena parte del año de 1968 se representó desde el *semanario El Campesino* la primera visita de un Papa a un país latinoamericano. Se analiza cómo desde el impreso se construyeron una serie de retóricas textuales e icónicas a través de las cuales se intentó posicionar en la opinión pública, pero, sobre todo, en los lectores campesinos, unos sentidos de excepcionalidad y renovación de los *horizontes de expectativas* sociales, espirituales y económicas del mundo rural. La idea que queremos sostener es que la visita de Paulo VI constituyó, tanto para el gobierno de aquel entonces, como para la Iglesia Católica colombiana y para Acción Cultural Popular (ACPO), -la institución que se había dedicado desde finales de los cuarenta a la educación del campesinado con el apoyo de los poderes eclesiásticos y oficiales-, un escenario “ideal” para reorganizar las expectativas de cambio social de esta parte de la población, a partir de la construcción del hecho como un “*acontecimiento* excepcional”, que tendría por protagonistas al máximo jerarca de la Iglesia de Roma y a los habitantes del mundo rural. A dicho encuentro se le llamó por parte de ACPO, la encargada de organizar el evento: El Encuentro Campesino con el Papa.

En la primera parte del texto nos detenemos en algunas consideraciones teóricas, con la intención de precisar cómo entendemos la noción de *acontecimiento*, de representación y de lugar de producción. Sobre estos tres ejes se soportan nuestras indagaciones. En la segunda parte describimos y analizamos el lugar social y cultural que ocupaba ACPO y más específicamente el *semanario El Campesino* (al que haremos referencia en otras partes del texto como el *semanario*) dentro del mundo rural. Describimos la manera como el impreso desde finales de la década del cincuenta fue forjando una relación con el campesino en tanto lector que nacía para el mundo de la cultura escrita. Esto aseguró que la intensa campaña de producción del *acontecimiento* de la visita del Pontífice tuviera una acogida generosa en extensas franjas del territorio nacional.

El apartado tercero problematiza la relación entre temporalidad y *acontecimiento*. Se intenta en esta parte dar a conocer las estrategias discursivas que desplegó *El Campesino* para situar la visita de Paulo VI como una reactualización de las nociones de pasados y futuro en la relación de los campesinos con la Iglesia Católica.

En la cuarta parte analizamos la producción del *acontecimiento* desde la perspectiva del movimiento. Nuestro interés descansa en examinar cómo el cubrimiento que realizó el *semanario* hizo especial énfasis en la intensificación del movimiento de personas y objetos. Con esto el *acontecimiento* se significaba como un reorganizador de nuevas temporalidades cotidianas y en no pocos casos, como un disruptor de interacciones sociales. El quinto apartado analiza la producción del *acontecimiento* desde la retórica visual. Un recurso que usó de forma muy consciente *El Campesino* para reafirmar lo "histórico" y lo "excepcional" del "*acontecimiento*".

1. Acontecimiento, representación y lugar de producción

En las últimas décadas la pregunta por el significado del *acontecimiento* ha ganado espacio en los debates historiográficos (Hartog, 2007; Rivero, 2013; Trebitsch, 1998; Dosse, 2006). Desterrado de alguna forma por la escuela de *Annales*, al considerarlo como una visión de corto plazo que nada decía de las estructuras que movían la historia, *el regreso del acontecimiento* ha traído renovadas reflexiones entre los historiadores. Pierre Nora, en uno de los capítulos del libro *Hacer Historia* que codirigió con Jacques Le Goff, afirmaba que "lo que define el *acontecimiento* moderno es que este solo puede existir gracias a los medios masivos de comunicación" (Citado por Rivero, 2013). Por su parte Dosse (2009, p. 100) aseguraba que "los *acontecimientos* sólo son detectables a partir de sus indicios, discursivos o no. Sin reducir la realidad histórica a su dimensión de lenguaje, la fijación del *acontecimiento*, su cristalización, se efectúa a partir de su denominación". En otro ámbito, Koselleck (1993: 143) se interesaba por demostrar que el *acontecimiento*, al ser narrado, se constituía desde un *antes* y un *después*. Con esto se afirmaba que todo *acontecimiento* lleva instituido unas experiencias y formas simbólicas históricamente construidas. Estos tres acercamientos al *acontecimiento*, en el que los medios de comunicación, el lenguaje y las temporalidades actúan como forjadores de sentido, demuestran que su estudio no solo debe dedicarse a buscar la "verdad", tal como lo proponía el positivismo en la historia, sino que el *acontecimiento* debe estudiarse como un lugar en el que se interceptan lo fáctico y la operación del lenguaje.

Bajo esas premisas, el *acontecimiento* lo queremos entender como *un hecho de intenso sentido* que no solo se produce en una fecha precisa, sino que se fabrica a lo largo de un proceso por el cual, dicho *hecho de intenso sentido*, es parte de una secuencia de sucesos que lo anticipan y le suceden. Es decir, el

acontecimiento, es además de una aparición inesperada y excepcional de un “algo” que marca un antes y un después, un proceso que se puede conformar en la amalgama de tres elementos. Por un lado, están los repertorios de discursos que promueven unas directrices de mensajes y la posibilidad de enmarcar un sentido antes de que se dé la *hora cero* del *acontecimiento*. Por otro lado, el *acontecimiento* es también esa *hora cero* en la que es ya una acción, en la que cobra vida fáctica, y que coincide con la operación del lenguaje que lo nombra y lo conforma bajo una estructura de sentido que viene alimentada por aquella etapa que lo anticipó. Finalmente, el *acontecimiento* experimenta otro momento, acaso el más duradero de acuerdo con el efecto que ha logrado el poder de la representación. Este último momento inscribe al *acontecimiento* en el tiempo histórico y en la memoria colectiva de una sociedad. Puede aparecer su olvido, o también, ganar fuerza y profundidad, de acuerdo con quienes lo gestionen. En ese sentido, el *acontecimiento* vive y se prologan más en el tiempo que está, por fuera de su revestimiento como un algo fáctico.

Este capítulo inscribe su análisis en la anterior concepción del *acontecimiento*, y se apoya además en la categoría analítica de representación, pues desde ella la realidad no es vista como una paisaje inmóvil y diáfano, sino que está construida por procedimientos en los que interviene el poder del lenguaje textual y visual, así como una serie de dispositivos, para nuestro caso, mediáticos. El poder que efectúa el medio para promover unas ideas del mundo y unos significados es acaso uno de los efectos más potentes de la era de las comunicaciones. En esa dirección, no existe un medio de comunicación neutro que traslade la realidad al espacio del texto. Existen, mejor, unas formas de producción de la realidad que se escenifica en el espacio del impreso bajo imaginarios, discursos y formas de postular unas verdades. Yendo un poco más a fondo, el impreso periodístico funda una estela de significados que en todo momento responden a su lugar de enunciación. Este último no solo se da por una política consciente editorial, sino que incluso se efectúa mediante el traslado de formas de mirar el mundo que se transparentan al público lector por parte de quienes intervienen en los diferentes procesos de publicación de un impreso periodístico. Con esto, se pasa de la noción de representación clásica, que era hacer presente lo ausente, a plantear la noción de representación bajo una operación reflexiva. Es decir, lo que la misma representación dice tanto de ella misma, como de quien la produce (Pérez, 2015).

En ese sentido, para entender un sistema de representación también debemos acudir a la categoría de *lugar de producción* (De Certeau, 2006),

que en este capítulo la trabajamos en dos niveles. Primero analizamos de un modo más general cómo *El Campesino* al ser un medio perteneciente a ACPO estaba interesado en producir discursos sobre los valores católicos y la transformación del sujeto campesino en tanto individuo y colectivo, apelando a una serie de procedimientos pedagógicos, educativos y persuasivos. En el otro nivel, *el lugar de producción* manifiesta una "topografía de intereses" (69) particulares que encuadran los modos en que significa al campesino, el cual dentro de la esfera del *acontecimiento* se construye como un sujeto de cambio, como alguien proclive a ser intervenido en los ámbitos de su vida, debido a que existe la concepción de que es un ciudadano en etapa de formación, con escasos o nulos niveles de escolaridad, apegado a tradiciones que deben desterrarse pues en ellas están los nudos de su atraso. La producción del *acontecimiento* que se dio en 1968 descubre estas representaciones y las proyecta en los discursos que circularon en los meses que precedieron la visita de Paulo VI a Colombia, como lo veremos en las páginas siguientes.

2. Acpo y el semanario *El Campesino*

En 1947 se fundó en el Valle de Tenza, centro de Colombia, una institución denominada Acción Cultural Popular (ACPO), promovida por José Joaquín Salcedo, un cura que se había formado en el seminario de Tunja, Boyacá, y cuya afición a los medios de comunicación le permitió idear un proyecto de alfabetización al campesinado colombiano emitiendo programas radiales que, en un principio y con ayuda de un transmisor de cien vatios, emitía por espacio de media hora diaria el mensaje a los campesinos.

Entre 1947 y 1957 el objetivo primordial de ACPO fue generar procesos de alfabetización al campesinado adulto de todas las veredas de Colombia, a través del uso de la radio como medio de instrucción (Bernal, 2005). Con esto, crearon un modelo educativo denominado Escuelas Radiofónicas, el cual estaba conformado por varios componentes, a saber: la emisión de programas de alfabetización dirigidos por profesores; unos radio-escuchas campesinos ubicados en un lugar de una vereda; y el apoyo presencial de un campesino auxiliar, previamente capacitado para ayudar a resolver dudas acerca de los contenidos de los programas radiales.

Los cursos estaban conformados por 90 lecciones y se desarrollaban en un semestre, con emisiones de una hora diaria por la mañana, y repeticiones

en las horas de la tarde. A este curso se le denominaba “básico”, y tenía como fin proporcionar al campesino habilidades para la lectura y los números (aritmética). Al lado de la radio, el auxiliar que dirigía la escuela radiofónica orientaba y resolvía dudas con las cartillas de alfabeto y número, que previamente habían sido enviadas por la dirección de ACPO.

Al finalizar la década del cincuenta, ACPO entiende que la educación del campesinado en Colombia tiene que estar inscrita en una serie de estrategias que no solo utilicen la radio, sino que debe construir un sistema de comunicación y de instrucción que dinamice la incorporación de la población rural a la cultura escrita y su consecuente *integración* social, económica y cultural, con la idea de forjar una *comunidad imaginada* en un *país fragmentado* regionalmente (Anderson, 1993; Palacios y Safford, 2002).

En ese contexto, nace el *semanario El Campesino*, que salió de las prensas de la editorial Andes el 29 de junio de 1958, con un tiraje inicial de 40.000 ejemplares. El formato presentaba unas dimensiones de 34.5 cm de alto por 26.5 de ancho (Martínez, 1978, p. 46). En diez años el impreso modificó varias veces su aspecto formal. En septiembre de 1960 el tamaño era universal, lo cual ayudó a ampliar el despliegue de titulares y columnas. Hacia 1966 se imprimía a 12 páginas, aunque luego se estabilizó en dos secciones de 8 páginas, para llegar en total a 16 (Martínez, 1978, p. 54).

Durante su vida editorial conservó siempre las tres secciones: información y editorial, conocimiento y entretenimiento. En cada una de ellas había un marcado énfasis en temas del campo, el campesino, el desarrollo y las nuevas tecnologías que surgían como soluciones al problema de la producción de alimentos. La sección editorial concretaba la opinión de director, miembros de ACPO y expertos en temas del campo y el desarrollo. En este espacio se debatieron y analizaron los principales desafíos del mundo campesino durante los 32 años en que circuló. Pero también se intentó persuadir al lector campesino a ser sujeto que debía pertenecer a una comunidad católica. En algunas columnas, como la del padre Sabogal, se esbozó la imagen del campesino ideal: un hombre y una mujer que se forjaran un futuro desde su compromiso con los valores católicos y desde unas nuevas prácticas de vida que tenían que estar inmersas en la idea de progreso material y espiritual. Finalmente, *El Campesino* promocionó y difundió contenidos del modelo educativo de ACPO. Por tal razón, las nociones de alfabeto, economía y trabajo, espiritualidad, salud y organización comunitaria estuvieron presentes en sus páginas.

Dentro del mundo de los medios impresos de Colombia, *El Campesino* inscribió inéditas maneras de hacer periodismo rural². En primer lugar, la concepción de su dirección respondió a la necesidad de hacer circular hacia las veredas del territorio colombiano unos flujos de información que se concentraban en informar al campesino acerca de la necesidad de emprender transformaciones radicales en los modos en que se gestaban las prácticas agrícolas, de allí que tanto la parte editorial como la informativa recrearon en sus discursos la serie de visiones que se tenían sobre el campesino colombiano (Acevedo y Yie, 2016).

El semanario partió entonces de los diagnósticos que sobre el mundo rural se venían presentando desde la década de los cincuenta, cuando la pobreza, la precariedad material y el analfabetismo se convirtieron en las señas de su identidad individual y colectiva. Este punto de partida fungió como directriz discursiva para que el *semanario* empezara a elaborar otros modos de imaginar al campesino colombiano, esta vez como sujetos capaces de transformar sus relaciones con la tierra, haciéndolas más productivas, pero también de transformarse ellos mismos, como sujetos con autonomía. Tal apuesta hizo emerger unas formas de representación sobre el campesino que lo inscribieron más como un actor histórico colectivo capaz de lograr superar su propia experiencia, para readecuarse a los nuevos tiempos que se revestían, por la década de los sesenta, del discurso del desarrollismo y la modernización técnica. Con esto, el campesino representado tendría más capacidad de salir del círculo histórico de su pobreza en la medida en que actuara dentro de los círculos del saber ilustrado, cuyo efecto más notorio era que los proveería de una educación que podía ser aplicada a su ámbito rural.

Por otro lado, el tipo de periodismo rural que quiso explorar *El Campesino*, se decantaba por la construcción de una relación cercana y “emocional” con sus lectores. Desde que ACPO emprendió sus actividades de alfabetización y educación campesina a través de la radio, al campesino se le consideró como un agente que tenía la capacidad de *hacer uso público de la razón* (Chartier, 1995, p. 33). De allí la estrategia a la que apeló ACPO, al integrar al campesinado en varias de las acciones que se llevaban a cabo en su desenvolvimiento institucional. En esa línea, los campesinos fueron auxiliares de las escuelas radiofónicas y se convirtieron en líderes de sus aldeas para trabajar de la mano con las parroquias. Por su parte, los radioescuchas de

2. Un trabajo que da cuenta de la apertura de las páginas del impreso a la voz del campesino se encuentra en: Acevedo M. y Yie S. (2016). “Nos debemos a la tierra: *El Campesino* y la creación de una voz para el campo, 1958-1962”. *Anuario Colombiano de Historia Social*, Vol. 43. No. 1. Enero- junio.

los programas de radio y los lectores del *semanario* y la dirección de ACPO, promovieron una relación epistolar, que ayudó a que la comunidad de lectores y radioescuchas se sintieran convocados como participantes del proyecto educativo y cultural. Fue una estrategia que sirvió a ACPO para explorar cómo esa experiencia colectiva, creada entre ellos como institución y el mundo rural colombiano, estaba gestando una forma de representación campesina que se centraba en la idea de que el campesinado era la “reserva” humana del país, y quienes como sujetos individuales y colectivos eran capaces de transformar los destinos de Colombia.

Este tipo de representaciones eran dirigidas a este público lector campesino que nacía para el mundo de *la cultura escrita*³. El impreso, desde su etapa de incubación, siempre pensó en que su contenido y circulación tenían que estar inscritos en desarrollar contenidos del mundo rural tanto de las realidades veredales, locales y nacionales, como de las internacionales. Fue así como a las páginas arrimaron las discusiones más relevantes que se desataban en el mundo acerca del futuro de la agricultura, y su tecnificación y crecimiento en producción, hechos no considerados menores en aquellos años en que se debatía la relación entre producción global de alimentos y crecimiento demográfico.

Pero esta *comunidad de lectores* (Chartier, 2005) no solo encontró en *El Campesino* un flujo de información acerca del mundo rural, también se dieron cita en sus páginas los discursos de la fe cristiana que, por la década del sesenta, se convirtieron en escena de debates, gracias a que la coyuntura de posguerra había desencadenado formas de movilización social de mujeres, comunidades afroamericanas, de los jóvenes y de sociedades enteras para cuestionar el orden y los poderes establecidos en distintos ámbitos e instituciones.

En ese contexto, los campesinos leyeron en las páginas cada semana la serie de debates que se gestaron a partir de la promulgación de Vaticano II, leyeron también apartes de las encíclicas y de los mensajes de los pontífices a los creyentes católicos del mundo. Así mismo, fueron convocados por las editoriales y columnistas para que siguieran el canon de la Iglesia Católica en lo referente a un estilo de vida. Por cuenta de lo anterior, las páginas de *El Campesino* pusieron a circular una profusa literatura religiosa que entregaba pautas acerca de los modos en que se experimentaba y vinculaba

³ Se entiende por Cultura Escrita la “relación entre los discursos, las prácticas y las representaciones a que dan lugar los productos escriturarios para enlazar a cuantos actores intervienen en su creación, circulación y apropiación: instituciones, escritores, editores, lectores” p 14. en: Rubio A. “Introducción” *Minúscula y plural: cultura escrita en Colombia*. Medellín: La Carreta Histórica, 2016.

la fe católica al mundo del campo. Esta apuesta reforzaba los mensajes los mensajes de ACPO que, como institución, enviaba a quienes usaban algunos de sus servicios educativos.

Todo lo anterior ganaba fuerza en la medida en que *El Campesino* pudiera difundirse de forma masiva hacia los lugares más apartados del país. Esta concepción era propia del régimen de los medios modernos que buscaban una ampliación permanente de su mercado. En esa idea, desde sus primeros años de circulación, la idea de ACPO de que el impreso había nacido como un órgano que representara la voz del pueblo rural, dio dirección a las estrategias que se implementaron para que la circulación del *semanario* pudiera construir una *comunidad de interpretación campesina* (Chartier, 2000). La primera estrategia consistió en crear una red de distribuidores en los lugares cercanos a las escuelas radiofónicas. De esta manera, los alumnos de las escuelas se convertían en un público inicial susceptible de ser vinculado a la lectura del *semanario*. Otra de las estrategias fue incorporar una amplia reportería en las veredas. Esto tenía un doble efecto. Por un lado, obligaba a que los reporteros viajaran por extensas zonas del territorio, con lo cual se recogían las voces del campesinado de manera directa y contextual y, por el otro, la aparición del reportaje promovía un sentido de identificación entre los lectores y los campesinos o las comunidades que estaban presentes en el reportaje. Finalmente, la institucionalidad rural, como el INCORA y el ICA, se sirvieron de *El Campesino* para socializar sus servicios y para ir construyendo un discurso que promocionaba los efectos favorables de la implementación de la Reforma Social Agraria aprobada en 1961. La circulación, por tanto, se fue ampliando en la medida en que la relación entre un público interesado por conocer más sobre el mundo rural, y un órgano en difundir noticias y promocionar debates sobre ese mundo, se legitimó. Desde luego este hecho no fue fácil, por cuanto el universo de posibles lectores era casi nulo, en un mundo que, hacia mediados del siglo XX, no concebía la lectura como una práctica social cercana.

3. Las temporalidades del acontecimiento

La producción del *acontecimiento* de la visita de Paulo VI provocó la exhibición de una serie de discursos que buscaron promover una relación pasado-presente-futuro entre la historia de la Iglesia Católica, el campesinado y la visita del Papa. En las páginas de *El Campesino* se apeló a las nociones de pasado para legitimar la autoridad divina de los pontífices y a las representaciones del presente como temporalidad que organizaba los *horizontes de expectativas* (Koselleck, 1993,

p. 334). Además, se insistió en que la imagen del futuro del campesinado se concretaría en su aprensión de la noción de progreso deseada por la Iglesia Católica. Estos modos de significación de las temporalidades dentro del año 1968, nos remiten a la idea de que la producción del *acontecimiento* dio visibilidad a los *regímenes de historicidad* vigente (Hartog, 2007). En ese sentido, las nociones de pasado, de presente y de futuro actuaron en los discursos como productores de sentido que afianzaban la “cita histórica” de los campesinos con el Papa. Una cita que era a la vez para aprehender la “historia de la Iglesia” y para trazar un “futuro” colmado de progreso.

Las columnas del padre Sabogal fueron unos de esos espacios textuales por donde estas nociones temporales transitaban⁴. Por ejemplo, en una de sus columnas se detallaban las escenas en las que Jesucristo le anunciaba a Pedro, su discípulo, que sobre él se levantaría la Iglesia. Este tipo de narrativas que tenían a Pedro, el apóstol, como centro, configuraba una retórica que se deslizó por varios de sus escritos. En ellas, Pedro era significado como el “pastor de todos los fieles para procurar el bien común de la Iglesia Universal”, también se mostró ante los lectores campesinos como un hombre que, pese a sus “caídas increíbles”, logró por su fe “una consagración eterna”. Por otro lado, acudir a las “cartas de Pedro” se inscribía como una práctica de lectura que buscaba actualizar y proyectar los sentidos que allí se habían condensado desde el pasado. En tal forma, las palabras de Pedro estaban revestida de intemporalidad, “hasta cuando el mundo dejara de ser habitación para los hombres” (“Como expresión de nuestro cristianismo”, 1968). Prueba de ello era que su pensamiento se había hecho presente, de acuerdo con la columna, en Concilio Vaticano II. Y fue el Concilio un espacio textual y sagrado que aseguró la legitimidad en los nuevos tiempos a quien se denominaba el Vicario de Cristo: “Romano Pontífice quien goza por institución divida de potestad suprema, plena, inmediata y universal para el cuidado de las almas” (“Los campesinos hemos recibido”, 1968).

El padre Sabogal insistía en que los campesinos debían conocer la “historia de la Iglesia” y algunos de los nombres de los Papas: Lino, Cieto, Clemente, Anacleto. En ellos estaban concentradas las “mejores” virtudes, el esfuerzo, el respeto por los designios divinos, el culto y apego a los evangelios. Todo

4 José Ramón Sabogal era un sacerdote, oriundo de Cundinamarca. Fue cura párroco de Tibirita (Boyacá) e ingresó a ACPO en 1949. Se convirtió en pocos años en una figura central en la institución. Llegó a ser director de las Escuelas Radiofónicas y subdirector de ACPO. Desde la primera edición del *semanario El Campesino*, en julio de 1958, hasta su última edición, en 1990, mantuvo una columna semanal, reflexionando sobre las cambiantes condiciones del campesinado en Colombia. A eso se le sumaban sus constantes viajes por varios lugares del territorio para hacer seguimiento a las campañas que hacía ACPO desde los distintos medios de comunicación. Era uno de los columnistas más leídos por los lectores campesinos.

lo anterior se revestía de “autoridad universal” para que el “mensaje” que venía a dar el Papa fuera atendido como un horizonte de realización en la vida espiritual y material del campesinado. Así mismo, sus columnas llamaron la atención sobre la necesidad de que el canon de la misa fuera reconocido bajo los sentidos de la *Encíclica* de Paulo VI *Mysterium fidei*, promulgada en septiembre de 1965, y que invitaba a los católicos del mundo a que vieran en la eucaristía el “misterio de la fe” que “la Iglesia Católica había recibido de Cristo”.

Esta autorización “divina” que provenía del pasado, actualizaba en el campesinado colombiano una *relación* de autoridad con la Iglesia Católica colombiana que, como institución, reguló una parte importante de las prácticas y modos de representación social del mundo rural. Dicha relación había tenido un giro en la década del cincuenta, cuando la Iglesia alertó sobre “el problema social” en que se encontraba una gran porción de la población del país, sobre todo el campesinado. La cuestión agraria entonces entró en la agenda de manera más decidida a partir de la celebración de la Conferencia Episcopal en 1958 y de la realización del primer Congreso Nacional Católico de Vida Rural. En ambos, la posición del clero fue “condenar” la concentración de la tierra en manos de uno pocos y proponer en cambio, una reforma agraria y social en beneficio del campesinado (Arias, 2003, p. 195).

Este renovado interés del episcopado nacional por la *cuestión agraria* había sido uno de los efectos del discurso de Juan XXIII, cuando señaló que la Iglesia debía adecuarse a los “signos de los tiempos”. La expresión, en su carga temporal, podía interpretarse como una manera de sincronizar las expectativas que trajeron consigo los procesos de modernización e industrialización acelerada del siglo XX, con la experiencia que la institución tenía como organizadora de la fe católica. De ello se derivaba que el desarrollo, tanto en su forma de discurso como en su sentido saber y técnica, dejaron de ser vistos por la Iglesia como esfera antagónica al régimen de valores que ellos postulaban, sobre todo en la década del sesenta cuando el desarrollismo se convirtió en un instrumento de político internacional, que cobró fuerza con la creación del programa Alianza para el Progreso (Rojas, 2010). Este giro global propició, por tanto, una amalgama distinta entre la Iglesia y el campesinado, que se evidenció en la “preocupación” por diagnosticar la situación precaria de la población campesina y en la promoción y apoyo a programas que “ayudaran” a “salir del atraso” económico, material y social al mundo rural.

Inscrito en estas ideas, el padre Sabogal analizó en sus columnas las nociones de progreso y desarrollo desde la perspectiva que le ofreció la

encíclica *Populorum Progressio*, escrita en 1967 y que rápidamente se convirtió en el texto más emblemático de Paulo VI (Gaviria, 2007). En ACPO este texto circuló por varios de los programas que se emitían por radio Sutatenza. En el *semanario* fue discutido por los columnistas y otros actores del mundo eclesiástico, quienes destacaron la pertinencia de las reflexiones del “progreso de los pueblos”, en una década marcada por las movilizaciones sociales, el avance del comunismo hacia diferentes espacios planetarios, y la creciente pobreza de extensos territorios de África y América Latina.

Sabogal, por su parte, fue quizá quien más trabajó en sus columnas sobre esta *Encíclica*. Desglosó los apartados que se concentraban en el examen de un mundo profundamente desigual entre las zonas rurales y urbanas, y en reflexionar sobre las brechas cada día más profundas entre los países ricos y los países pobres. El anuncio de la visita del Papa acentuó su interés personal e institucional por comentar y promover la apropiación de la *Encíclica* en las vidas campesinas. En su columna del 21 de julio, Sabogal recordaba que el “llamamiento al progreso de los pueblos” pasaba, de acuerdo con Paulo VI, porque se “diera al prójimo con amor la cultura fundamental”. El sacerdote recordaba que el Pontífice decía que un hombre o mujer analfabeta, era “un espíritu subalimentado”. Por tanto, el llamado a saber leer y escribir, eran apenas prácticas que tenían que inscribirse en las conciencias futuras del campesinado. Sus palabras lo decían de este modo: “adquirir una formación profesional, es recordar la confianza en sí mismo y descubrir que se puede progresar al mismo tiempo que los demás” (“El hambre de instrucción”, 1968).

Sabogal también se detuvo en citar y comentar acaso una de las conclusiones a las que llegaba la *Encíclica*: sin un desarrollo profundo e integral de las sociedades y de los individuos que se encontraban en situación de precariedad y pobreza, no habría una paz en el mundo. Este hecho era especialmente sensible en la región de América Latina, considerada por organismos multilaterales como la ONU y la FAO, como uno de los lugares donde más se concentraba la pobreza y las desigualdades sociales⁵. Frente a esto, Sabogal desde el lugar de enunciación institucional en que se encontraba, consideraba que el *acontecimiento* ayudaría a promover un *nuevo futuro* desde la relación entre educación y progreso que ellos trabajaban en ACPO.

5 En los últimos años se han estado revisando las nociones de desarrollo y su eficacia en la región Latinoamericana. Se ha pensado que el desarrollo también puede entenderse como una “ideología” que quiso imponerse desde un grupo de países y organismos multilaterales como la única vía posible que tenían que transitar las sociedades de América Latina y África. Para un detallado análisis de lo anterior ver: Morgan J. (2016). “Writing the History of Development (Part 2: Longer, Deeper, Wider)”, *Humanity* 7, No 1, pp. 125-174.

Esta noción del progreso que se significaba como un estado por alcanzar, desprendiéndose de experiencias y prácticas que se asentaban en el mundo rural, había sido uno de los modos en que se ordenó el discurso de ACPO, por lo menos en las décadas del cincuenta y el sesenta. El progreso era además una forma de valoración socio cultural a la que se enfrentaban las sociedades. Era claro dentro de los discursos públicos de aquella década, que ubicaban a la ciudad frente a la aldea, a los países “desarrollados” o ricos frente a los países pobres o sub desarrollados”, a los alfabetizados frente a los “analfabetas”, marcaba en los segundos componentes de cada una de las parejas, un estado de posición más favorable o cercana a esta idea de progreso como ideal, pero sobre todo como un *horizonte de expectativa*, que generaba una situación de diferencia cultural y material, incluso espiritual, entre quienes se concibieran dentro de este horizonte y quienes no.

Este discurso de progreso se acentuó durante la secuencia de hechos que conformaron *el acontecimiento*. Con el Papa y los campesinos se renovaba una relación histórica y mística, a partir de situarse en la sincronía discursiva que otorgaba a la noción de progreso una forma de organización de las expectativas. La visita entonces venía a ser ese punto de quiebre o inflexión que activaría el principio del horizonte que debían recorrer las sociedades campesinas colombianas y latinoamericanas hacia la construcción de su futuro.

Para Sabogal en particular y para *El Campesino* en general, *El Encuentro Campesino*, por tanto, se convirtió en un escenario que permitió fijar la relación entre la visita Papal y la *Encíclica* en clave temporal. En la edición del 25 de agosto se afirmaba que “una nueva etapa para el desarrollo de los sectores rurales de Colombia y América Latina se iniciará después del Encuentro de los Campesinos con su Santidad Paulo VI en el campo de san José el 29 de agosto” (“Los campesinos de América”, 1968).

Pero mientras la visita Papal iba siendo construida por *El Campesino* como *acontecimiento* “histórico”, “excepcional” y “esperanzador”, los obispos de Latinoamérica se preparaban para discutir en la última semana de agosto de ese año, acerca de la situación social en que estaban sumergidos muchos de los países de la región. El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) discutiría cinco grandes temas: los “los problemas de América Latina, su interpretación a la luz del cristianismo; las tareas de promoción humana que se deben desarrollar; las labores de evangelización, y el problema de la adecuación de las estructuras de la Iglesia a los requerimientos de la situación

de los países latinoamericanos, de acuerdo con su grado desarrollo” (“El Documento del CELAM, 1968”). Era entonces 1968 un año de movimiento y transformación.

4. En movimiento y transformación: las personas y los objetos en la producción del acontecimiento

El *acontecimiento* que se forjaba desde los meses que precedieron a la visita del Papa intensificó el movimiento de objetos y personas. *El Campesino* dio espacio a que una parte considerable del flujo de energía humana y material que se daba en vastas zonas del país fuese registrado en sus páginas. Este cubrimiento aumentó desde que se instaló el 28 de junio la Junta Organizadora Nacional. A la cabeza de dicha Junta estaba el Ministro de Gobierno, Misael Pastrana, el director de la ACPO, José Joaquín Salcedo y José Ramón Pérez, director del Día del Desarrollo del Congreso Eucarístico Internacional. También hacían parte Luis Zornosa Falla, director de *El Campesino*, y Fernando Gutiérrez Riaño, director de las emisoras de radio Sutatenza. En la edición del 7 de julio, cada uno de estos miembros aparecían retratados en el despacho del Ministro de Gobierno Misael Pastrana, alrededor de una mesa en donde se desplegaban hojas sueltas, mientras en sus manos se empuñaban lápices, mostrando todos los asistentes una atentos a tomar notas. En las declaraciones a la prensa, sus miembros instaron a que la *movilización* de las entidades públicas era necesaria para acelerar tanto las obras de adecuación del campo San José, nombre del lugar ubicado en Mosquera, Cundinamarca, donde se realizaría el Encuentro, como en la organización de lugares a los que llegarían con un día de anticipación los peregrinos campesinos. Finalmente, la Junta hacía un llamado a la ciudadanía en general a que tomaran participación en un evento “histórico” (“Se instaló la Junta”, 1968).

El paisaje de algunos lugares también sufrió algunas transformaciones en sus cotidianidades. En el campo de San José, jurisdicción del municipio Mosquera, que distaba 14 kilómetros del Campo Eucarístico en Bogotá, se iniciaron las labores de acondicionamiento en la primera semana de julio. Planeadas entre jefes de las Fuerzas Armadas, ingenieros, miembros de las distintas entidades de los poderes públicos y con la orientación en temas puntuales de distintos delegados de la Iglesia Católica, estas obras intentaban “la rotulación y embellecimiento” donde “se ha proyectado que el Papa Paulo VI tocará tierra”. El acceso al campo de San José lo realizarían los campesinos “a pie y campo traviesa” por “cerca de 25 senderos y caminos” que tendrían que adecuarse con

el apoyo de los propietarios de los predios vecinos. Así mismo, se proyectaba “la desecación de un pequeño potrero y de los vallados que son parte de un sistema de riego regulado técnicamente” (“Preparan el Campo”, 1968).

Las instalaciones del campo de Mosquera fueron terminadas hacia la segunda semana del mes de agosto, y la transformación fue rápida y radical. Contaba con un helipuerto para el “Santo Padre”, un edificio de transmisiones, una tribuna para el Papa y los representantes de los campesinos latinoamericanos; otro helipuerto para uso del ejército, antenas, habilitación de camino y vías de acceso, una planta purificadora de agua, un helipuerto para sanidad, y un estacionamiento con capacidad para 25 mil vehículos (“Terminan las obras”, 1968).

Por otro lado, el encuentro también podía leerse como aumento y aceleración de flujos de personas que, desde las periferias del territorio, se desplazaban hacia un centro gravitacional. *El Campesino* promovió la idea de que la convocatoria era abierta, libre y gratuita, con lo cual cualquier campesino podía asistir para estar de cerca con el Papa. Esto abrió un escenario inédito que anunció una gran movilización en la historia reciente del país. Las páginas se abarrotaron de noticias que provenían de diversos y distantes lugares. Así, la conformación de “grupos peregrinantes” se convirtió en uno de los efectos inmediatos de la campaña mediática. Por ejemplo, del Meta se anunciaba la contratación de 100 buses que traerían a los campesinos. De Antioquia, la Federación Agraria Nacional informaba una lista inicial de 3000 personas hasta los primeros días de julio, y anunciaba que esas personas se multiplicarían en los primeros días de agosto.

El padre Héctor Durán, del municipio de La Mesa, empezó a entrenarse con caminatas todos los días desde que se enteró del *acontecimiento*, para marchar desde su población hasta al campo de San José, distante 50 kilómetros. Su entusiasmo era tal que afirmaba que quería ir vereda por vereda invitando a los campesinos. La voluntad de movimiento que le inspiraba el *acontecimiento* era mucho más fuerte que su estado reciente de salud. Le habían hecho una operación quirúrgica en una pierna, sin embargo, aseguraba que “las dolencias se pueden vencer con voluntad”. Con esa misma voluntad aspiraba a peregrinar junto a 200 campesinos de su municipio, y a darle ánimo a otros 3.000 que se desplazarían en vehículos. El municipio de La Mesa estaba conformado por 13 veredas que, de acuerdo al entusiasta padre Durán, estaban ansiosas por acompañar al peregrinaje. En la entrevista concedida al *semanario*, habló de llevar “murgas” para “distraer a los peregrinos” y para “manifestar nuestra

gran alegría” ante un “suceso que no volveremos a presenciar en este siglo” (“Iremos vereda por vereda”, 1968).

El peregrinaje se preparaba desde todas las regiones. En la llamada “Costa Atlántica”, estaban inscritos alrededor de 60.000 mil personas. Juan Romero, presidente de la Unión de Trabajadores del Atlántico, informaba que cada departamento llevaría su representación, y algunos, al menos 50 agricultores, recibirían un auxilio de 25.000 pesos por parte de la Gobernación. Los preparativos estaban a la orden del día en Magdalena, Bolívar, Sucre y Córdoba. (“La Costa se prepara”, 1968). Desde los Llanos Orientales “millares de campesinos” emprenderían el peregrinaje en “25 convoyes de automotores”. (11 de agosto de 1968. “Millares de llaneros”, 1968). Una delegación de “indígenas católicos Paeces” también anunciaba su peregrinaje y su alojamiento sería en el colegio de Fátima de la población de Funza.

La movilización de objetos y personas también evidenciaba las redes de solidaridad entre los hombres y mujeres del mundo católico. Si desde las veredas iban a peregrinar, en Facatativa, población cercana al campo de Mosquera, las voluntades se activaban para darle acogida a esta energía humana y espiritual que llegaría el 22 de agosto, un día antes del clímax del *acontecimiento*. En una lista de establecimientos educativos detallaban que se habían dispuesto alrededor de 3.500 cupos para los peregrinos, de acuerdo con un comunicado de la secretaria de la Casa Episcopal que puso a circular *El Campesino*. Municipios como Funza, Fusagasugá, Soacha, Caquezá, Ubaque, Bosa, Zipaquirá, Cajicá, Tocancipá, entre otros, ofrecían cupos a los peregrinos. Informaciones, reuniones, juntas, anuncios por medios de comunicación, y por las redes católicas y de voluntarios, transformaban a la sabana de Bogotá en un territorio de vibrante movilización, de creciente energía humana, todo esto mientras más se acercaba el día *ceró del acontecimiento* (“Facatativá ofrece techo”, 1968).

Por los primeros días de agosto, los llamados “peregrinos rurales” ya tenían dispuestos más de 30.000 cupos para dormir y tener “alimentos calientes” en la noche del 22 de agosto en alguna de las poblaciones de la sabana de Bogotá (30.000 alojamientos listos para campesinos, 1968). Al parecer la “solidaridad”, o la “excepcionalidad del acontecimiento” había promovido interacciones sociales inusuales. Por ejemplo, el Ministro de Gobierno, Misael Pastrana Borrero, daría hospedaje a la pareja de campesinos colombianos que participarían en el diálogo con el Papa. Pero no sería esta la única pareja, cada país tendría una representación de una pareja campesina, para entablar un

diálogo directo con el Pontífice ("Pastrana Borrero alojará", 1968).

El Encuentro presentado como un "hecho" sin precedentes en la historia de América Latina, hizo eco en organizaciones de varios países del continente. Desde Colombia organizaciones como la Federación Agraria Nacional (FANAL) y la Unión de Trabajadores del Campo (UTC) enviaron mensajes a las organizaciones campesinas de Venezuela y de otros países. FANAL anunciaba en su invitación "ese día daremos el grito de lucha por la justicia social, pregonada en las *Encíclicas Sociales*, especialmente en la *Populorum Progressio*". Por su lado, la Junta Organizadora envió hacia mediados de julio solicitudes a todos los embajadores de Colombia en los países de América Latina, para que ellos a su vez tramitaran la organización de las delegaciones campesinas que viajarían al Encuentro. Una de las condiciones es que fueran matrimonios, y que se destacaran por haber mejorado sus condiciones de vida ("Campesinos de toda América", 1968).

A esta producción del *acontecimiento* se sumó la importación de los equipos de radiofusión que se instalarían en el campo San José, y que serían inaugurados y bendecidos por el Papa Paulo VI. El cubrimiento del *semanario* exhibió visual y textualmente "la operación" que fue liderada por las Fuerzas Aéreas Colombianas (FAC). El titular "Sensacional operación aérea para traer los transmisores", iba acompañado de la frase "dos gigantescos aviones de la FAC salieron hacia EE. UU". De acuerdo con la información ofrecida por *El Campesino*, los aviones despegaron el lunes 15 de julio desde el Aeropuerto El Dorado de Bogotá, con destino a Dallas, Texas. Su regreso estaba programado para el día siguiente. La nota afirmaba que "se trata de la más grande operación realizada en Colombia hasta el presente". La capacidad de los aviones era de 18.000 kilos ("Sensacional Operación Aérea", 1968). El 28 de julio el *semanario* anunciaba que los transmisores habían llegado a Bogotá. Monseñor José Joaquín Salcedo, director de ACPO, y Monseñor Ángel María Ocampo, arzobispo de Tunja y presidente del consejo de Gobierno de ACPO, fueron los encargados de recibirlos. Para *El Campesino* este había sido "un vuelo histórico para las clases marginadas". Los equipos serían instalados por un grupo de técnicos, ingenieros electrónicos y especialistas en radiofusión ("Aviones con equipos", 1968). Con esto ACPO aseguraría la mayor potencia radiofónica del país, lo cual redundaba en que sus mensajes educativos y culturales alrededor del desarrollo y de la vida cristiana tendrían en los próximos años una influencia mayor.

La dinámica de movimiento modificó y no pocas veces suspendió las labores cotidianas de muchas veredas del país. Las reuniones entre campesinos, los

párrocos y las autoridades civiles, se establecieron como la expresión más visibles de la fe, y evidenciaron que la Iglesia Católica seguía siendo uno de los organizadores más potentes de la identidad colombiana. En muchas de estas reuniones, de acuerdo al cubrimiento profuso que hacía el *semanario*, los campesinos discutían una variedad de temas que los aquejaban. Unos recientes, pero la mayoría tenían que ver con los conflictos más estructurales del país. Desde luego, el “problema agrario” aparecía en primer lugar. Y este tenía ramificaciones. El acceso a la tierra, y el regreso a ella por parte de quienes la tuvieron y la perdieron por la violencia de esos años. Envueltos en la “turbulencia” del *acontecimiento*, algunos aseguraban que esta “cita” debería ayudar a “moverse” de la pobreza en la que se encontraban. Esforzados, deseosos, preocupados, interrogativos, pero sobre todo “expectantes”, eran algunos de los registros que inscribía en la opinión pública el *semanario*. Así, las reuniones planeaban una de las movilizaciones más vastas en la historia contemporánea de Colombia.

Con esto, un *acontecimiento* encadenaba otro. La visita del Papa, un *acontecimiento* del mundo católico, que tomaba cuerpo en un país católico, y que era representado por el *semanario*, perteneciente a ACPO, una institución de inspiración católica, se entretejía con una movilización social campesina que buscaba la mirada del Pontífice, el encuentro místico del presente, la reactualización de esta vieja relación, tejida por la “historia de la Iglesia”, por su pasado de pastores, y hombres del campo. El movimiento en este punto era desplazamiento físico hasta el lugar donde gravitaba el Pontífice. Movimiento del “estado de las cosas” (Koselleck, 2012) que deben nombrarse con el lenguaje que trae el progreso, este último tan deseoso de un nuevo registro de futuro.

5. El acontecimiento en imágenes

Conscientes de los retos a los que se enfrentaba un medio de comunicación que quería construir la figura de un lector campesino, *el semanario* promovió una serie de estrategias editoriales que buscaron afianzar la relación entre un órgano periodístico y un naciente público lector. Esa postura los llevó a apelar al uso de las imágenes de forma permanente para lograr *construir significado* a partir de los mensajes y discursos que ellos quisieron promover⁶. Así, las imágenes estuvieron presentes desde las primeras ediciones de 1958, y se mantuvieron durante toda la existencia editorial de *El Campesino*.

6 Afirma Barthes (1997: 224) que “la significación se convierte en la manera de pensar del mundo moderno, un poco como el hecho constituyó anteriormente la unidad de reflexión de la ciencia positiva”. Sobre esta premisa nos acercamos a las imágenes.

Hacia la década del sesenta las imágenes que aparecían en *el impreso* ya se habían posicionado como una fórmula que seducía a los lectores cada semana. En ellas se narraban visualmente diferentes aspectos de la vida rural: aparecían rostros de campesinos en sus labores cotidianas de siembra, se mostraban la extensión de los caminos y los paisajes de sus veredas con los fondos de montañas o valles; también las imágenes de ríos o quebradas que corrían cerca de los lugares de sus viviendas.

A través de las imágenes que, en su mayoría, provenían del dispositivo fotográfico, se construyeron una serie de representaciones inéditas de la vida rural, sobre todo, cuando la violencia de las décadas anteriores había difundido una serie de imágenes asociadas a la muerte (Fals, Guzmán y Umaña, 1962). Es decir, en el imaginario colectivo estaban presentes las imágenes de abril de 1948, y las que habían circulado por el libro de *La Violencia en Colombia*, el cual presentaba visualmente cuerpos sangrantes, desmembrados y anónimos. Desde sus inicios, ACPO quiso promover otro tipo de representaciones del campesinado, y por ello la idea de muerte y violencia como discursos que definían la identidad campesina, fueron retados. En contraposición, se promovió un nuevo sistema de representación que se apoyó en el uso intensivo y sistemático de la imagen al interior de las páginas de *el semanario*, espacio propicio, por el crecimiento de ejemplares que salían de sus prensas, y por la circulación que se extendía hacia casi todo el territorio nacional.

Todo lo anterior introduce a 1968 dentro de un *sistema de representación visual* que había estado vigente en la política editorial de *El Campesino*, y desde luego, en los modos en que ACPO significaba textual y visualmente al campesinado colombiano⁷. Sin embargo, la irrupción del *acontecimiento* evidenció que los sistemas de representaciones podían retarse una vez más, bajo la idea de que se estaba asistiendo a un “hecho” sin precedentes en la historia de América Latina, y puntualmente, que se estaba frente a un “algo” inédito en la misma experiencia colectiva del campesinado de Colombia. Desde esta perspectiva, ACPO emprendió a través del *semanario* un profuso trabajo visual sin antecedentes en los 10 años de vida que tenía el impreso. Solo un “hecho” había tenido tanto cubrimiento en los años que precedieron la visita del Papa, y era la reforma agraria de 1961, en la que *El Semanario* impuso un ritmo acelerado de producción de noticias y de uso de las imágenes.

7 Un caso de análisis de imágenes en el mundo rural se encuentra en el trabajo de Cant Anna (2018). La investigadora analiza los dispositivos visuales que se usaron en el Perú en el marco de la Reforma Agraria de finales de la década de los sesenta y los efectos que tuvieron en el mundo campesino en la legitimación de la política agraria del gobierno de Juan Velasco Alvarado.

Así entonces, la difusión visual del *acontecimiento* de la visita de Paulo VI empezó por los primeros meses de 1968, cuando aparecieron algunas imágenes en las que se presentaba el rostro y parte del dorso del Papa, al interior de un círculo. Esta imagen fue utilizada en varias ediciones durante ese año, y se convirtió en uno de los íconos visuales del *acontecimiento*. El círculo actuaba como un aura, y el rostro adusto, a medio inclinar, profundizaban la idea de meditación e intermediación entre el mundo de los creyentes y el mundo espiritual. A menudo esta imagen era acompañada de un texto que invitaba al campesinado colombiano a no “perderse” la cita con el Pontífice. Sin embargo, como *El Campesino* empezó a construir la narrativa de la visita del Papa y el *Encuentro Campesino* como un *acontecimiento* excepcional, esta imagen de su perfil en primer plano, enmarcado al interior de un círculo, se fue acompañando de distintos textos que reproducían el flujo de movimiento de personas y hechos que se producían cotidianamente frente a la cada vez más cercana visita. Por ejemplo, uno de los textos contaba detalles acerca de la preparación de las federaciones campesinas latinoamericanas para El Encuentro Campesino.



Figura 2. “Nuestra presencia, es el aliento a la acción valerosa del para el desarrollo”.

Fuente: *El Campesino*, 7 de julio de 1968 p. 1.



Figura 3. “Encuentro Campesino con el Papa”.

Fuente: *El Campesino*, 7 de julio de 1968, p. 2.

En la edición del 14 de julio de 1968, una página completa anunciaba a los campesinos que el Papa “os espera”. Otros mensajes se desplegaban, en que se le pedía al campesino que, en compañía del párroco de su pueblo, ayudara a organizar las representaciones que irían al “gran” *Encuentro con el Papa*. En la parte derecha, ocupando casi todo ese costado, aparecía la imagen de Paulo VI en posición de genuflexión. Frente a la imagen, en la parte superior izquierda, una cita de la encíclica *Populorum Progressio*:

El hombre no es verdaderamente hombre más que en la medida en que, dueño de sus acciones y juez de su valor, se hace él mismo autor de su progreso, según la naturaleza que le ha sido dada por su Creador y de la cual asume libremente las posibilidades y las exigencias. (“Campesinos no faltéis”, 1968)

La composición visual y textual de este anuncio difundía uno de los sentidos de la visita del Papa, que se soportaba en la urgencia de promover la modernización del campo en Latinoamérica con el fin de superar los niveles de pobreza y “atraso” de la región. *La Encíclica* promovió la idea de que el progreso estaba en la conjunción de la voluntad divina y la agencia humana. Con esto, el campesino se veía interpelado por el Papa, como un sujeto capaz de cambiarse a sí mismo, y de cambiar la situación de “precariedad” en la que vivía.

La cita anterior se volvió recurrente en varias de las ediciones de los meses de julio y agosto. En la edición del 28 de julio aparece nuevamente

en el costado superior derecho, y frente a ella, la imagen de Paulo VI con los fastos que lo significan como el máximo jerarca de la Iglesia Católica: la silla Papal, la mitra, el palio, el báculo sostenido con su mano izquierda. La mano derecha alzada a la altura de su hombro mientras lanza un saludo eterno a la feligresía. La composición de la imagen -una vez más- apelaba a promover una relación ambivalente entre el Papa y el campesinado. Él era el jerarca que forjaba una relación desde su autoridad con el campesinado. Pero era este último el que inspiraba la escritura de la *Encíclica*, porque su experiencia histórica y mística con la Iglesia de Roma se reactualizaba bajo la noción de que el campesinado era el “dueño de sus acciones”, pero siempre “según la naturaleza que le ha sido dada por su creador”.

Entonces, la representación de autoridad Papal, de orientador del rebaño, solo era posible en la medida en que el campesinado se presentara como un sujeto individual y colectivo dueño de una experiencia que ya no operaba en el presente para adecuarla al signo de los “nuevos tiempos”. Esta situación promovía el escenario de sentido que se quiso impulsar: un Papa que venía a actualizar su mensaje de progreso y a refundar la relación histórica con el campesinado, sujeto colectivo que no solo era parte de la feligresía, sino que en la narrativa histórica de la misma Iglesia eran ellos mismos los forjadores de la Iglesia de Roma.



Figura 4. “Campesinos de Colombia el Papa os espera”.
Fuente: *El Campesino*, 28 de julio de 1968, p. 2.

Desde 1967, cuando la *Encíclica* circuló hacia la esfera del mundo católico, ACPO la asumió como una directriz en su proyecto institucional. Desde el *semanario* se organizaron varios editoriales que analizaban los efectos de documentos tanto en el campo religioso, como en el campo político. En esa línea, se analizó cómo el ser católico no disenta con la difusión de los nuevos saberes que se organizaban a partir de la incorporación de la técnica como un dispositivo indispensable y urgente de cambio social. Otro de las estrategias de circulación que usó ACPO desde su impreso fue la de extraer citas de la *Encíclica* para insertarlas en sucesivas ediciones.

Sin embargo, el proceso de circulación fue mucho más allá. El 4 de agosto aparecieron en el *semanario* dos fotografías que mostraban a grupos de campesinos reunidos en espacios abiertos. En el pie de una de las fotografías figuraba el nombre de María Antonia Novoa de Martínez, una auxiliar inmediata de las escuelas radiofónicas. La imagen mostraba a esta líder en compañía de una docena de personas que se ubicaba a su alrededor en actitud de escucha. En sus manos sostenía un manojito de hojas en el que retenía el texto de la *Encíclica Populorum Progressio*. En el centro de la otra fotografía aparecía Vicente García, un líder campesino que, con ruana sobre su cuerpo, disertaba acerca de los propósitos del mencionado documento a cinco personas que lo rodeaban. Ambas fotografías fueron tomadas en el marco de la campaña que inició ACPO por el mes de junio, la cual tenía por objetivo preguntar al campesino acerca de las ideas centrales que se desprendían de la *Encíclica*.



Figura 5. "Debemos capacitarnos para enfrentarnos juntos al futuro".

Fuente: *El Semanario*, 4 de agosto de 1968, p. 3.

Fue así como campesinos del país conocieron las ideas de Paulo VI, puestas a circular durante la intensa reportería que llevo a cabo *El*

Campesino, sobre todo en los meses de julio y las primeras semanas de agosto. La estrategia consistió en preguntar sobre aquellos temas que interesaban directamente al campesinado, que se referían a la creciente brecha que se daba entre el mundo rural y urbano, también entre los grandes propietarios de tierras y los aparceros, así como la brecha entre el mundo de la cultura escrita y el mundo de las personas en situación analfabetismo. Los campesinos arrimaron sus respuestas a los micrófonos del *semanario*, destacando el lugar que había empezado a ocupar la educación en su experiencia de vida, pero también significaron su trabajo manual, esforzado y corpóreo, como un instrumento de labranza para su futuro. Pedro Carlos Quiroga Pulido, de la vereda Poveda, No 2, ante la pregunta de si sabía que era “la miseria inmerecida” de la que hablaba Paulo VI, respondía:

Ya estamos tomando conciencia de nuestra mala condición humana de letargo y postración, como consecuencia de la ignorancia. Sabemos que para mejorar nuestros ingresos económicos debemos utilizar las técnicas que por medio de nuestro estudio hemos logrado, obtenidos a través de unos medios, como son: radio, periódico y cursos de extensión. (“El Encuentro campesino”, 4 de agosto de 1968, p.3)

Estas entrevistas eran acompañadas de la fotografía de sus rostros, generalmente sonrientes, que aparecían en la parte superior de la página. La potencia de este tipo de fotografías, tanto la de los rostros individualizados, como las que aparecían en socialización de la *Encíclica*, radicaba en que producían un efecto de cercanía y diálogo con el Pontífice a través de las ideas que debatían los campesinos. Al proyectarlos visualmente leyendo, indagando entre ellos, revestidos de apasionamiento o concentración, se establecieron retóricas visuales que impregnaron a la visita Papal del carácter de un *acontecimiento* familiar, cercano, y de interés para todo el mundo rural.

Por otro lado, la producción visual del *acontecimiento* llegó a su clímax el día de *El Encuentro con el Papa*. *El semanario* decidió realizar dos ediciones extraordinarias, una que circuló el 18 de agosto, y la otra el 1 de septiembre. Fue en esta última donde los discursos complejos de la fe, del renovado pacto entre el campesinado y la Iglesia Católica, a la cabeza del Papa, y de la entronización del discurso sobre el desarrollo y el progreso de la población marginal no solo de Colombia, sino de América Latina, actuaron como directrices en los modos en que la fotografía produjo

visualmente el *acontecimiento*. El cuerpo de Paulo VI fue retratado en diferentes planos y composiciones. Se le presentó visualmente como alguien cercano y juvenil, calmo y pensativo. Los apartes de una biografía que circuló por el *semanario* pudieron contribuir a que en el registro visual se idealizara al Pontífice con estos atributos. En la edición del 18 de agosto, se reprodujeron algunos párrafos de Jean Gultón, un hombre dedicado a realizar un análisis pormenorizado de la vida del Paulo VI, quien escribió que “todos los rasgos de su rostro son movilizados, atentos, bajo tensión. Es difícil decir cómo de este rostro, más bien tenso y atento, emana la calma y la no tensión”. (18 de agosto de 1968). Esta imagen difundida del Papa se hacía de un modo consciente por parte de ACPO, queriendo que esto actuara como un dispositivo que estableciera una relación nueva del campesinado con los discursos del desarrollo, el progreso y la vida organizada desde la experiencia de la fe.

Finalmente, de este momento que marcó la *hora cero* del *acontecimiento* también se produjeron una serie de registros fotográficos del campesinado. Dos representaciones actuaron sobre ellos. La primera los presentó como hombres y mujeres ansiosos, esforzados y férreos. Las imágenes los mostraron en cercanías del campo de San José, en Mosquera, en largas filas levantando pancartas con mensajes al Papa, en las que ratificaban su fe, así como su intención de renovar la idea que tenían sobre el progreso y la capacidad que tenían ellos mismos de promoverlo. En estas representaciones destacaba un repertorio de fotografías que fueron tomadas en la madrugada del día del *Encuentro*: unos campesinos aparecían en medio de la neblina, enfundados dentro de sus ruanas. La luz a punto de reventar, mientras los campesinos se veían esforzados y jubilosos ante la cercanía del *excepcional acontecimiento*.



Figura 6. “El Encuentro Campesino con el Papa a través de la cámara fotográfica”.

Fuente: *El Campesino*, 1º. de septiembre de 1968, p. 6.

La última representación del campesinado que se promovió ese día fue la de una multitud sin rostro. Una enorme mancha parda, blancuzca. Una imagen ancha, que casi daba la impresión de desbordarse, tomada en los límites de lo que una cámara puede registrar en un solo plano. Fue, desde luego, por el efecto que generaba en los lectores de aquellos días, una imagen para convertirse en un ícono visual del *acontecimiento* más importante de la historia de América Latina, según dijeron los medios de comunicación. Pero fue, sobre todo, un golpe visual que nos remitía a la idea de que el campesino seguía siendo significado como una “masa” que se desdibujaba en la mescolanza y en la multitud.



*Figura 7. “300.000 mil campesinos aclamaron al Papa”.
Fuente: El Campesino, 1º. de septiembre de 1968, p. 1.*

A modo de conclusión

Los directivos del Congreso Eucarístico y las autoridades militares aseguraron que el Papa sería visto por alrededor de tres millones de personas en los seis actos que presidiría en el templete eucarístico; en la impartición de dos bendiciones a los feligreses desde el Palacio Cardenalicio en la Plaza de Bolívar; en la celebración de eucaristía en el barrio Venecia al sur de Bogotá y en el encuentro en Mosquera con los campesinos ("Listo plan de seguridad", 1968). Así mismo, El Semanario afirmó en su edición extraordinaria que alrededor de 300.000 campesinos de todos los países asistieron al *acontecimiento*.

Desde luego, la influencia y la capacidad de convocatoria que tuvo *El Campesino* fue relevante para crear las condiciones informativas y anímicas para que se diera quizás la movilización campesina de mayor envergadura en la historia contemporánea del país. El intenso y detallado cubrimiento, el uso de un lenguaje persuasivo, altisonante, la reiteración de que la visita del Papa era un "*acontecimiento* excepcional", y de que dicho "contacto" con el Sumo Pontífice, era al tiempo la renovación de un histórico y mítico vínculo entre el heredero de Pedro y los hombres y mujeres que dedican su vida a labrar la tierra, y además, un nuevo pacto por el futuro de estos, acentuó el interés del campesinado para emprender la masiva peregrinación. A este se le sumó la red de parroquias desperdigadas por todo el país y el papel de radio Sutatenza, para que la visita del Papa se convirtiera en la "antesala" de un nuevo pacto con el futuro, en una renovación de las expectativas en un contexto nacional marcado por la Reforma Agraria, que proponía entregar al campesinado unas condiciones favorables para acceder a tierras y créditos, aunque en esos primeros años de implementación los alcances no estuvieran del todo claros (Karl, 2018). En todo caso, para muchos colombianos de ese año, como Benjamín Pérez, un campesino de Toro, Valle, la visita de Paulo VI a Colombia fue: "una cosa nunca vista" ("Mi mayor deseo", 1968).

En los años que siguieron, la visita de Paulo VI se convirtió para el *semanario El Campesino* y para ACPO en general, un símbolo cultural y espiritual del que se valieron para seguir promoviendo y actualizando las expectativas campesinas de cambio social, en un país en el que estaba naciendo un nuevo conflicto, esta vez más duradero y brutal que en ningún otro en la América Latina de la segunda parte del siglo XX.

Referencias Bibliográficas

- 300.000 mil campesinos aclamaron al Papa. (1º. de septiembre de 1968). *El Campesino*, p. 1.
- 30.000 alojamientos listos para campesinos. (4 de agosto de 1968). *El Campesino*, p.5.
- Acevedo, M. & Yie, S. (2016). Nos debemos a la tierra. El Campesino y la creación de una voz para el campo, 1958-1962. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 43(1), 165-201. doi:<https://doi.org/10.15446/achsc.v43n1.55068>
- Anderson, B. (1993). *Comunidad imaginada: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arias, R. (2003). *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad: 1850-2000*. Bogotá: CESO-Ediciones Uniandes-ICANH.
- Aviones con equipos culturales llegan de Dallas, EE. UU. (28 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 3.
- Barthes, R. (1997). *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.
- Bernal, H. (2005). ACPO. *Radio Sutatenza: de la realidad a la utopía*. Bogotá: Fundación Cultural Javeriana.
- Campesinos de Colombia el Papa os espera. (28 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 2
- Campesinos de toda América vienen al Encuentro del 23. (21 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 1.
- Campesinos no faltéis a la cita. (14 de julio de 1968). *El Campesino*.
- Cant, A. (2018). "Representando la revolución: la propaganda política del Gobierno de Juan Velasco Alvarado en Perú (1968-1975) en Sven Shuster y Óscar Hernández (Editores), *Imaginando América Latina: historia y cultura visual, siglos XIX y XXI*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Chartier, R. (1995). *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*. España: Gedisa.

- Chartier, R. (2000). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, R. (2005). *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- Como expresión de nuestro cristianismo alimentamos devoción al Papa. (14 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 2.
- DeCerteau, M. (2006). *La escritura de la historia*. México. Universidad Iberoamericana.
- Debemos capacitarnos para enfrentarnos juntos al futuro. (4 de agosto de 1968). *El Semanario*, p. 3.
- Dosse, F. (2006). *La historia en migajas: de Annales a la nueva historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Dosse, F. (2009). Paul Ricoeur y Michel de Certeau. *La historia: entre el hacer y el decir*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- El documento del CELAM. (28 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 4.
- El Encuentro Campesino con el Papa a través de la cámara fotográfica. (1º de septiembre de 1968), *El Campesino*, p. 6.
- El hambre de instrucción no es menos que el hambre de instrumento. (21 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 2.
- Encuentro campesino con el Papa. (4 de agosto de 1968). *El Campesino*, p. 3.
- Encuentro Campesino con el Papa. (7 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 2.
- Facatativá ofrece techo para campesinos. (14 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 2.
- Fals O., Guzmán G. & Umaña E. (1962). *La violencia en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Gaviria, M. (2007). La comprensión del desarrollo a partir de la encíclica *populorum progressio*. *Revista Académica e Institucional de Universidad Católica Popular de Risaralda*, N78, 71-90.

Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad*. México: Universidad Iberoamericana.

Iremos vereda por vereda invitando a los campesinos. (14 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 2.

Karl, R. (2018). *La Paz Olvidada: políticos, letrados, campesinos y el surgimiento de las FARC en la formación de la Colombia Contemporánea*. Bogotá: Liberia Lerner.

Koselleck, R. (1993). *R. Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.

Koselleck, R. (2012). *Historia de conceptos. Estudio sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. España: Trotta.

La Costa se prepara para el Encuentro. (4 de agosto de 1968). *El Campesino*, p. 6.

Listo plan de seguridad para S.S Paulo VI en el Campo de Mosquera. (18 de agosto de 1968), *El Campesino*.

Los campesinos de América con Paulo VI". (25 de agosto de 1968). *El Campesino*, p. 1.

Los campesinos hemos recibido con alegría la noticia de la venida de Paulo VI a Colombia. (7 de Julio de 1968). *El Campesino*, p.2 Columna del padre Sabogal.

Martínez, E. (1978). *Métodos de periodismo rural en el semanario El Campesino de Acción Cultural Popular*. Bogotá: ACPO.

Millares de llaneros asistirán al encuentro campesino con el Papa. (11 de agosto de 1968). *El Campesino*, p. 5.

Modifican vacaciones intermedias en 1968. (17 de diciembre de 1967). *El Campesino*, p. 5.

Morgan J. (2016). "Writing the History of Deveploment (Part 2: Longer, Deeper, Wider)", *Humanity* 7, No 1, 125-174.

Nuestra presencia, es el aliento a la acción valerosa del para el desarrollo. (7 de julio de 1968). *El Campesino*, p. 1.

- Palacios, M. & Safford F. (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá. Universidad de Los Andes.
- Pastrana Borrero Alojara pareja de campesinos. (11 de agosto de 1968). *El Campesino*.
- Pérez, A. (2015). *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes, Colombia, 1880-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Portada edición extraordinaria. (18 de agosto de 1968). *El Campesino*.
- Preparan el Campo para el Encuentro. (14 de julio de 1968). *El Campesino*, p.1.
- Rivero, F. (2013). El devenir del acontecimiento en la operación historiográfica. *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, No 41, julio-diciembre, 43-77.
- Rojas, D. (2010). La Alianza para el Progreso en Colombia. *Análisis político*, No 70, Bogotá, septiembre-diciembre, 91-124.
- Rubio, A. (2016). *Minúscula y plural: cultura escrita en Colombia*. Medellín: La Carreta Histórica.
- Se instaló la Junta Organizadora Nacional. (7 de julio de 1968). *El Campesino*, p.1.
- Sensacional operación aérea para traer los transmisores, (21 de julio de 1968). *El Campesino*, pp.1-2.
- Terminan las obras del Campo. (11 de agosto de 1968). *El Campesino*, p.1-3.
- Trebtsch, M. (1998). El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20, 29-40.

1968 EN CARICATURA: REPRESENTACIONES Y CONSTRUCCIÓN DE IMAGINARIOS EN LA OPINIÓN PÚBLICA COLOMBIANA A TRAVÉS DEL ARTE CARICATURESCO EN EL DIARIO *EL TIEMPO*

Julián Lázaro Montes*
Laura Salcedo Díaz**

• “Este capítulo es resultado del proceso de investigación desarrollado en el marco del proyecto “Coyunturas, larga duración y transformaciones sociales: un análisis de momentos y procesos en la historia nacional y mundial”, avalado y financiado por la Corporación Universitaria Americana.

* Doctor en Historia de Europa, el Mundo Mediterráneo y su Difusión Atlántica: Métodos y Teorías para la Investigación Historiográfica, por la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla). Magister en Ciencias Históricas, por la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid). Historiador, egresado de la Universidad del Atlántico. Docente-Investigador de la Corporación Universitaria Americana. Integrante del Grupo de Investigación Law & Science, de la Corporación Universitaria Americana.

** Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales, de la Universidad del Norte (Barranquilla), beneficiaria de la beca doctoral de Colciencias y del apoyo de la Universidad del Norte. Magister en Administración de Proyectos (Universidad para la Cooperación Internacional, San José de Costa Rica). Politóloga con Énfasis en Gobierno y Políticas Públicas (Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia). Investigadora Asociada en Colciencias, vinculada al grupo de investigación Memorias del Caribe del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales, de la Universidad del Norte. Integrante del Instituto de Altos Estudios Sociales y Culturales de América Latina y el Caribe, de la Universidad del Norte. Correos electrónicos de contacto: laura_salcedo@live.com; laurasalcedo@uninorte.edu.co

Resumen

En el presente trabajo se analiza un conjunto de caricaturas publicadas en el diario colombiano *El Tiempo* en el año de 1968, en las que sus autores, varios de ellos reconocidos artistas del arte caricaturesco en Colombia, se ocupan de representar una amplia gama de temáticas que van desde escenas de la cotidianidad de los colombianos hasta asuntos especialmente significativos en la política nacional e internacional. El análisis desarrollado en las siguientes páginas constituye un acercamiento a 1968 en varios sentidos: por una parte, las caricaturas aportan referencias tanto de acontecimientos bastante significativos como de fenómenos y hechos cotidianos de escasa o nula recordación posterior, que en su conjunto constituyen un cuadro de la época que integra lo icónico y lo ordinario; por otro lado, las piezas analizadas arrojan luz acerca de las representaciones que se construían y ponían en circulación a través de uno de los diarios más influyentes de Colombia, a partir de las cuales se daba forma a una parte de la opinión pública; y, finalmente, las artes seleccionadas constituyen una muestra representativa sobre las que es posible identificar la posición y concepciones de un importante medio de comunicación y de los artistas que en él se expresaban sobre determinados aspectos de la vida cotidiana, que explican en buena medida las representaciones construidas.

Palabras clave: Caricatura, 1968, política internacional, vida cotidiana, medios de comunicación, representaciones.

Abstract

In the present work we analyze a set of cartoons published in the Colombian newspaper *El Tiempo* in the year 1968, in which the authors, several of them recognized artists of caricature art in Colombia, are engaged in representing a wide range of themes that they go from scenes of the daily life of the Colombians to matters that are especially significant in national and international politics. The analysis developed in the following pages is an approach to 1968 in several ways: on the one hand, the cartoons provide references to both significant events as well as everyday phenomena and events of little or no subsequent recall, which together constitute a picture of the era that integrates the iconic and the ordinary; On the other hand, the pieces analyzed shed light on the representations that were constructed and put into circulation through one of the most influential newspapers in Colombia, from which a part of public opinion was shaped; and, finally, the selected arts constitute a representative sample on which it is possible to identify the position and conceptions of an important means of communication and of the artists that expressed in it certain aspects of daily life, which largely explain the constructed representations.

Keywords: Caricature, 1968, international politics, daily life, media, representations.

Introducción

Los años sesenta aparecen como un momento de la historia mundial del siglo XX particularmente dinámico desde lo político, lo social y lo cultural, constituido por hechos y procesos de una gran naturaleza expansiva y transformadora. La crisis de los misiles en Cuba, los asesinatos de Kennedy y de Martin Luther King, la revolución cultural china, la aceleración de la carrera espacial, la guerra de Vietnam, los avances en la medicina, el movimiento hippie y otros tantos fenómenos sociales que se produjeron a lo largo de esa década constituyeron formas a través de las cuales se expresaron los rasgos, muchos de ellos verdaderas tensiones, de un mundo cambiante. Esos y muchos otros fenómenos que ocurrieron en lugares específicos y en momentos determinados terminaron trascendiendo tanto en espacio como en tiempo, erigiéndose como símbolos de una época, muy probablemente porque constituyeron la materialización de las esperanzas, los temores, las contradicciones y otras tantas más sensaciones de millones de personas que los vivieron o los presenciaron a la distancia, pero también porque marcaron el curso de los acontecimientos y los procesos de las siguientes décadas.

Colombia no permaneció al margen de esa dinámica de tensiones e intentos de transformación con profundas consecuencias posteriores. La de los sesenta fue la década del surgimiento de varios de los grupos guerrilleros de especial protagonismo en los siguientes años. También se dieron algunas discusiones al interior de la Iglesia Católica colombiana de gran relevancia tanto para la institución en su capítulo nacional como para la sociedad en general, en un país con mayoría de población católica donde las percepciones generadas y las opiniones difundidas desde los púlpitos incidían considerablemente en el comportamiento de los individuos. A todo ello se suman el surgimiento de expresiones artísticas y culturales inspiradas en los movimientos de contracultura de Europa y Estados Unidos, las rígidas posturas frente al comunismo tan características de la Guerra Fría, y, en fin, toda una serie de fenómenos que guardaban estrecha relación con los sucesos internacionales y que en cierta forma eran manifestaciones en el ámbito nacional del “espíritu de la época”.

Los hechos y procesos sociales mencionados han terminado por hacer de la década de los sesenta un símbolo en cualquier lugar del mundo allí donde sus efectos se hicieron perceptibles, e incluso donde se tiene apenas algún conocimiento de las dinámicas que caracterizaron a la época. Sin embargo, existe un componente, una unidad temporal menor al interior de esta década cargada todavía de más significación, el año de 1968. Como complemento a

la larga serie de acontecimientos de gran representatividad a escala mundial que se habían desarrollado en años previos, en 1968 podemos encontrar el ya mencionado asesinato de Martin Luther King, el fenómeno de “mayo del 68” y la celebración del Congreso Episcopal Latinoamericano (CELAM), por mencionar sólo algunos hechos que en cierta forma recogen y materializan las lógicas de buena parte de los años precedentes, y que a su vez sirven de punto de partida para nuevos procesos de las décadas siguientes (Tirado, 2014). Así las cosas, 1968 aparece como el instante crítico de una década crítica, que sintetiza y expone buena parte de los rasgos que marcaron un tiempo y se proyectaron en la posteridad.

Tenemos entonces a 1968 en el centro del análisis, momento crítico, condensador de una época, cargado de acontecimientos que se constituyeron simultáneamente como instantes culminantes al tiempo que puntos de partida. Y tenemos para el caso colombiano a los medios de comunicación, más específicamente a la prensa, uno de los recursos informativos más importantes, dando cuenta de lo que pasaba en el mundo y en el propio país, lanzando sobre los lectores unas coordenadas y señales particulares acerca de cómo interpretar los hechos y procesos de aquellos años, ayudando a crear unos imaginarios a través de una serie de representaciones que orientaban una visión, una perspectiva, y que influían en unos comportamientos, es decir, formaban opinión pública e inducían posiciones y actitudes.

Interesa en este trabajo analizar uno de los recursos a través de los cuales se generaban dichas representaciones en 1968, el de la caricatura, que con un estilo particular y abarcando los más diversos temas, llegaba hasta el público lector, al cual informaba y además presentaba una versión en clave crítica de algunos de los sucesos o procesos más representativos de la situación nacional e internacional del momento. En síntesis, la caricatura aparece como un vehículo informativo, al tiempo que dinámico y atractivo, a través de cual se emitía un mensaje y se generaban una serie de imaginarios en torno a ciertos temas.

Se utilizará para el análisis un conjunto de caricaturas publicadas en el diario de circulación nacional *El Tiempo* en 1968, uno de los medios impresos más influyentes en Colombia, y que a través de sus páginas y a lo largo de décadas se ha constituido como uno de los referentes en materia de opinión pública. Si bien los columnistas de dicho diario en aquel año de 1968 estaban entre los más influyentes y aparecían como figuras destacadas en el ámbito de los contenidos de opinión, los caricaturistas no eran menos

importantes ni estaban rezagados en lo que respecta a la agudeza de sus análisis y capacidad de expresar con claridad incisiva sus puntos de vista. Bien supieron desplegar sus capacidades de representación de la realidad para presentar ante los lectores del diario una versión gráfica que además de informar divertía, con pequeñas capsulas de humor que contenían una crítica de la sociedad y de los sucesos más representativos que se desarrollaban en la misma.

Atendiendo a todo lo expuesto, son varias las preguntas que surgen al momento de dar inicio al análisis de la muestra de caricaturas seleccionadas, la mayoría de ellas de las ediciones dominicales de *El Tiempo* y que recogen temas de gran resonancia en la semana que precede a su aparición. En este sentido, ¿Cuáles eran las temáticas que interesaban a los caricaturistas y cómo eran representadas ante el público lector de *El Tiempo*?

Como se mencionó, los periódicos acostumbran a publicar información que en buena medida expone la orientación política o ideológica de cada uno de ellos, entonces ¿Hasta qué punto las caricaturas de *El Tiempo* representaban la línea editorial y las inclinaciones políticas de este medio? Siendo *El Tiempo* un periódico liberal, ¿Qué postura se logra percibir en sus páginas en lo que respecta al Gobierno del también liberal presidente Lleras y a la figura de Estados Unidos como supuesto defensor de la democracia frente al comunismo?

Finalmente, teniendo en cuenta el carácter informativo de la caricatura y los usos que para la investigación puede tener, bien podría plantearse un interrogante adicional, a saber ¿hasta qué punto puede leerse la historia nacional e internacional de 1968 a través de dicho arte y qué información puede obtener el investigador a través de este? A estas preguntas se dará respuesta a lo largo de este trabajo.

1. Generalidades sobre la caricatura y los caricaturistas

Antes de la aparición de los medios de comunicación masiva, la más destacada referencia que se tiene acerca del uso de la caricatura como recurso para la crítica social desde el humor y la burla data de mediados del siglo XVIII, con los trabajos de William Hogarth en Inglaterra (Sala, s.f). Poco menos de un siglo después la Francia posnapoleónica fue el escenario de la circulación de contenidos satíricos que constituían una forma de

atacar a los monarcas (Kerr, 2000). Pero es más precisamente a lo largo del siglo XIX, con los desarrollos que para los medios de comunicación trajo la consolidación de la Revolución Industrial, cuando la caricatura adquirió un rol protagónico en lo que respecta a expresión de ideas y opiniones sobre los distintos ámbitos de la vida de las sociedades.

Ya en el siglo XX el uso a las caricaturas como recurso para difundir un conjunto de ideas y construir opinión pública se hizo una práctica recurrente (Helguera, 1989). Los regímenes totalitarios de la primera mitad del siglo, por citar un ejemplo, recurrieron a este vehículo no solamente para expresar su ideología y construir representaciones de sí mismos, sino también para deformar y recargar con características negativas a sus opositores o a quienes perseguían y oprimían, tal y como sucedió con los judíos y la cantidad de imágenes que se crearon en torno a ellos y que se difundieron ampliamente por Alemania y la Europa ocupada, contribuyendo a crear un ambiente propicio para los excesos que luego derivaron en genocidio (Tato, 2007).

Posteriormente, ya en la Guerra Fría, los bandos opuestos recurrieron con frecuencia a la caricatura para, entre otras cosas, demonizar al rival, en un ejercicio de permanente creatividad con imágenes en muchas ocasiones artísticamente notables que eran difundidas por cada uno, la Unión Soviética y los Estados Unidos, en sus zonas de influencia a través de los medios impresos (Seco y Sánchez, 1999), y que generaban un efecto de clara desfiguración del oponente, construyendo unos imaginarios que eran esenciales para obtener el respaldo público en las políticas que adelantaban los gobiernos de ambas potencias en su deseo de imponerse sobre el rival.

En el marco del análisis propuesto en este trabajo resulta de especial relevancia la caracterización sobre la caricatura que propone Acevedo (2004) en su tesis doctoral. Es importante señalar que, si bien este autor se enfoca de manera puntual en la caricatura política, la mayoría de los rasgos que menciona para esta forma de representación se pueden hacer extensivos a los asociados con distintas temáticas. Así entonces, Acevedo (2004) señala como elementos característicos de la caricatura (política):

1. Deformación o exageración de los rasgos de los personajes.
2. Los personajes, situaciones, lugares y hechos que figuran en los dibujos son identificables para el lector coetáneo o pueden ser precisables para el investigador.

3. Se inspiran en hechos de la actualidad política, doméstica o internacional.
4. Las historias, imágenes, metáforas y alegorías constituyen síntesis o simplificaciones de una situación, acontecimiento o personaje, dicen mucho en muy pocos trazos y líneas.
5. Hay dislocación o trastocamiento de hechos o de cosas dichas, de responsabilidades y de sentido.
6. Tiene cualidades humorísticas y artísticas, lo que quiere decir que utiliza el dominio de la técnica del dibujo, en particular el del dibujo para producir risa o mofa.
7. Constituyen armas de ataque o de defensa. Además de lo anterior [...], son vehículos de divulgación de representaciones, se apoyan en tradiciones iconográficas al utilizar símbolos, alegorías y signos entresacados del contexto cultural en el cual se mueve el caricaturista y el medio en que se expresa. (2004, p. 28)

Los rasgos mencionados dan cuenta no solamente de unas características de los productos generados por los caricaturistas, sino también de una forma de trabajo de estos últimos que permite combinar en una sola pieza el humor, la crítica social, el arte, la capacidad de sintetizar en un cuadro múltiples significaciones y hasta la observación sociológica, entre otros aspectos, todos los cuales constituyen el conjunto de recursos del autor de la caricatura para elaborar una imagen al tiempo que sencilla lo suficientemente cargada de contenidos para comunicar realidades complejas.

Precisamente la capacidad de desarrollar este tipo de contenidos ha consagrado a muchos caricaturistas como notables comunicadores y críticos de la realidad social. En Colombia uno de los pioneros y más prominentes figuras de este arte fue Alfredo Greñas, quien a finales del siglo XIX y desde las páginas de publicaciones periódicas como *El Zancudo*, *El Barbero* o *El Figaro* cuestionó el proyecto político conocido como “La Regeneración”, principalmente lanzando fuertes críticas sobre la censura a la prensa y el ataque sobre las libertades individuales que constituían parte de los propósitos de dicho proyecto (Arciniegas, 1975).

En una línea de crítica política similar aparece algunas décadas después

Ricardo Rendón, cuyos trabajos en los años veinte apuntaban a cuestionar al régimen conservador que gobernó a Colombia desde finales del siglo XIX y hasta el año 1930 (Helguera, 1989).

Ya para el para el momento que interesa en este trabajo, finales de la década de 1960, probablemente el caricaturista más reconocido era Aldor, quien tenía tras de sí una historia de vida interesante (León, 1968) Su nombre completo era Peter Aldor, y había nacido en el año de 1904 en Budapest, la capital húngara. En su país estudió Ingeniería Mecánica y Arte, siendo un trabajador de la industria ferroviaria, lo que combinaba con las actividades como caricaturista, las cuales adquirieron particular impulso a finales de la década del treinta, con el inicio de la segunda guerra mundial luego de la invasión nazi sobre Polonia (Ortega, 1965) Aldor fue un abanderado de la crítica contra el nazismo, llegando a publicar sus trabajos en diferentes medios impresos, algunos de ellos clandestinos que circulaban en la Europa ocupada (Villaveces, 2011, p. 215).

Aldor finalmente vino a Colombia “a finales de 1949, tras haber colaborado en publicaciones de Budapest y París”, y se nacionalizó colombiano (Murcia, 2016, p. 38). Su arte ocupó un lugar especial en las páginas del diario *El Tiempo*, y varias de sus caricaturas son analizadas en este trabajo, junto con las de artistas como Hernán Merino Puerta, conocido como “Merino”, Ángel Antonio Mingote Barrachina, “Mingote”, y Hernando Turriago Riaño, “Chapete”, quienes se encargaban de presentar a los lectores, desde su estilo particular, los principales acontecimientos nacionales internacionales, tal y como se verá en los siguientes apartados.

2. La caricatura en 1968: cotidianidad y asuntos típicos de la realidad colombiana

El diario *El Tiempo* era para finales de la década de 1960 uno de los principales, sino el más importante medio impreso de su tipo en el país. Con sede en Bogotá, donde se elaboraba, alcanzaba una circulación nacional, y en sus páginas se registraban sucesos representativos de la vida colombiana, expuestos en las diferentes secciones en que se encontraba dividido el rotativo (Murcia, 2018). Acorde con un estilo ya característico, *El Tiempo* presentaba una línea editorial que podríamos considerar de corte “liberal”, lo que se explicaba en buena medida por la orientación política de su propietario, Eduardo Santos, de larga militancia en el partido político llamado precisamente Liberal y quien

era una destacada figura de la política colombiana que había ocupado el cargo de Presidente de la República entre 1938 y 1942 (Ayala, 2008).

Entre los diferentes recursos utilizados para la difusión de los contenidos en *El Tiempo* encontramos la ya referida caricatura, que en su estilo más común aparecía haciendo referencia a hechos de gran resonancia que constituían su materia prima, pero que también daba cuenta de sucesos que podrían considerarse como típicos de la vida de los colombianos comunes y corrientes y que tal vez no alcanzaran la resonancia mediática de otros eventos, pero que eran importantes en la cotidianidad del lector que se veía muchas veces reflejado en la caricatura. Artistas como Merino se ocupaban precisamente de representar dichos sucesos y circunstancias, los cuales a través del arte adquirirían el tono humorístico sin por ello renunciar al elemento de crítica social tan propio del arte de la caricatura. Un ejemplo de lo señalado es la imagen que se reproduce debajo de estas líneas, de autoría de Merino, en la que se representa una escena típica (y aún vigente) de la realidad familiar colombiana:



Figura 1. "Lista de útiles escolares".
Fuente: Merino, 14 de enero de 1968.

El caricaturista presenta en su trabajo del 14 de enero de 1968, coincidiendo con el inicio del calendario escolar, a un padre con gesto de sorpresa y preocupación al mismo tiempo, al tener que enfrentarse con la extensa lista que le presenta su hijo de lo que le ha sido solicitado en el colegio para desarrollar las actividades académicas. La imagen se complementa con una

nota al pie bastante diciendo (“...y que el borrador y el tajalápiz sí son opcionales...”) en lo que respecta a la percepción de una buena parte de la población colombiana enfrentada a esta situación, como era la sobrecarga de útiles no tan útiles que desplazan a elementos realmente esenciales dentro del proceso de aprendizaje de los estudiantes, y que en el caso de la caricatura corresponden al borrador y al tajalápiz.

Otro de los caricaturistas de *El Tiempo*, Mingote, también hacía referencia a temáticas propias de la vida cotidiana de los colombianos, uno de ellos el deporte, y específicamente el fútbol, que en aquellos momentos de finales de los años sesenta despertaba mucho más que el simple interés de los aficionados. Ya para ese momento se contaba con una liga profesional de cerca de veinte años de existencia, en la que se encontraban integrados equipos de las diferentes ciudades del país, varios de ellos notablemente consolidados y con un pasado reciente más que destacado, sobre todo por el proceso que en la década anterior había vivido el fútbol colombiano con la llegada a varios clubes de futbolistas extranjeros de gran prestigio, principalmente argentinos y en menor medida uruguayos (Racines, 2011). Así las cosas, Mingote expresaba en el trabajo expuesto bajo estas líneas la manera como el fútbol, y en especial los resultados del fin de semana del equipo favorito, daban forma a las expectativas de los hinchas y, probablemente, a su estado de ánimo.

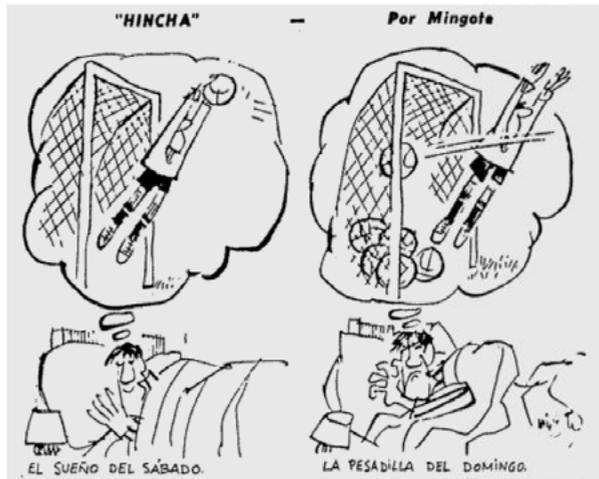


Figura 2. “Hincha”.

Fuente: Mingote, 28 de abril de 1968.

Algunos eventos asociados a la cotidianidad, pero en el sentido en que la alteraban, también fueron registrados por los caricaturistas de aquel año de

1968. Es bien sabido que Colombia no es un país que se haya caracterizado históricamente por recibir un amplio flujo de inmigrantes (Martínez, 2017), por lo que la presencia de alguien de otro país, con rasgos físicos distintos de los que caracterizan a los nativos, podía resultar llamativo para los ciudadanos. Esta situación, tan característica en Colombia y especialmente en ciertas regiones periféricas, fue recogida por Merino, quien se inspiró en la llegada de los llamados “Cuerpos de Paz”, jóvenes voluntarios de los Estados Unidos que llegaban a Colombia y a otros países a desarrollar labores sociales como parte de la estrategia norteamericana de acercamiento con América Latina como forma de prevención del presunto avance del comunismo en la región (Marín, 2009).



Figura 3. “Moralista”.

Fuente: Merino, 22 septiembre de 1968.

La situación económica de los colombianos tampoco escapaba del ojo de los caricaturistas, quienes acorde a su estilo expresaban distintas caras de un fenómeno que hoy en día se mantiene. Chapete era otro de los artistas que publicaban sus obras en *El Tiempo*, y cuyo interés se enfocaba en la realidad interna del país, abordando diversas temáticas de actualidad colombiana. El trabajo expuesto debajo de estas líneas hace referencia a una conmemoración ya tradicional como es el “Día de los Inocentes”, que se celebra el 28 de diciembre y que normalmente da lugar a pequeñas bromas de las personas entre sí.

Chapete crea una situación en la que una mujer, con un bolso de mano

y una bolsa más grande para cargar víveres, revisa un periódico que tiene en primera página un anuncio de descuentos en “artículos de primera necesidad”, pero que es realmente, y de acuerdo con el gesto de la mujer cuando lee las páginas interiores, sólo publicidad engañosa a manera de broma. El cuadro lo complementa la figura humanizada de un huevo, que expresa la típica frase de “pásala por inocente”, con la que informa a la víctima de la broma el engaño por el que se le ha hecho pasar. Todo el trabajo presenta en líneas generales el panorama de muchas familias colombianas afectadas por los altos precios en artículos básicos, con lo que la caricatura constituye una forma de protesta frente a la situación socioeconómica, una vía de expresión de sensaciones muy probablemente tan extendidas que eran posibles de caricaturizar y con la que muchos de los lectores del diario *El Tiempo* se sentían identificados.



Figura 4. “Sin comentarios”.
Fuente: Chapete, 29 de diciembre de 1968.

3. Temas y personajes: lo internacional de 1968 a través de la caricatura

Uno de los temas más comentados en los medios de comunicación desde principios de 1968, y que se había convertido en noticia a nivel mundial, fue el de los trasplantes de corazón, alrededor de los cuales hubo una notable cobertura casi diaria durante los primeros meses del año, en la que los medios exponían con detalle no sólo lo relacionado con el nuevo procedimiento, explicado, lógicamente, en palabras sencillas orientadas hacia un público amplio, sino también las etapas siguientes de recuperación o dificultades que

debían atravesar los pacientes que habían sido sometidos a la intervención quirúrgica.

El carácter trascendental que adquirió el tema del avance médico de manipular un órgano vital como el corazón y que esto significara una posibilidad de vida para un paciente necesitado, hizo que llegara a ser convertido en insumo para el trabajo del caricaturista Aldor, quien conectó dicha temática con la realidad política internacional, resultado de lo cual apareció una caricatura en las páginas del tiempo el día 4 de enero:

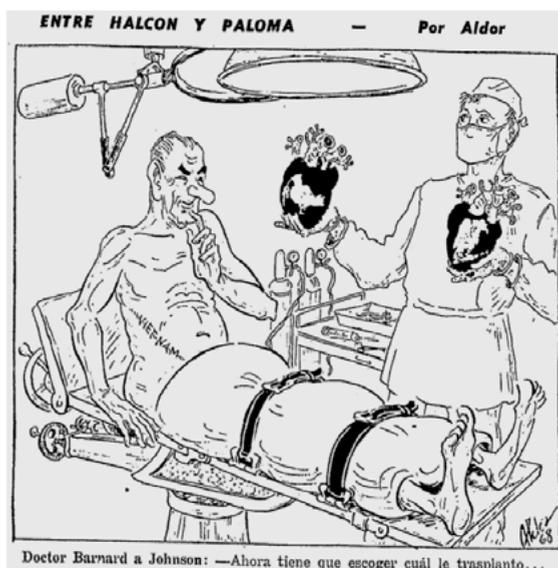


Figura 5. "Entre Halcón y Paloma".

Fuente: Aldor, 4 de enero de 1968.

La caricatura de Aldor muestra al presidente de los Estados Unidos, Lindon Johnson, en plena sala de operaciones, siendo interrogado por el médico que le atiende, Barnard, el gran protagonista de los trasplantes, sobre el tipo de corazón que desea recibir. Uno de los corazones, el de la mano derecha, presenta la silueta blanca sobre un fondo negro de una paloma con una rama de olivo en el pico, en tanto que el corazón que aparece en la mano izquierda del médico tiene una silueta de un halcón, siendo estos animales símbolos de la paz y la guerra respectivamente. Una cicatriz en el costado derecho de Johnson aparece como una referencia al mal que padece el presidente, el problema no resuelto de la intervención norteamericana en Vietnam, cuyos resultados parciales, en apariencia favorables a las tropas norteamericanas, distaban de ser positivos en materia de opinión pública para el gobernante de Estados Unidos, sobre todo

por los múltiples cuestionamientos acerca de los costos materiales y en vidas humanas que para la potencia de Norteamérica estaba representando dicha intervención.

La caricatura de Aldor representaba entonces la disyuntiva que se presentaba para Johnson, quien debía decidir entre adoptar una política orientada a la búsqueda de la paz en Vietnam a través de la negociación, o mantener el esfuerzo bélico en espera de alcanzar el objetivo político-militar de derrotar a las guerrillas comunistas y a las fuerzas de Vietnam del Norte.

Merino, el otro caricaturista prolijo previamente mencionado, del diario *El Tiempo*, quien orientaba más sus trabajos a temáticas de ámbito nacional, también se pronunció el 5 de enero sobre ese gran tema “de moda” en esos primeros momentos del año, el trasplante de corazón, a través de una caricatura en la que hacía referencia y, en cierta medida, criticaba la “fiebre” de estos procedimientos específicos que empezaron a desarrollarse en varios lugares del mundo y sobre los cuales recaía la cobertura mediática, convirtiéndolos en el objetivo de, por lo menos, una buena parte de la opinión pública:



Figura 6. “Trasplante”.
Fuente: Merino, 5 de enero de 1968.

Ahora bien, como se vio para el caso de la caricatura que relacionaba el trasplante de corazón con la política del presidente norteamericano Johnson con respecto a Vietnam, la dinámica del conflicto en Asia era uno de los ejes en torno a los cuales giraban los debates en el ámbito de la política internacional, y lógicamente era una fuente de inspiración para los

caricaturistas que sabían relacionar esta temática con otras más que emergían del panorama internacional. En el primer semestre de 1968 las fábricas de aviones asombraban al mundo con la producción de un avión de grandes dimensiones, el Lockheed C54, con una capacidad de carga muy superior al de otras aeronaves de la época, apropiado para el apoyo a operaciones militares norteamericanas, y que era presentado ante los medios como un importante avance de la ingeniería aeronáutica del momento (VanDeMark, 1995).

La perspectiva aguda del caricaturista Aldor, con una evidente posición crítica en lo que respecta a la campaña norteamericana en Vietnam, captó en esencia lo que representaba una mejor dotación de la flota del ejército norteamericano.

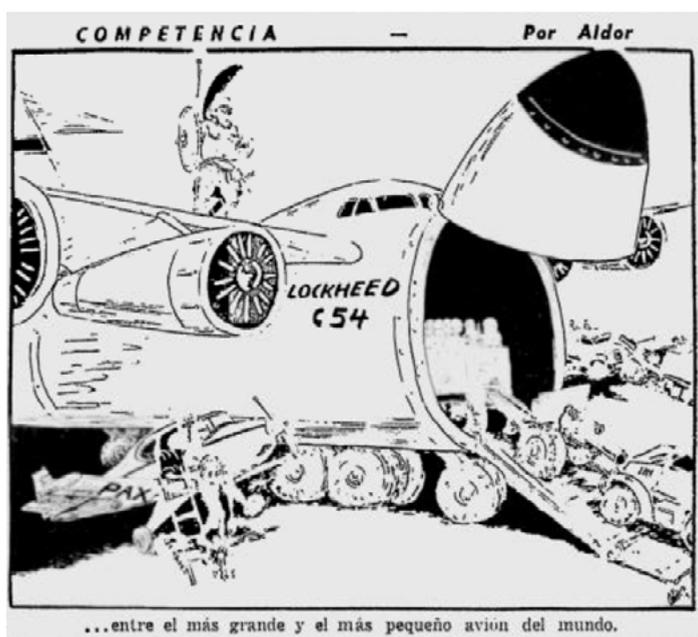


Figura 7. "Competencia".
Fuente: Aldor, 10 de marzo de 1968.

La caricatura, publicada el 12 de marzo de 1968, muestra como el componente central de la imagen al modelo Lockheed C 54, del cual descenden, entre otros elementos de uso militar, un cañón y un vehículo, dejando ver que al interior de la aeronave permanecen otros objetos en espera de ser descargados, todo lo cual resalta las grandes dimensiones y su capacidad para movilizar un tipo de carga especial para Estados Unidos como lo era el equipo de campaña para la guerra en Vietnam. Reforzando el carácter militar del uso que se le estaba dando a la nueva aeronave aparece sobre una de sus

alas la figura de un soldado romano, claro símbolo de la guerra, que observa las labores de descargue.

Como complemento a la idea de la importancia del nuevo avión para las operaciones militares aparece justo a su lado una avioneta, pequeño aparato en comparación con el Lockheed, que tiene en una de sus alas la palabra “Pax”. Salta a la vista que el pequeño avión representa el esfuerzo por alcanzar la paz, en tanto que la gran aeronave de la derecha es la materialización del esfuerzo por continuar las operaciones militares y buscar una solución a través de la vía armada al problema de Vietnam.

A pesar de que los bandos en contienda en esta guerra hacían poco por reducir la intensidad de los combates, eventualmente surgían algunas voces que daban pie para que emergiera la ilusión de que la paz podía llegar a la península coreana a través del diálogo.

Una de esas voces fue la del Papa Paulo VI, quien desde los primeros días del año hizo un llamado a las partes a negociar (“Negociar la paz”, 1968), y en el mismo mes de enero el gobierno francés mantenía acercamientos con Hanoi, la capital del Vietnam comunista, que al parecer estaba interesada en iniciar negociaciones a cambio de que Estados Unidos cesara los bombardeos, a lo que el Secretario de Estado norteamericano respondió pocos días después que “su país estaba dispuesto a realizar todos los esfuerzos necesarios que conduzcan a una paz definitiva en Vietnam” (“Buscamos la Paz”, 1948, p. 5).

Pero tan sólo un mes después los medios de comunicación de la época daban cuenta de una gran ofensiva por parte del Frente Nacional de Liberación de Vietnam (Vietcong), las guerrillas comunistas, en tanto que también se anunciaba para principios de marzo la llegada de cien mil soldados norteamericanos más para reforzar las operaciones que se estaban llevando a cabo para recuperar algunas de las zonas que había caído en manos comunistas algunas semanas antes. Esta situación, en la que declaraciones de lado y lado por buscar la paz a través de la negociación iban acompañadas de bombardeos y acciones militares a gran escala, se repitió en varias ocasiones, al punto de que perdieron credibilidad en buena parte de la opinión pública mundial que seguía con atención la dinámica de la guerra. De esto daba cuenta Aldor, quien publicaba en agosto de 1968 una caricatura al respecto:



Figura 8. “Los viejos discos”.
Fuente: Aldor, 28 de agosto de 1968.

La imagen muestra a un individuo delgado, cubierto apenas con una prenda que parece más bien el vestigio de sus ropas, ubicado entre dos gramófonos que lo aturden y que simbolizan lo que para ese momento se ha convertido en el ruido constante de las declaraciones de los líderes norteamericano y norvietnamita en torno al tema de la guerra de Vietnam. La imagen tiene un título al pie “Los viejos discos” que hace clara referencia a las constantes y altisonantes expresiones no concretadas a través de acciones sobre los supuestos deseos de alcanzar la paz.

Pero no todo era Vietnam, puesto que, como ya se mencionó, 1968 fue un año de numerosos sucesos de impacto en la opinión pública internacional. Uno de ellos fue el asesinato, el 4 de abril, de Martin Luther King, destacado activista y defensor de la lucha por el reconocimiento y el respeto de los Derechos Civiles, sobre todo en las situaciones de permanente vulneración de estos que afectaban, entre otros, a ciudadanos negros en Norteamérica. La noticia circuló rápidamente en los diferentes medios de comunicación, como también lo hicieron los reportes acerca de las protestas y desordenes que se desataron en buena parte del territorio estadounidense como reacción a uno de los crímenes más representativos de los años sesenta (Dyson, 2000). La prensa colombiana no quedó al margen de la cobertura de dichos sucesos, y nuevamente los caricaturistas encontraron una fuente de inspira-

ción para sus trabajos, expresando a su manera la inconformidad por la situación. Nuevamente aparece Aldor en las páginas de *El Tiempo*, con su acostumbrada visión crítica de la realidad plasmada en la caricatura:



Figura 9. "La libertad otra vez herida".
Fuente: Aldor, 22 de abril de 1968.

La imagen presenta un ataúd que contiene el cadáver de Luther King, frente al cual aparece la figura de la Estatua de la Libertad, humanizada, que, con su mano izquierda en el rostro a manera de lamento, y la derecha sosteniendo la característica antorcha, pero esta vez no en lo alto sino descolgada y desprovista de su sentido original de luz que ilumina al mundo, acompaña el féretro. La escena es observada por los espectros de Abraham Lincoln y John F. Kennedy, presentados como defensores de la libertad y los derechos humanos asesinados precisamente por impulsar el reconocimiento y respeto de los mismos, en circunstancias parecidas a las que rodearon el asesinato de Martin Luther King. La imagen cierra con un interrogante acerca del trágico final que se presenta para aquellos que optan por la defensa de determinadas causas asociadas con la igualdad entre los seres humanos.

Merino, que generalmente trabajaba temas nacionales, se pronunció también sobre este asesinato a través de su arte, lo que permite apreciar a las claras la trascendencia del acontecimiento:



Figura 10. “La muerte de Martin Luther King”.

Fuente: Merino, 7 de abril de 1968.

El trabajo de Merino, publicado el 7 de abril de 1968, presenta explícitas referencias a uno de los grupos con mayor notoriedad en lo concerniente a actividades racistas y expresiones de violencia orientadas hacia un sector de la población, el Ku Klux Klan. El título es una clara alusión a uno de los acontecimientos que más impacto generó en la opinión pública de ese año. En la imagen se aprecian dos personas vestidas de la forma característica de los integrantes de este grupo, aunque vale la pena aclarar que las tres “K” en la parte frontal de sus trajes corresponde realmente a una referencia insertada por el autor con la finalidad de que el observador de la caricatura identifique sin lugar a dudas al grupo racista en mención. Al fondo aparece la cruz en llamas, también elemento característico de la puesta en escena de terror utilizada por el Ku Klux Klan, que por una parte ayuda, como las tres “K”, a establecer la identidad del grupo de personas que aparecen en la imagen, y por otra, puede ser tomada como una referencia al crimen de Luther King, quien, como se recordará, era un pastor bautista (Gerstenfeld, Grant, & Chiang, 2003).

La caricatura cierra con una línea de diálogo entre las dos figuras del KKK que destacan en la imagen, una de ellas comentando sobre la posible causa de una muerte o de una fuerte enfermedad, pero que en el contexto del asesinato de Luther King se lee como una expresa mención de las circunstancias de la muerte del dirigente, quien fue herido de bala en la garganta. Comentario e imagen son

una clara referencia a las versiones que circularon al momento del asesinato de Luther King acerca de la participación del Ku Klux Klan en la acción.

Otros de los temas representativos de 1968 y que con el paso de los años terminó por convertirse en un símbolo de la época fue el de las protestas estudiantiles de mayo llevadas a cabo por los estudiantes franceses y que muy pronto se extendieron a otras ciudades del mundo. Nuevamente Aldor, el más destacado de los caricaturistas construye su obra titulada “Nueva Doctrina” inspirada en este acontecimiento:



Figura 11. “Nueva doctrina”.
Fuente_ Aldor, 19 de mayo de 1968.

La imagen presenta a un estudiante de la Facultad de Filosofía de la Sorbona (*Université de Paris*), quien pasa por el frente de los bustos de figuras representativas como Voltaire, Pascal y Bergson, entre otros, concentrado en la lectura de un libro que, según se indica en su portada, se ocupa del pensamiento de Mao Tse Tung. Esta imagen corresponde a una clara referencia a lo que era, según Aldor, el comportamiento y las inclinaciones intelectuales de los estudiantes en pie de lucha en aquellos momentos, interesados más en lecturas que se asociaban con el contexto político de la época y que podían ser el complemento teórico de las acciones de protesta contra el orden establecido. También podría hacer referencia a la perspectiva pacifista de los autores cuyos bustos están expuestos, reemplazada por una de análisis de la guerra de Mao, en medio de grandes polémicas en el mundo entre la paz y la guerra.

Otro acontecimiento que despertó el interés de buena parte de la opinión pública en el año de 1968 y que recibió el tratamiento de la prensa fue el de la invasión de Checoslovaquia por parte de unidades militares soviéticas, cuando el gobierno checo de Dubcek se mostró lo suficientemente autónomo en la adopción de medidas políticas y económicas internas como para incomodar a Moscú, que reaccionó enviando tropas del Pacto de Varsovia, en el mes de agosto de 1968, para retomar el control que había venido ejerciendo sobre el partido comunista del país centro europeo (Service, 2016, p. 361). La situación, conocida como la “Primavera de Praga”, fue vista en Occidente como un intento de los checos por escapar al dominio absoluto que ejercía el gobierno soviético sobre los países de su zona de influencia, y la siguiente reacción de este último se percibió como una forma de anulación de la libertad que fue condenada desde los medios de comunicación. Aldor, tan enterado de la política europea, no dejó de expresarse a través de su arte:



Figura 12. “Recuerdos trágicos”.
Fuente: Aldor, 18 de julio de 1968.

La caricatura del mencionado artista muestra un león, símbolo de Checoslovaquia, en una posición que podría interpretarse como defensiva, protegiendo un escudo de armas que presenta a su vez al león de plata, simbolizando a Bohemia, y la cruz doble, que representa a Eslovaquia, frente a una amenaza que se percibe a través del símbolo de la hoz y el martillo. La nota a pie de imagen y el fondo de la caricatura, en la que aparecen las figuras de Hitler, Mussolini, Chamberlain y otra que no se aprecia con claridad, se relacionan en el sentido de que de forma conjunta

dan cuenta de un episodio vivido en el año de 1938, cuando ocurrió el desmembramiento de Checoslovaquia, principalmente gracias a la iniciativa de la Alemania nazi de tomar parte del territorio checoslovaco habitado por alemanes, complementada con la inacción de Francia e Inglaterra, que en ese momento se dieron por satisfechas con la promesa de Hitler de no invadir más territorios, lo que fue tomado por los checos como una traición de parte de las potencias occidentales. Apelando a esta referencia de la historia inmediata de Europa, a través de la caricatura se configura un supuesto cuestionamiento no ya a Occidente en procura de un pronunciamiento, sino más bien a la actitud de los aliados comunistas de Checoslovaquia en Europa del Este, es decir, a las llamadas “democracias populares”, sobre si adoptarían frente a la amenaza de Moscú una actitud similar a la de franceses e ingleses treinta años antes.

4. La situación nacional a través de los dibujos de chapete y de merino

Las elecciones constituyen uno de los momentos más dinámicos de la vida política de las sociedades, no sólo por el hecho de que a través de ellas se define quienes serán los encargados de la toma de importantes decisiones que beneficien o perjudiquen a la población en general, sino también por el hecho de que generan un ambiente de tensiones y particular actividad proselitista y de opinión en torno a las campañas políticas, alterando la cotidianidad de una buena parte de los espacios públicos en los cuales se desarrollan. El año de 1968 fue un momento de elecciones, de manera específica para decidir acerca de quiénes debían ocupar el Senado y la Cámara de Representantes, con lo que desde comienzos de ese año los diarios empezaron a poner en circulación las noticias referentes a las discusiones que se daban, por ejemplo, al interior de cada colectividad para llegar a de la mejor manera a la contienda electoral. Fue así como sucedió, por mencionar un caso, en el Partido Liberal, donde gran parte de las tensiones giraron en torno a la posición adoptada por una facción de este que optaba por distanciarse del resto del colectivo por estar en desacuerdo con las directivas.

Los principales caricaturistas no permanecieron al margen de las tensiones propias del ambiente político de aquel 1968, pero no se aprecia una toma de posición evidente por un candidato en particular, sino que sus creaciones giraban en no pocas ocasiones en un llamado a cumplir con un deber ciudadano, el de sufragar. Merino se pronuncia al respecto en una de sus caricaturas el día 17 de marzo, fecha de la jornada electoral:



Figura 13. “Que sea un buen índice”.
Fuente: Merino, 17 de marzo de 1968.

La imagen, vista hoy, recuerda (y para algunos, los más jóvenes, informa) la manera como se ejercía el derecho al voto en el antiguo sistema, es decir, el ciudadano llegando hasta el lugar de votación donde recibía un tarjetón en el que marcaba el nombre del candidato de su elección con un dedo impregnado de tinta (El Voto: de la tinta al tarjetón, 1994). El caricaturista Merino hace referencia explícita a que es precisamente con ese dedo índice, del cual gotea la tinta, con el que el ciudadano común y corriente puede conducir, o más bien desterrar, con rumbo “al diablo”, a los políticos cargados de vicios asociados a las malas prácticas políticas, a los que se caracteriza a través de la figura de un hombre viejo, muy probablemente como una forma de referencia a la necesidad de nuevos y jóvenes candidatos, que marcha impulsado por el dedo que elige, cargando solamente un pequeño paquete y que camina cabizbajo como resultado de su derrota. El destino del hombre queda remarcado en el letrero que aparece a la izquierda y que representa una forma de renuncia y de ruptura con las prácticas tradicionales de las políticas a la que, según el mensaje del autor, es preciso enviar lo más lejos posible y sin posibilidad de retorno.

La situación de orden público e inseguridad también era un tema recurrente en los medios informativos y que lógicamente despertaba el interés de caricaturistas cuando algo extraordinario en ese ámbito ocurría. Para finales de los sesenta, con unas guerrillas ya constituidas, como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), y

con las actividades clandestinas y en ocasiones abiertas tanto de los insurgentes como de otros colectivos ideológicamente orientados hacia la extrema izquierda, se presentaba ya un flujo de noticias en estos temas que, si bien no era constante, sí daba a entender que el país estaba experimentando en alguna medida los efectos de la dinámica política internacional con su característica polarización en torno a dos opuestos ideológicos que se disputaban diferentes escenarios a escala global.

Sucesos similares a los protagonizados por insurgentes o grupos terroristas en la escena internacional, principalmente de Oriente, que bien pueden enmarcarse en la lógica global de lucha con un matiz político, se dieron también en Colombia en ese año de 1968. El seis de marzo un avión de la compañía comercial Avianca fue secuestrado mientras viajaba entre Santa Marta y Riohacha por tres individuos que obligaron a los pilotos de la aeronave a cambiar su rumbo hacia La Habana, en Cuba. En total, sumados tripulación y pasajeros fueron secuestrados 32 personas, todos los cuales fueron liberados una vez el avión llegó a Cuba, retornando al día siguiente a Colombia (“Secuestrado otro avión”, 1968). Las autoridades señalaron que dos de los secuestradores se encontraban relacionados con grupos de extrema izquierda, en tanto que el tercero recibió acusaciones de ser traficante de armas. Destacan entre la lista de las víctimas del hecho dos parlamentarios colombianos y un consejero presidencial, Emilio Urrea, quien es dibujado por Chapete, otro de los caricaturistas de *El Tiempo*.



Figura 14. “Secuestro y rescate”.
Fuente: Chapete, 10 de marzo de 1968.

La caricatura hace referencia a la llegada de Emilio Urrea a Barranquilla en el avión secuestrado, luego de que la aeronave quedara en libertad para retornar a Colombia después de haber llevado a los captores de esta a Cuba. La imagen recoge también el detalle de la llegada de numerosos periodistas en espera de las declaraciones de los liberados, y plantea un breve diálogo entre uno de los comunicadores y el consejero presidencial, siendo este último interrogado acerca de una acción caracterizada como propia de los recursos utilizados por los integrantes de los grupos de extrema izquierda de la que pudo haber sido víctima el funcionario, el transbordo ideológico, ampliamente conocido como “lavado de cerebro”. La pregunta recoge una idea común acerca del riesgo en que podían encontrarse aquellas personas que entraran en alguna forma de contacto con insurgentes, quienes apelaban al recurso de “lavar el cerebro” de sus interlocutores con el fin de ganarlos para su causa. La respuesta de Urrea es tranquilizadora para el angustiado periodista, en el sentido de que hace referencia a un trato por parte de los secuestradores que poco o nada tiene que ver con discusiones políticas o intentos de captación, y sí con el simple hecho de pasar algunas horas en La Habana acompañado de algunos tragos y otras formas de atención, lo que corresponde a la versión difundida en los medios de lo que fue la breve estadía en La Habana de las víctimas del secuestro (Secuestrado otro avión, 1968).

5. Posición política del diario

Los medios impresos, entre ellos los diarios, constituyen canales de expresión de los grupos de poder a los que pertenecen, y terminan siendo muchas veces simples cajas de resonancia que reproducen mensajes y generan imaginarios que favorecen a determinados intereses. Incluso aquellos diarios que se autoproclaman o que son considerados objetivos, no permanecen al margen de los intereses de sus propietarios o financiadores, por lo que es apenas normal que su línea editorial muestre cierta inclinación hacia ciertas tendencias ideológicas o que exprese abiertamente la defensa de ciertos valores o sistemas de creencias.

El caso del diario *El Tiempo* expone claramente esa situación de toma posición y defensa de determinadas orientaciones políticas, y el contexto de la época estudiada, finales de los años sesenta, generaba importantes insumos para que los caricaturistas, así como otros generadores de

contenidos, expresaran abiertamente su posición, que era en buena medida la del diario, esto es, la creencia, por lo menos en el discurso, en un sistema de valores democrático, y una defensa de las ideas y prácticas del Partido Liberal, con el que tradicionalmente había estado asociado, sobre todo porque su propietario, el político y expresidente Eduardo Santos, era una de las figuras más representativas de esa colectividad política (Tirado, 2014).

Los regímenes comunistas y sus acciones constituían uno de los objetivos de los caricaturistas de *El Tiempo*, y más específicamente de quienes se ocupaban de analizar y transmitir su mensaje en clave de asuntos internacionales, entre ellos el ya mencionado Aldor:



Figura 15. "Los tres reyes marxistas".

Fuente: Aldor, 6 de enero de 1968.

En la imagen que aparece sobre estas líneas, publicada el 6 de enero de 1968, se conecta la tradicional celebración de la fiesta de la visita de los Reyes Magos a Jesús (que suele festejarse en Colombia el 6 de enero), con la política internacional, específicamente con las posiciones adoptadas por los regímenes comunistas más representativos como lo eran China, Unión Soviética y Cuba. Aparecen entonces, de izquierda a derecha, figuras que personifican a Mao, Nikita Jrushchov y Fidel Castro, ataviados con prendas asociadas típicamente a los Reyes Magos, esto es, coronas, capas y lo que parecen ser presentes que portan en sus manos Mao y Fidel. La relación que el caricaturista establece con la figura de los Reyes Magos no

es gratuita ni ingenua, puesto que se puede interpretar como una manera de señalar el tipo de régimen que los tres presidían, vistos como unas monarquías en las que los líderes ejercían como verdaderos soberanos con absoluta capacidad de maniobra sobre sus gobernados.

Otra referencia importante que se aprecia en la caricatura es el hecho de que los tres gobernantes aparecen disputándose a los empujones quien de ellos es el que sigue a la estrella que los orienta en su marcha ideológica, siendo dicha estrella la figura de Marx. El comentario al pie de la imagen complementa esta representación crítica al hacer referencia a la posición asumida por los mandatarios al considerarse cada uno como el depositario de la verdad ideológica marxista.

Otro episodio de 1968 que generó polémica y que tuvo como protagonistas a los países comunistas fue la ya mencionada “Primavera de Praga”, que Aldor también representó a su manera, dibujando un tanque y un soldado soviético en el cielo de la capital checa, amenazantes sobre una estatua del patrono de la ciudad y edificios representativos de la misma:



Figura 16. “Nubes sobre Praga”.
Fuente: Aldor, 14 de mayo de 1968.

Las presiones y abusos a que se vio sometida Checoslovaquia por parte de la Unión Soviética son representadas por Aldor en otro de sus trabajos:



Figura 17. “El caso de Checoslovaquia ante la ONU”.
Fuente: Aldor, 25 de agosto de 1968.

El simio de la imagen representa a los militares soviéticos, y lleva en su mano derecha, arrastrada, a una figura femenina que hace las veces de Checoslovaquia, mientras en la mano izquierda esgrime lo que puede verse como un misil, escena toda que se desarrolla ante una figura pequeña y delgada, de apariencia frágil e incapaz, que es la ONU, y que mira aterrada lo que está sucediendo. La caricatura se complementa con un comentario que hace referencia a un supuesto argumento de la URSS ante la posibilidad de que las Naciones Unidas, a través de su Consejo de Seguridad, tomen parte en lo sucesos que se estaban desarrollando. Según Aldor, los soviéticos consideraban que la cuestión de la “Primavera de Praga” debía resolverse sin la intromisión de la ONU, era un asunto interno de Praga, aunque daban por sentado que su propia injerencia no constituía un caso de intervencionismo por el hecho de ser Checoslovaquia un país en su zona de influencia.

En ese marco de polarización mundial, América Latina se erigió como un escenario de particular dinamismo, siendo uno de los rasgos más característicos en los años sesenta y décadas posteriores a la llegada al poder de regímenes golpistas, que en presunta defensa de la institucionalidad frente a la amenaza del comunismo (en algunos casos real, en otros ficticio), terminaron constituyendo gobiernos abiertamente antidemocráticos. La entronización de algunos de esos regímenes y sus actividades en contra de la libertad fue motivo de preocupación para los caricaturistas, quienes en

su estilo reaccionaron frente a lo que se planteaba como una avanzada de la estrategia de anulación de la libertad enmarcada en la lucha contra los radicalismos de la izquierda mundial. El golpe de Estado dado por militares peruanos a principios de octubre de 1968 (“Golpe Militar”, 1968) fue una de esas acciones que generó preocupación en los gobiernos democráticos del continente americano, sobre todo porque se temían réplicas del mismo acto amparadas en los discursos sobre la acechante amenaza comunista, en buena medida inspirados desde Estados Unidos. Para el caso del diario *El Tiempo*, el caricaturista Aldor captó y expresó a mediados de octubre el sentir de muchos en una serie de caricaturas que daba cuenta de la manera cómo se percibía el golpe de Lima:



Figura 18. “Una tarea urgente”.
Fuente: Aldor, 13 de octubre de 1968.

La imagen muestra a un tanque de guerra, símbolo de las acciones militares, humanizado y tocado con un kepis, que hace referencia explícita a lo que representa, la dictadura, que avanza sobre un documento, la Carta de la Organización de Estados Americanos. Esta última aparece, con respecto al tanque, débilmente dispuesta a manera de obstáculo, en un camino, sin ninguna posibilidad de oponer resistencia al avance de la maquinaria, todo lo cual representa la fragilidad de las instituciones, aun las internacionales, para frenar el avance de los radicalismos de derecha, frente a los cuales, según se afirma en el título del arte, queda la “tarea urgente” de construir recursos defensivos.

Mucho más relacionado con la naturaleza del periódico, *El Tiempo* publicaba unas semanas más tarde otra caricatura que, además de representar la situación en el Perú, donde Juan Velasco dirigió un golpe de Estado militar en octubre del 68, constituía a la vez un llamado de atención acerca del peligro de las dictaduras:



Figura 19. “Libertad de prensa en el Perú”.
Fuente: Aldor, 3 de noviembre de 1968.

Aparece entonces un hombre, específicamente un periodista, atrapado en un cepo, tratando de escribir lo que su condición de cautivo le permite. El cepo representa el recurso de la represión a que apela el régimen golpista, simbolizado por el candado que asegura el mecanismo y que tiene la forma del rostro de un militar (reamente es una caricatura de Juan Velasco, líder del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada que se había tomado el poder en Perú en ese año).

A nivel de política interna, como ya se mencionó, *El Tiempo*, solía asumir una posición de defensa de los gobiernos liberales, aunque no siempre era así (Vanegas, 2017). Por ejemplo, en los años treinta, durante el gobierno del liberal Alfonso López (1934-1938), el diario no adoptó una postura en favor del presidente en buena medida por el hecho de que al interior del mismo liberalismo existían divisiones, y los propietarios de *El Tiempo* se encontraban liderando la facción contraria a López. Sin embargo, en

1968 la situación era diferente, y la línea editorial del periódico se situaba abiertamente del lado del presidente Carlos Lleras Restrepo, llegando a ser inclusive un órgano de propaganda del gobernante, que gozaba de una imagen bastante positiva en amplios sectores de la opinión pública.

Uno de los rasgos más característicos de la figura de Lleras fue desde el comienzo su actividad, su intención de aparecer como un mandatario dinámico que podía estar al tanto de muchos de los aspectos que se encontrara desarrollando su administración. Sobre esta característica llamaba la atención el columnista Chapete, en mayo de 1968:



Figura 20. “Campaña masiva”.
Fuente: Chapete, 23 de mayo de 1968.

En la imagen aparece el presidente luego de haber recibido una vacuna contra la parálisis, en clara referencia a la particular disposición de mantenerse dinámico en su cargo. Detrás de él una fila de personas esperan para recibir la misma vacuna, en lo que constituye una campaña masiva para impulsar los proyectos que la administración Lleras venía desarrollando. La caricatura cierra con una frase que se atribuye al presidente y que da cuenta del propósito de este de integrar a la sociedad colombiana en su totalidad en las iniciativas que se había propuesto llevar a cabo.

Conectado con lo último que se mencionó también surge otra caricatura, del mismo artista que la anterior, publicada pocas semanas después, en la que el presidente aparece invitando a la mesa, en el Día del Campesino, a

un par de habitantes de zonas rurales quienes observan la actitud amable de Lleras. Un fragmento de la frase de pie de imagen es bastante dicente, “que la transformación también es para los de ruana”, reafirmando la imagen sobre el propósito integrador del proyecto político de Lleras, con aspiración de llegar también a “los de ruana”, esto es, a los sectores socioeconómicos más bajos en Colombia.



Figura 21. “El día del campesino”.
Fuente: Chapete, 2 de junio de 1968.

En correspondencia con todo lo expuesto, una tercera caricatura, también de Chapete y aparecida una semana después de la anterior, muestra al mandatario colombiano seguido de una multitud que porta múltiples pancartas en las que se proclama de manera abierta su apoyo al presidente. Una pregunta a pie de imagen, atribuida al pueblo, invita a quedarse en el gobierno a Lleras y le interroga sobre quiénes son los que no le permiten trabajar, con lo que la caricatura pretende mostrar un presunto gran apoyo popular de que gozaba el mandatario, así como la situación particular de aquel año de 1968 en la que se especulaba que muchas de las disposiciones de éste eran torpedeadas por sectores políticos opositores o que optaban por resistirse a los cambios.



Figura 22. “Respaldo ante la crisis”.

Fuente: Chapete, 9 de junio de 1968.

Conclusión

1968 es uno de los años más emblemáticos del siglo XX. Para muchos constituye el momento de ruptura con un orden, con un estado de cosas surgido en buena medida de la segunda guerra mundial, y por ello es considerado como el inicio de una nueva etapa en la historia del mundo. Sin embargo, en la historia los cambios no se dan de manera tajante, y los rasgos que caracterizan a un momento específico son ya perceptibles en el periodo previo; y de la misma manera, en una época nueva de la historia son fácilmente identificables elementos característicos del tiempo precedente.

En este orden de ideas, no se puede negar que 1968 fue un año destacado de la década y del siglo, pero también es preciso señalar que tal condición se da como consecuencia de que en ese momento se producen eventos que se habían incubado en procesos de mediana duración y que alcanzan su momento crítico justo en ese año, para dar lugar a nuevas condiciones que configuran importantes cambios a escala mundial, pero que además trazan líneas de prolongación de características que se resisten a desaparecer. De esta manera se puede afirmar que 1968 fue un año de cierre de ciclos, pero también de surgimientos y de continuidades.

Todos esos acontecimientos de 1968 constituyeron un importante insumo para los medios de comunicación, que los registraban, difundían y utilizaban para crear opinión pública en función de sus intereses específicos. Para el caso de Colombia, los diarios mantenían en esos momentos de finales de la década del sesenta una posición destacada en lo que respecta a la construcción de una representación de la realidad, tanto nacional como internacional, probablemente sólo superada por la radio y su capacidad de llegar a muchos lugares y personas.

El diario *El Tiempo* era para 1968 uno de los medios de mayor circulación a nivel nacional, y también uno de los de más fuerte influencia. Sus contenidos, en los diferentes tipos, daban forma a una buena parte de la opinión pública, y en la generación de estos concurrían una serie de profesionales cuyo trabajo era determinante en la manera en que se presentaban los hechos noticiosos. Llama la atención de entre todos esos agentes generadores de contenido los caricaturistas, quienes con un estilo que combinaba el agudo análisis, la crítica social, el humor y el arte, lograban crear y poner en circulación cuadros que representaban con detalle aspectos y hechos de la actualidad, tanto nacional como internacional.

El Tiempo reunía en sus páginas la obra de varios de los más destacados caricaturistas nacionales, e incluso contaba con aportes de algunos internacionales. Algunos de ellos se enfocaban básicamente en el ámbito nacional, aunque eventualmente orientaban su atención a eventos mundiales cuya trascendencia era tal que podían hacer eco en la cotidianidad del colombiano común. Otros caricaturistas se habían especializado en temas internacionales, y sus trazos configuraban verdaderas formas de interpretación de la situación mundial. Así, tenemos en Aldor al más destacado de los caricaturistas de un enfoque internacional. Sus dibujos constituían una forma de acercamiento a hechos ampliamente cubiertos por los medios de la época, como los avances médicos, la guerra de Vietnam, las protestas estudiantiles en diferentes lugares del mundo, los procesos políticos en América Latina y el asesinato de Martin Luther King.

Por otro lado, encontramos la obra de artistas como Chapete o Merino, quienes se interesaban de manera específica por los sucesos a escala nacional, resultado de lo cual encontramos caricaturas que abordaban temas como la situación económica, los eventos políticos nacionales o situaciones de la vida cotidiana en Colombia. De esta manera los lectores de *El Tiempo* encontraban la actualidad, tanto nacional como internacional, reflejada en el arte de estos generadores de contenidos que eran los caricaturistas, y construían sus representaciones de la sociedad y del mundo a partir de caricaturas que, si bien apuntaban a divertir con su sentido irónico y burlón, también eran construcciones que en muchos casos constituían profundas críticas.

Pero las críticas mencionadas y el sentido que adquirían las caricaturas tenían un origen que iba más allá de las posturas u orientaciones políticas de los caricaturistas, puesto que muchas veces se encontraban asociadas también a la posición ideológica del diario, que en últimas venía dada por la de sus propietarios. En el caso específico del diario *El Tiempo*, los contenidos expuestos a través de las caricaturas evidencian claramente una tendencia hacia posiciones liberales, con abierta defensa (por lo menos en el discurso) de valores democráticos, lo que se hace especialmente perceptible en la manera como a través de los dibujos se denunciaban hechos como el asesinato de Luther King o las incursiones norteamericanas en Vietnam. Esto último llama la atención, pues Colombia ha sido un país seguidor de la estela norteamericana en materia de política exterior, y las críticas desde un diario cercano al gobierno, y más especialmente en tiempos de alta polarización ideológica mundial, podían llegar a ser generadoras de

incomodidad no sólo para el mismo medio impreso, sino también para las autoridades colombianas.

Pero estas autoridades, principalmente el presidente Lleras Restrepo, recibían un importante respaldo de parte del diario *El Tiempo*, tradicionalmente ligado al Partido Liberal, que era la colectividad del mandatario. Los caricaturistas se mostraban particularmente optimistas sobre la gestión de Lleras, y hacían permanente referencias a las políticas de integración que éste último buscaba implementar, con el fin de llevar beneficios a sectores sociales desfavorecidos.

Es preciso hacer algunas consideraciones finales acerca de la caricatura y su relación con el contexto estudiado, esto es, en el año de 1968, y que bien pueden hacerse extensivas a muchos otros momentos de la historia posteriores a la implementación de la caricatura como recurso comunicativo.

En primer lugar, hay que destacar la figuración que tuvo el mencionado arte en la construcción de unas representaciones y en la configuración de unos imaginarios de la opinión pública. A falta de datos que permitan derivar conclusiones acerca del impacto de la caricatura en dichos imaginarios, bien se puede avanzar la idea de que los lectores de *El Tiempo* constrúan una imagen del país y de los sucesos internacionales orientados por los contenidos publicados en el diario, entre los cuales estaban las caricaturas, que terminaban siendo parte de una red de significados sobre las que se construían unos sentidos de la realidad. Es muy probable que el sentido humorístico, burlón en no pocas ocasiones, y al mismo tiempo crítico, tan característicos de la caricatura, tuviera particular acogida en un momento de la historia en el que lo contestatario, lo irreverente y lo que lanzara fuertes cuestionamientos el sistema podía llegar a ser bien visto, por lo menos, por un sector de la sociedad declarado en manifiesto estado de inconformidad.

Lo anterior lleva a otro punto, que tiene que ver con el uso de la caricatura como fuente para conocer la historia de finales de la década del sesenta, para reflexionar históricamente sobre 1968. Efectivamente, la caricatura de *El Tiempo*, vista de manera rápida en algunas de sus expresiones artísticas, informa de los principales sucesos del año 1968, que como ya se mencionó eran el resultado de procesos mucho más extensos y que se originaban a lo largo de la década, e incluso antes, para prolongarse en años posteriores. Pero las caricaturas expuestas constituyen sólo una ventana parcialmente abierta hacia el año 1968, que se puede utilizar únicamente hasta cierta

medida para acercarse a los sucesos y procesos de ese año. Y es parcialmente abierta y de uso limitado en este último sentido por el hecho de que tiene un filtro constituido por las percepciones y orientaciones de los generadores de contenido, lo que de todas maneras no significa que no aporte más información, puesto que vista de manera más crítica y atendiendo a la característica de la caricatura como un productos de la actividad humana, hecha bajo cierta intencionalidad, su análisis representa una forma de acercamiento hacia algo que ya ha quedado expuesto en buena parte de este trabajo: las representaciones que se construían sobre la realidad social en aquel año de 1968, y los recursos de que se hacía uso para construir o dar forma a la opinión pública.

Referencias Bibliográficas

- Acevedo, D. (2004). *Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial (1920-1950)* (Tesis Doctoral). Huelva: Universidad de Huelva.
- Aldor, P. (4 de enero de 1968). Entre Halcón y Paloma. *El Tiempo*, p. 5
- Aldor, P. (6 de enero de 1968). Los tres reyes marxistas. *El Tiempo*, p. 4
- Aldor, P. (12 de marzo de 1968). Competencia. *El Tiempo*, p. 5.
- Aldor, P. (22 de abril de 1968). La libertad otra vez herida. *El Tiempo*, p. 5.
- Aldor, P. (14 de mayo de 1968). Nubes sobre Praga. *El Tiempo*, p. 5.
- Aldor, P. (19 de mayo de 1968). Nueva doctrina. *El Tiempo*, p. 5.
- Aldor, P. (18 de julio de 1968). Recuerdos trágicos. *El Tiempo*, p. 5.
- Aldor, P. (25 de agosto de 1968). El caso de Checoslovaquia ante la ONU. *El Tiempo*, p. 5.
- Aldor, P. (28 de agosto de 1968). Los viejos discos. *El Tiempo*, p. 5.
- Aldor, P. (13 de octubre de 1968). Una tarea urgente. *El Tiempo*, p. 5.
- Aldor, P. (3 de noviembre de 1968). Libertad de prensa en el Perú. *El Tiempo*, p. 5.
- Arciniegas, Germán. (1975). *El Zancudo*. Bogotá: Editora Arco.
- Buscamos la Paz: E.U. (6 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 5.
- Chapete. (23 de mayo de 1968). Campaña masiva. *El Tiempo*, p. 5.
- Chapete. (2 de junio de 1968). El día del campesino. *El Tiempo*, 22.
- Chapete. (9 de junio de 1968). Respaldo ante la crisis. *El Tiempo*, 10.
- Chapete. (29 de diciembre de 1968). Sin Comentarios. *El Tiempo*, p.12.
- Chapete. (10 de marzo de 1968). Secuestro y rescate. *El Tiempo*, p. 10.

- Dyson, M. E. (2000). *I may not get there with you: The true Martin Luther King, Jr* (Vol. 233). New York: The Free Press.
- El voto: de la tinta al tarjetón. (13 de marzo de 1994). *El Tiempo*, p. 12.
- Gerstenfeld, P. B., Grant, D. R., & Chiang, C. P. (2003). Hate online: A content analysis of extremist Internet sites. *Analyses of social issues and public policy*, 3(1), 29-44.
- Gobierno Militar de Facto en el Perú. (4 de octubre de 1968). *El Tiempo*, p. 1.
- Helguera, L. (1989). Notas sobre un siglo de la caricatura política en Colombia: 1830-1930. *Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (16-17), 115-140.
- Kerr, David. (2000). *Caricature and French political culture 1830-1848. Charles Philipon and the illustrated press*. New York, USA: Oxford University Press.
- León, F. T. (1968). Estadísticas culturales de Colombia: febrero de 1968. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 11(02), 248-256.
- Marín Aranguren, E. M. (2009). OING Y DERECHOS HUMANOS EN COLOMBIA Un golpe ineludible y vigoroso de la sociedad civil. *Colombia Internacional*, (69), 70-85.
- Martínez, A. (2017). Trópico y raza. Miguel Jiménez López y la inmigración japonesa en Colombia, 1920-1929. *Historia y sociedad*, (32), 103-138.
- Merino, H. (5 de enero de 1968). Trasplante. *El Tiempo*, p. 5.
- Merino, H. (14 de enero de 1968). Lista de útiles escolares. *El Tiempo*, p. 5.
- Merino, H. (17 de marzo de 1968). Que sea un buen índice. *El Tiempo*, p. 5.
- Merino, H. (7 de abril de 1968). La muerte de Martin Luther King. *El Tiempo*, p. 5.
- Merino, H. (22 de septiembre de 1968). Moralista. *El Tiempo*, p. 5.
- Mingote, A. (28 de abril de 1968). "El Hincha". *El Tiempo*, p. 5.
- Murcia Neira, Andrés. (2018). Un par de satrapías en el Caribe. Autoritarismo dominico-venezolano en la caricatura política de *El Tiempo*, 1958-1960. *Historia y Espacio*, 14(50), 85-117.

- Murcia Neira, Andrés. (2016). El bombardeo de la plaza de mayo en la caricatura política de «*El Tiempo*»: un estudio de caso desde el análisis multimodal del discurso en los sucesos argentinos de junio de 1955. *Goliardos. Revista estudiantil de Investigaciones Históricas* (20), 36-51.
- Negociar la Paz Pide el Papa. (2 de enero de 1968). *El Tiempo*, p. 6.
- Ortega Ricaurte, C. (1965). *Diccionario de artistas en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Racines, R. J. (2011). El fútbol de El Dorado: “El punto de inflexión que marcó la rápida evolución del ‘amaterismo’ al ‘profesionalismo’”. *Revista da ALESDE, Curitiba*, 1(1), 111-128.
- Sala, G. A. (s.f.). *William Hogarth: Painter, Engraver, and Philosopher*. London: Princeton University, 318.
- Seco, J. & Sánchez, N. (1999). *La caricatura política en la Guerra fría: 1946-1963*. Valencia, España: Mari Montaña.
- Secuestrado otro avión colombiano. (6 de marzo de 1968). *El Tiempo*, p. 2.
- Tato, M. I. (2007). El ejemplo alemán: La prensa nacionalista y el Tercer Reich. *Revista Escuela de Historia*, (6), 34-60.
- Tirado Mejía, Á. (2014). *Los años 60: una revolución en la cultura*. Bogotá: Debate.
- VanDeMark, B. (1995). *Into the quagmire: Lyndon Johnson and the escalation of the Vietnam War*. Oxford, UK: Oxford University Press.
- Vanegas Useche, I. (2017). Eduardo Santos, la escena pública y la «hegemonía» conservadora. *Historia y Memoria*, (14), 251-290.
- Villaveces, Juanita. (2011). *Caricatura económica en Colombia 1880-2008: la economía con algo de humor*. Bogotá: Universidad del Rosario.

MANIFESTACIÓN E INFLUENCIA DE LOS MOVIMIENTOS UNIVERSITARIOS EN LOS DISCURSOS SOCIALES COLECTIVOS DE COLOMBIA, 1968 – 1972

Guissepe D'Amato Castillo*

* Historiador. Magister en Historia de América Latina, por la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla). Doctorando en Historia y Estudios Humanísticos: Europa, América, Arte y Lenguas, Universidad Pablo de Olavide (Sevilla). Especialista en temas de investigación relacionados con migraciones europeas a América en el siglo XIX, economía y política de América Latina y el Caribe colombiano en los siglos XIX y XX. Integrante del Grupo de Investigación Sociedad y Cultura en Entornos Globales, de la Universidad Sergio Arboleda.

Resumen

Este capítulo estudia la participación de los movimientos universitarios en el escenario social de Colombia entre 1968 y 1972 a partir de los discursos globales de esta comunidad por luchar contra un sistema capitalista que abría una notable brecha entre las elites tradicionales y los sectores empobrecidos de todo el mundo, y a un sistema que veía con recelo la llegada de ideas socialistas inspiradas en los cambios que ocurrían en China, Cuba, Europa oriental y en la Unión Soviética. Esta investigación se justifica en la necesidad de entender la participación que las juventudes universitarias de Colombia tuvieron a partir del discurso de coyunturas externas como el Mayo 68 francés, que sirvió de modelo cultural de protestas en contra del neoliberalismo global, pero notablemente en este trabajo, sobre las políticas durante el Frente Nacional. Esta sección tiene entonces como objetivo central indagar el grado de relación entre esos fenómenos globales que incidieron notablemente en los movimientos sociales de Colombia, y que guardaron relación con las manifestaciones universitarias entre 1968 y 1972.

Palabras clave: Movimientos universitarios, protestas estudiantiles, universidades colombianas.

Abstract

In this chapter, the participation of university movements in the Colombian social scene between 1968 and 1972 is studied from the global discourses of this community to fight against a capitalist system that opened a considerable gap between the traditional elites and the impoverished sectors of all over the world, and to a system that viewed with suspicion the arrival of socialist ideas inspired by the changes that occurred in China, Cuba, Eastern Europe and the Soviet Union. This research is justified in the need to understand the participation that the university youth of Colombia had from the discourse of external conjunctures such as French May 68, which served as a cultural model of protests against global neoliberalism, but notably in this work, about the policies during the National Front. This section then has as a central objective to investigate the degree of relationship between these global phenomena that had a significant impact on the social movements of Colombia, and which were related to the university demonstrations between 1968 and 1972.

Keywords: University movements, student protests, Colombian universities.

Introducción

Las coyunturas que experimentaron las sociedades de Iberoamérica y del Caribe en la década de 1960 y principios de la de 1970 son uno de los renglones fructíferos en la historiografía global. Las sociedades de este hemisferio conocieron en ese periodo fenómenos que servían como agentes primarios de cambio tanto en las sociedades rurales como en las urbanas, conocidos como movimientos sociales. Estos movimientos fueron entendidos desde un punto de vista general como la agrupación formal o no de individuos y organizaciones cuyo fin era el cambio de las estructuras sociales y de los sujetos que la conformaban. Tomaron un papel preponderante en cuanto al discurso de transformación de la sociedad y de las organizaciones a través de la movilización de personas por fines comunes, nacido de los movimientos obreros y políticos desde mediados del siglo XIX.

Iberoamérica no quedó excluida de ese proceso. De hecho, desde el final de la Segunda Guerra Mundial se levantaron rápidamente movilizaciones sociales a favor de la obtención de un mayor número de derechos civiles y el fortalecimiento de los mercados internos con mano de obra y materia prima local. La guerra europea provocó también en América el fortalecimiento ideológico de los movimientos de clase trabajadora. Los levantamientos obreros encontraron una represión parecida a las de Valparaíso en 1903, Río Blanco en 1907, Guanajuato en 1909, y leyes en Argentina, Chile, Cuba y Uruguay para expulsar a huelguistas extranjeros ante el creciente activismo obrero.

La guerras, agitaciones y movimientos también atrajeron ideas políticas innovadoras que rompían los clásicos pensamientos republicanos, una de esas ideas se centró sobre los levantamientos y reformas educativas (Marsiske, 1999). Los sectores educativos se tornaron más participativos en las políticas de cada nación; se fundaron organizaciones como la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, siendo una de las primeras organizaciones de su tipo en el continente, en Venezuela el movimiento estudiantil influenciaba en los programas y partidos políticos (Sánchez, 2006), en Colombia se fundó en 1918 el sindicato de profesores y maestros del Tolima (Arana y Guerrero, 2013), y se realizó en Argentina un paso a la transformación de la educación con la Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba.

De hecho, la influencia de los movimientos sociales, y principalmente

estudiantiles, en Iberoamérica fue bastante notoria en la década de 1920. En medio de las coyunturas económicas de cada nación las relaciones con los mercados de Estados Unidos y la sustitución de los europeos quitaron presión a las elites que gobernaban debido al buen momento de renglones de agroproductos, minas y transportes (Bethell, 2002). Pero esa introducción de capital norteamericano hizo a la región nuevamente sensible a los cambios de los mercados inversores (Del Alcázar, 2003). El resultado fue el surgimiento de proteccionismos en las economías e industrias latinoamericanas. Pasada la etapa más crítica del Crack del 29 los sistemas económicos buscaron una pronta recuperación, al final de la crisis la encontraron en la disminución de gastos sociales y salariales.

Al final de la década de 1930 Chile hizo una reorganización buscando la educación clásica humanística y exigió una democratización educativa (en palabras de Natalia Cruces, 2011). En Venezuela el movimiento estudiantil permaneció inspirado por el anticomunismo y la doctrina social católica (Bethell, 1997, p. 33). Guatemala experimentó una coyuntura con la Guerra Civil de 1944 apoyando la salida de Juan Federico Ponce, la gran mayoría de sus impulsores pertenecían al Movimiento Revolucionarios de Octubre y miembros de la Asociación de Estudiantes Universitarios.

En esa fecha América Latina experimentó una interesante etapa de desarrollo. La tecnificación de los mercados regionales, a través de la experiencia adquirida con los mercados extranjeros, fortaleció el nacimiento de industrias, mercados y políticas. El terreno estaba abonado para el desarrollismo y el fortalecimiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (Addison, 2002). Pese al progreso, persistió una brecha entre las clases menos favorecidas y las elites regionales. Se sumó a lo anterior, la migración de campesinos a las ciudades, aumentando el número de desempleados y abaratando la mano de obra asalariada (García, 2006).

El fortalecimiento de la política latinoamericana en la década de 1940 propuso para la historia un fenómeno sin precedentes. Con las movilizaciones sociales, fueran de carácter educativo, obrero o político, se robusteció el discurso antiimperialista, el cual tomó fuerza desde el movimiento estudiantil de Reforma Universitaria Latinoamericana que se inició en Córdoba en 1918. Desde principios de 1940 el populismo latinoamericano hizo su aparición y se añadió a los intereses de algunos sectores sociales como la clase obrera, movimientos campesinos,

movilizaciones estudiantiles, sindicatos, etc. En Argentina destacó con el peronismo (Puiggrós, 2006). En Chile Gabriel González Videla lo manejó bajo la necesidad de tecnificar conocimientos para la producción de bienes de consumo; fundó en 1947 la Universidad Técnica del Estado ganando apoyo entre los sectores más vulnerables. En 1948 la marcha del silencio de Jorge Eliecer Gaitán y la IX Conferencia Panamericana en Colombia robaron la atención de América entera y de paso reanimaron la confrontación entre clases campesinas, estudiantiles y obreras afiliadas al partido liberal en contra del conservadurismo tradicional.

A finales del periodo de 1940 en América Latina parecía crearse una unidad compleja en la educación, incluso llegó a hablarse paradójicamente de Universidad Latinoamericana. Era claro que para aquel momento el carácter proteccionista que adquirió la economía se extendió a todos los eslabones sociales, incluyendo al educativo (Tunnermann, 2000). En 1950 la región se mantenía pesimista frente a su introducción como mercado de exportaciones manufacturadas, pero veía con optimismo la fuerza adquirida por el modelo de industrialización por sustitución de importaciones. La presencia de huelgas estudiantiles siguió activa. Las movilizaciones de estudiantes adquirieron apoyo junto a las obreras. En Colombia, por ejemplo, las movilizaciones estudiantiles se incrementaron durante el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla entre 1953 y 1957. En 1954 se extendieron con el asesinato de varios estudiantes de la Universidad Nacional de Bogotá. A partir de ese acontecimiento la salida de Rojas Pinilla fue apoyada por las movilizaciones universitarias.

En la década de 1960 el panorama social de América Latina parecía convulsionar. Se fortalecieron, junto al discurso antiimperialista, los nacionalismos y los regímenes militares de extrema derecha. Las clases sociales menos favorecidas económicamente se vieron influenciadas por discursos que activamente ganaban seguidores. Progresaron arengas populares pronunciadas por Fidel Castro y su ideal proyectado con la revolución cubana. Las lecturas de Karl Marx abrieron paso a las de Mao Zedong. Luego se añadieron las hipótesis de Raúl Prebisch, Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso, Theotonio dos Santos. El crecimiento urbano creó la necesidad de fortalecer el campo, surgió así la reforma agraria. A pesar del progreso realizado con la tecnificación de los mercados, el robustecimiento del campo y la tecnificación de la industria, ese periodo se vio exaltado para la historia de la región como un lapso de inconformidad social (Lucita, 1999).

1. La segunda mitad del siglo XX, un periodo convulso

En esa etapa histórica, la activa participación política de movimientos estudiantiles desencadenó duras represiones por parte de los gobiernos centrales y la fuerza pública. En Chilpancingo el movimiento estudiantil movilizó un gran número de personas, pero fue reprimido, sepultando su consigna de autonomía universitaria (Quiroz, 2006, p. 113). En Argentina, la noche de los bastones largos, reflejó la tensión que vivió el sistema universitario y los cuerpos políticos, la autonomía alcanzada por algunas universidades tambaleó cuando el golpe militar de Juan C. Onganía intervino la Universidad de Buenos Aires (Gabetta, 2002).

La década de 1960 perturbó radicalmente a la sociedad mundial. En Estados Unidos surgieron las Marchas del silencio de Martin Luther King Jr. por la lucha contra la segregación racial incluso en las escuelas públicas. Se incrementaron las críticas contra de la Guerra de Vietnam y al apoyo de la invasión de Bahía de Cochinos. En el surgimiento de protestas estudiantiles las universidades de Berkeley y Columbia destacaron, apoyando la eliminación de conferencias y actos estudiantiles en solidaridad con la segregación racial. Aunque no se vieron excluidas de violentas confrontaciones.

Francia e Inglaterra vieron en esa década como sus bastiones coloniales en África y Asia declaraba independencias y de paso generaban un vacío en las arcas que desencadenarían protestas. La llamada liberación sexual hizo al mismo tiempo su aparición en el contexto europeo. Un referente para la historiografía cuando se trata de referenciar los inicios de los disturbios estudiantiles en Europa son los eventos acaecidos en Francia en 1968. Comúnmente suele citarse la coyuntura del Mayo francés o Mayo del 68 como una serie de protestas iniciadas por grupos estudiantiles de izquierda, a los cuales se unieron obreros, sindicatos y facciones políticas.

En Francia la inconformidad educativa marchó enlazada al discurso por la eliminación del neocolonialismo que aparentaba Estados Unidos en Vietnam (Otros lo veían como un conflicto que buscaba frenar el paso del comunismo por toda Asia). Los eventos en ese país, ligados a movilizaciones estudiantiles, se originaron en la Universidad de Nanterre. Rápidamente la inconformidad y la lucha ideológica se trasladaron a las calles. El otro escenario fue la Universidad de Sorbona, donde se reclamó por la liberación de alumnos arrestados en las protestas de Nanterre.

Un rasgo interesante del Mayo francés fue el rechazo de la juventud universitaria que nació entre en los albores de la Segunda Guerra Mundial y el transcurso de ese evento. Esa generación abrió una brecha mundial visiblemente expresada por el movimiento estudiantil francés, quienes asumieron su función de elite intelectual en contra de la guerra de Argelia. La explosión del descontento estudiantil se produjo en el momento culminante de la gran expansión mundial porque estaba dirigido, aunque fuese vaga y ciegamente, contra lo que verían como característico en la sociedad de ese momento, no contra el hecho de que la sociedad anterior no hubiese mejorado algunas cosas.

Esas protestas de 1968 en Francia se extendieron a varios países. Alemania desde abril experimentó hechos tumultuosos en las universidades de Frankfurt, Berlín y Tubinga, al igual que en Austria rechazando el dominio mundial del capitalismo. En Suiza las agrupaciones estudiantiles, a raíz del Mayo francés, se organizaron en sindicatos. El malestar estudiantil llegó a África. En el mes de mayo en Senegal se reprimieron con mucha violencia las protestas contra la reducción de las becas de estudios, la guerra de Vietnam y el Apartheid en Sudáfrica.

Previamente a la coyuntura de Francia se levantaron protestas en España en contra del franquismo como fuerza política apoyadas por las organizaciones estudiantiles. En Varsovia un motín estudiantil se enfrentó a principios de 1968 contra la policía polaca, que a su vez ocupó rápidamente los centros educativos. Portugal experimentó algunas movilizaciones. Italia conoció choques entre facciones estudiantiles alineadas políticamente. La inconformidad creció en Roma, y terminó por extenderse al resto de la península itálica.

Lo interesante de este proceso en los países del occidente europeo no sería la durabilidad de los eventos (En Francia no trascendió la dura jornada de protestas después de junio de 1968), sino los efectos posteriores. La represión policial y el regreso de los obreros a las fábricas disminuyeron la tensión entre los estudiantes y el gobierno de Charles de Gaulle en Francia. No obstante, los levantamientos estudiantiles del Mayo francés habían creado un modelo de lucha a seguir.

2. El movimiento estudiantil en Colombia, 1968 - 1972

Los estudiosos de la historia colombiana de mediados del siglo pasado

encontraron en las movilizaciones estudiantiles un tema de gran interés. Encontraron en esos sectores un gran número de peticiones y confrontaciones con las elites políticas del país. Destacaron los estudios de Ivon Le Bot (1984) y Francisco Leal Buitrago (1981), quienes no sólo impusieron un enfoque analítico sino también una periodización de estos movimientos en Colombia. Ambos sostenían que únicamente se podía hablar de movimiento estudiantil durante el Frente Nacional (1958-1974), las agrupaciones estudiantiles crearon una organización medianamente sólida con presencia en todo el territorio nacional (Acevedo y Samacá, 2011, p. 105).

También es menester mencionar a Mauricio Archila Neira (2012), uno de los estudiosos que analizó las organizaciones estudiantiles en Colombia desde el periodo colonial. Por su parte, Álvaro Acevedo Tarazona (2009) describió en un artículo la marcha liderada por estudiantes de la Universidad Industrial de Santander UIS en 1964. Detalló el apoyo obtenido por el estudiantado en las regiones del interior de Colombia. Examinó la importancia del imaginario social que ofrecía el gobierno sobre esa marcha, señalando a los estudiantes participantes de comunistas y militantes de guerrillas subversivas. Ubicó el malestar estudiantil como un fenómeno cultural destacable en la historia de América Latina. Resaltó las dificultades de los estudios sobre movimientos estudiantiles en Colombia para consolidar líneas investigativas. Detalló en un trabajo reciente particularidades del descontento estudiantil en las universidades de Cali, Bucaramanga y Medellín. Hizo un balance bibliográfico importante, pero no es claro al relacionar los eventos estudiantiles de la época en Colombia con los acontecimientos en el extranjero (Acevedo y Samacá, 2011).

Los investigadores Miguel Ángel Pardo y Miguel Ángel Urrego (2003) referenciaron las jornadas de protestas universitarias iniciadas en Popayán y extendidas al país en 1971. Destacaron las constantes amenazas del gobierno, con detención y prestación del servicio militar, a quienes se consideraran en desacuerdo con las normas académicas. Mencionaron la importancia del Programa mínimo del Movimiento Nacional Estudiantil que comenzó a perfilarse a partir del II Encuentro Nacional Universitario en Bogotá y ratificado en el III Encuentro Nacional Universitario en Palmira, Valle del Cauca (Pardo y Urrego, 2003).

Con respecto al Programa mínimo del Movimiento Nacional Estudiantil Isabel Hernández Arteaga (2007) menciona, que su principal rasgo fue el carácter vanguardista que le imprimió al discurso anti imperialista difundido

entre las movilizaciones estudiantiles. Hernández destacó las expresiones de inconformidad contra el sistema y el régimen académico impuesto a la educación superior. Sin embargo no especificó la relación del Mayo francés con las protestas estudiantiles en Colombia (Hernández, 2007).

Un rasgo común en los trabajos antes mencionados es la ausencia de planteamientos que ligen el Mayo francés con las jornadas de disturbios estudiantiles que vivió Colombia. Gran parte de esos trabajos se centran sobre acontecimientos y lugares específicos, pero persisten en planteamientos que dejan a la deriva; como la relación a los eventos fuera del país. Las jornadas de disturbios y de malestar estudiantil en el Caribe colombiano no son abordadas por esos escritos. No definen hasta qué punto influenciaron las marchas y protestas en la política económica y social de la época.

Es clave conocer que el año de 1968 inició para Colombia con un mensaje alentador del presidente Carlos Lleras Restrepo, quien concibió ese período como un momento para grandes cambios. El país por medio de la prensa nacional seguía de cerca los eventos mundiales (la guerra en Vietnam, los levantamientos sindicales, las relaciones entre la Unión Soviética y Cuba, el surgimiento de las guerrillas comunistas en América, la carrera armamentista en la región etc.) Sin excluir la cruzada que vivía el sistema educativo colombiano con el estímulo del gobierno a las aulas.

Lleras Restrepo se mostró participativo a la hora de invertir capital en el sector educativo, tanto así, que pensó destinar fondos de un préstamo al Banco Mundial para la creación de nuevas instituciones de alta calidad (“La transformación educativa”, 1968). Las universidades por otra parte motivaban al sector financiero colombiano a invertir en los renglones académicos despuntando la necesidad de crear buenos centros documentales (“Habrán canje de libros”, 1968).

Ese año se establecería por primera vez una integración universitaria en el litoral del Caribe Colombiano, implicando a las universidades del Atlántico, del Magdalena y de Córdoba. Tal proceso recibió una cálida acogida por organizaciones internacionales (“Formalizada integración universitaria”, 1968). La integración universitaria en esta región parecía fortalecerse con la creación de un centro de investigación y la facilidad de intercambio estudiantil entre las universidades participantes (“Integración universitaria hará la Costa Atlántica”, 1968). Contexto similar experimentaron algunas instituciones en el interior del país (“Otras tres universidades”, 1968).

En 1968 Colombia enfrentó una oleada de violencia estudiantil, lo cual fue motivo de preocupación en la reunión de ministros de educación en México D.F (Monsivais, 2006). El panorama nacional era tenso debido a los brotes de malestar en las aulas. Las asociaciones estudiantiles rechazaban la falta de recursos en los campos de investigación. Desde Bogotá por ejemplo, se exigió al gobierno mayor autonomía para el cuerpo directivo de la Universidad Nacional; a finales de marzo la ocupación de esa institución por miembros estudiantiles fue una realidad.

Las directivas de la Nacional catalogaban la ocupación estudiantil como un evento sin precedentes y la deslegitimaban haciendo un llamado al dialogo racional (“Paros estudiantiles en tres”, 1968). Para la prensa, esa ocupación se distanciaba de los acontecimientos de Madrid, Roma o Varsovia, señalándola como un capricho violento de un reducido grupo del estudiantado (“La transformación educativa”, 1968). En Manizales una dependencia de la Universidad Nacional se unió al paro que se inició en Bogotá (“Paro en 5 centros docentes”, 1968).

Siguiendo el cese de actividades académicas, en Bucaramanga un grupo de estudiantes del Colegio de Santander rechazaron la intervención del gobierno en la designación de nuevas directivas. La situación se tornó tensa con las protestas del Colegio y la Universidad Industrial de Santander (UIS), quienes exigieron la presentación de un proyecto presupuestal anual, autonomía en la toma de decisiones sobre la secretaria de educación, la creación de un bienestar estudiantil y la mejora de infraestructuras (“La universitaria en poder”, 1968). El gobierno amenazó con cerrar el Colegio de Santander si la huelga no finalizaba, lo cual fue ignorado por el estudiantado. La UIS cerró sus instalaciones por la cancelación de ese periodo (“Cancelado los cursos”, 1968).

Un escenario similar atravesó la Universidad de Cartagena. Allí el cierre de seis facultades encrudeció la relación entre estudiantado y gobierno. Al estudiantado se le adhirió la Unión de Trabajadores de Bolívar, quienes ofrecían sacar a la luz pública todas las irregularidades de la institución, sin contemplaciones de ninguna índole. Las actividades académicas se reanudaron a finales de julio después la intervención de Carlos Lleras Restrepo y del estudio de remoción del consejo directivo del centro universitario. Todo llevó a la destitución del rector del alma mater.

Los violentos disturbios fueron un rasgo común dentro del descontento estudiantil en el interior de Colombia en 1968. En la Universidad Nacional

se convocaron marchas que concluyeron con duros enfrentamientos entre el estudiantado y la fuerza policial. Los ataques a locales comerciales, entidades bancarias y residencias fueron una constante. Las arengas revolucionarias enmarcaron las marchas. Esa jornada se vio oscurecida por el violento ataque a una menor de edad a mano de un participante de la movilización estudiantil.

Los motines en la Universidad Nacional persistieron. La inconformidad entre estudiantes afiliados al conservadurismo y al liberalismo colombiano creció, ambos bandos denunciaban el creciente fervor hacia el comunismo dentro de esa institución. Las pedreas se incrementaron y estuvieron ocasionalmente apoyadas por miembros externos al plantel universitario. La policía capitalina cercó la universidad en repetidas ocasiones, pero los disturbios permanecieron invariables en la segunda mitad de 1968. Otras universidades capitalinas también vivieron en ese año brotes de inconformidad. Algunos estudiantes de la Universidad Externado se unieron a las jornadas de pedreas de la Universidad Nacional. La Universidad Libre también experimentó una toma estudiantil al claustro educativo, el cual fue rechazado por las directivas. Hacia el mes de septiembre un paro de maestros inició, generando la interrupción de actividades debido a la falta de pago en las mesadas.

En Barrancabermeja también se presentarían disturbios por parte del estudiantado del colegio oficial Diego Hernández de Gallego. Dos estudiantes de esa institución resultarían heridos a bala por miembros de la policía local. En la Universidad de Cali los alumnos ocuparon el claustro educativo, efectuando un inventario general de las posesiones del órgano en esa sede. La ocupación estudiantil de la Universidad de Cali era apoyada por el profesorado. Dentro de esa jornada de protestas resaltaba el espíritu antiimperialista, firme seguidor de las consignas que mantenían diferentes grupos estudiantiles de América, Europa y el mundo en general. La toma de las instalaciones por un organizado grupo de estudiantes en la Universidad de Caldas, el cese de actividades giraba alrededor de la búsqueda de autonomía en esa institución.

En Pasto, los estudiantes de la Universidad de Nariño marcharon para recordar la matanza estudiantil ocurrida en Bogotá en 1954. El evento terminó en una asonada por las calles, se apedrearon un gran número de edificaciones y fueron heridos varios agentes policiales. Las jornadas de protestas continuaron por la detención de varios estudiantes debido a la posesión de volantes calificados como propaganda subversiva. En Tuluá una concentración transcurrió pacíficamente buscando apaciguar la ocupación

policial a instituciones educativas después de la muerte de un miembro oficial en una anterior jornada de ocupación escolar. El panorama educativo parecía obstruirse con el retorno de un número de estudiantes colombianos en el extranjero favorecidos por préstamos del Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios Técnicos en el Exterior (ICETEX). La propuesta del presidente de esa institución buscó ubicar a los estudiantes procedentes del exterior en universidades colombianas, las cuales abrirían sus puertas efectivamente al estudiantado, disminuyendo el flujo de divisas que tanto necesitaba el país.

A parte del malestar estudiantil, Colombia afrontó la inconformidad de los maestros en los departamentos de Boyacá, Cundinamarca, Choco, Guajira, Nariño, Santander y Valle del Cauca. El magisterio nacional expresó su preocupación por el cese de actividades de los educadores por la falta de pago de sueldos atrasados y el desconocimiento de prestaciones sociales. En muchos casos las medidas políticas presionaron al término de paros con la amenaza de desvinculación de los académicos al magisterio nacional retirándoles sus derechos al pago de mesadas. En Cundinamarca la amenaza de paro de actividades por el profesorado motivó al gobierno a efectuar un pronto desembolso de pagos atrasados. En Montería la directiva del Colegio Nacional José María Córdoba denunciaba la falta de pago y el cese de actividades. Lleras Restrepo llamaba a la calma general del profesorado aludiendo a la fuerte inyección que se haría al sector educativo, para ello estimó un préstamo al Banco Mundial que sería suministrado ese año desde Washington.

Los ecos de paralización general del sector educativo ganaban mayor apoyo debido a la situación que atravesaba el sector educacional en Santander, donde se adeudaban mesadas de maestros y se mantenían encarcelados varios dirigentes de la Federación Colombiana de Educadores y de la Asociación Santandereana de Institutores de Primaria. A fines de 1968 el gobierno buscó organizar los cuerpos administrativos universitarios y creó el Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES), adscrito al ministerio de educación. La medida inicialmente no tuvo mayor aceptación, el estudiantado encontró mayor interés en otros eventos del país, ganando apoyo entre los sindicatos de maestros y obreros.

Iniciando el año de 1969 el alza en las tarifas de los transportes generó fuertes disturbios en Cali, elevando marchas y protestas enaltecidas por asociaciones estudiantiles. Lo que terminó en una asonada estudiantil, se caracterizó por

las pedreas a locales comerciales y sistemas de transporte, así mismo por la jornada de saqueos. Un visto bueno se dio a la medida del gobierno de Lleras, quien en sus facultades decretó la creación de un auxilio al transporte urbano para los estudiantes.

Cali se encontró también a la expectativa por la anunciada paralización del comercio y la educación debido al alza en los servicios públicos. La intervención de un numeroso cuerpo de soldados fue necesaria para retomar el control de la ciudad. Pese a la ocupación militar, las movilizaciones estudiantiles se caldearon cuando la policía efectuó arrestos a los educandos que perpetuaron la ocupación de la Universidad Tecnológica del Valle, así mismo al rector de la institución y al secretario general por aparente apoyo a la toma. Las marchas por la liberación del rector May Ackermann llevaron a pedreas estudiantiles y exclamación de consignas antiimperialistas.

El descontento por el alza de los servicios también se trasladó a Pasto en donde una asonada le permitió al estudiantado de la Universidad de Pasto tomar el control del claustro institucional. Los sectores afectados volvieron a ser el comercio y la jornada de estudio por las pedreas, obligando también a la suspensión del sistema de transporte de buses. Aunque en Bogotá, las protestas en contra del alza de tarifas de transportes se dieron, las movilizaciones y organizaciones estudiantiles universitarias se mantuvieron mayormente participativas en el escenario político. El comunismo ya ganaba apoyo entre el estudiantado capitalino. Los mítines en contra de las políticas nacionales se mostraban radicales al momento de expresar oposición a candidato o partido político alguno. En la Universidad Nacional sobresalía un grupo de estudiantes quienes se hacían llamar la Línea de Pekín.

Los grupos de estudiantes afiliados ideológicamente al pensamiento de Karl Marx, a sus estudiosos, a las prácticas de Mao Tse-Tung, a las figuras de Camilo Cienfuegos, Ernesto Guevara y Fidel Castro empezaron a ser reseñados por extender redes de discursos en los colegios de Barranquilla, Bogotá y Medellín. Las redes de discursos políticos por parte de los universitarios empezaron a ser desde entonces atractivas a los estudiantes de las escuelas secundarias. La suspensión de los semestres en las universidades de Colombia fue una constante hacia 1969. Algunas efectuaron la suspensión debido a la falta de pago de a los cuerpos directivos. La debilidad en material infraestructural marcó el descontento de ese año. El punto álgido del descontento estudiantil lo resaltó el informe de recortes económicos que se llevarían en 1970. El congreso decretó la reducción en los aportes del gobierno a las instituciones

académicas otorgando esa responsabilidad al recién creado ICFES.

Dentro de todo del panorama estudiantil destacó el buen estado de las finanzas en las instituciones del departamento de Antioquia. La situación allí era contrapuesta con la de un considerable número de departamentos colombianos, en donde el atraso y la falta de inversión despuntaban. El alza de pagos a los maestros se dio en 1968. Un año después se modernizó el campo universitario en la Universidad de Antioquia oficializado por Lleras Restrepo; pero no se eliminaron los levantamientos. Entre 1969 y 1970 el cierre de ese claustro educativo se efectuó en repetidas ocasiones.

Iniciado el año de 1970 se presentó la idea de un paro general del magisterio. La organización gremial de la Federación Colombiana de Educadores (FECODE) solicitó al gobierno tener en cuenta algunas recomendaciones presentadas por los académicos para evitar el cese de actividades. La respuesta del gobierno fue la amenaza en los despidos de quienes paralizaran sus actividades. A principios de ese año se siguió debatiendo hasta qué punto la educación influenciaría el espíritu desarrollista de la juventud colombiana. El gobierno colocaba a favor del país la creación de nuevas instituciones educativas, pero la carencia de organización en los cuerpos administrativos era demasiado notable y generaba desordenes ocasionalmente. En materia de infraestructura los centros educativos avanzaron, pero no se tuvo en cuenta, por parte del gobierno, el fortalecimiento de los entes reguladores, lo que resultó caótico para estudiantes y padres de familia.

En 1970 los cuerpos militares se hicieron partícipes de las políticas educativas. En el Seminario de Conflictos Estudiantiles un general colombiano señaló que el valor democrático de las instituciones educativas estaba concluyendo, dando paso al nihilismo, a las asonadas, y las acciones subversivas impulsadas desde las universidades (“Subversión minoritaria en la universidad”, 1968). En mayo de ese año se acordó el cierre parcial de las universidades oficiales y privadas lo que ocasionó una asonada en Cúcuta. No resultó extraño para la época encontrar movilizaciones netamente impulsadas por movimientos estudiantiles feministas. Algunas apoyaban incondicionalmente el mal momento que atravesaban los educadores de varias ciudades. Resultaban innovadoras al mismo tiempo, aunque anteriormente se dieron en repetidas ocasiones, por el número de participantes que lograron conseguir. Las arengas feministas en apoyo a la educación preocupaban al orden gubernamental del país.

El año no concluyó con resultados positivos para el estudiantado y los maestros de Bogotá. Mientras la Universidad Nacional declaró una crisis en sus arcas que siguió profundizándose a lo largo de la década de 1970, la Universidad de la Salle y la Universidad Javeriana cesaron sus actividades académicas debido al alza de pagos semestrales. En Boyacá la falta de pago a los maestros llevó a duros enfrentamientos efectuados en Tunja. Las asonadas estuvieron apoyadas por los padres de los educandos. Destacaron por las pedreas al transporte público.

En 1971 el gobierno de Misael Pastrana Borrero se esforzó en crear un ambiente estable al sector educativo, sin embargo era perceptible el malestar de estudiantes y maestros. Pastrana designó a Luis Carlos Galán como ministro de educación. Durante su administración Galán denunció públicamente el desfavorable estado de la educación en Colombia, donde sobresalían la deserción estudiantil y la alta incapacidad de los docentes. Sugirió entonces una profunda reforma desde la básica escolar hasta la formación del personal docente abriendo paso a nuevas metodologías de enseñanza.

A pesar del reconocimiento de una deficiencia en el sistema educativo por el gobierno, las escaramuzas estudiantiles persistieron. Cali fue una de las ciudades más afectadas por las pedreas. Esa ciudad se destacó por la férrea posición del estudiantado ante las autoridades de Valle del Cauca. La situación desmejoró con la participación de estudiantes de los colegios del Estado en las pedreas originadas a mano de los universitarios. El panorama de los educadores era igual de confuso en Cauca, Medellín y Meta las escuelas cesaron sus actividades. La motivación para el reinicio de actividades fue desatendida. Las tomas de facultades en las universidades públicas fueron una constante.

El panorama universitario parecía no mejorar, la convocatoria a un paro generalizado en la educación superior ganaba cada vez mayor apoyo. En Cali y Medellín los encuentros estudiantiles terminaron en pedreas que dificultaban el comercio. La labor del ministro Galán ganó apoyo en la FECODE, dando apertura a la Universidad Industrial de Santander, a la Universidad de Tolima y a otras instituciones en Cali y Popayán. Galán facilitó el pago de reajuste en las mesadas de los maestros con el impulso al decreto N^o 070 de 1971.

Pero no existió acuerdo sobre un espacio para el diálogo entre organizaciones estudiantiles, sin excluir el papel activo que ganaron los sindicatos obreros, y la administración de Pastrana Borrero. En Cali una dura asonada nubló

las conversaciones entre Galán y la FECODE. El escenario era confuso en medio de piedras y gases lacrimógenos. El comercio se afectó en su mayoría. El listado de heridos y muertos no fueron las excepciones en las duras jornadas de disturbios. El gobierno decretó primeramente el estado de sitio en esa ciudad, horas después lo extendió a todo el país.

La militarización de las calles no generó el efecto que el gobierno esperaba. Las asonadas en Cali provocaron la rápida salida del rector de la Universidad del Valle, la prohibición en la venta de licor y la pérdida de apoyo del capital privado. En ciudades como Medellín los disturbios se encrudecieron, la gestión de Galán ante la FECODE no avanzó obligando a los educadores de escuelas primarias a extender el cese de actividades. El primer semestre de 1971 estuvo caracterizado por la radicalización de las protestas del sistema educativo. Aunque ciertamente, el ministerio dirigido por Galán generó varios decretos que redujeron el malestar interpretado en huelgas. Las universidades de Antioquia, Nacional y del Valle suspendieron ese primer periodo a orden de los decretos emitidos en el mes de abril, de paso obtuvieron cierta autonomía al tomar el reinicio de clases bajo la consideración de los órganos académicos internos.

Galán se destacó por su activa cercanía a los intereses de los estudiantes y maestros universitarios en 1971, él elaboró un proyecto posteriormente aprobado en el congreso. Ese plan de reforma universitaria disponía de una mejor en la preparación del profesorado, impulsaba la libre investigación y la formación bajo responsabilidad moral de nuevos investigadores. El resultado de esa reforma generó un momentáneo cambio de directiva en la Universidad Nacional y disminuyó considerablemente la crisis que atravesaba la Universidad de Antioquia. Así mismo ocasionó protestas por parte de un grupo de universidades privadas, quienes vieron en la reforma propuesta por Galán un obstáculo para la inversión en las instituciones privadas. Se temió a una disminución de capital de los contribuyentes, lo que generaría un peso después a las arcas del estado que se verían en la necesidad de auxiliar económicamente a las instituciones.

Pero las políticas de las organizaciones estudiantiles no aceptarían reformas que dieran autonomía únicamente al cuerpo administrativo. Para el estudiantado la razón de lucha estaba atada al bienestar común de los más vulnerables. Los cambios exigidos iban desde los altos funcionarios del gobierno de Pastrana Borrero hasta las nuevas directivas instaladas en la Universidad Nacional. La situación en la Universidad Nacional resultaba

tensa. En una visita de Galán para expresar el apoyo a las nuevas directivas, un considerable número de estudiantes entonaron arengas ofensivas hacia el funcionario. La intervención del profesorado de la Universidad Nacional, de estudiantes que rechazaban los agravios y de periodistas, logró proteger momentáneamente al ministro Galán hasta la llegada del cuerpo policial antidisturbios. El automóvil en el que se transportó Galán fue incendiado por estudiantes.

Después de los desórdenes ocasionados por la visita de Galán a la Universidad Nacional, las directivas de esa institución suspendieron el semestre educativo, reactivándolo a principios de 1972. La reactivación delató un déficit presupuestal por el que atravesaba la institución, un cambio en el rectorado se dio rápidamente. Los disturbios en la Universidad Nacional siguieron hasta finales de 1972, concluyendo con la expulsión de estudiantes y con la aprehensión judicial de otros. A finales de ese año las jornadas de protestas disminuyeron considerablemente. En Medellín y Córdoba se presentaron algunos altercados estudiantiles con la fuerza pública, pero fueron eventos aislados. En la Universidad Nacional la designación de un nuevo rector mantuvo la disputa entre el estudiantado y el cuerpo administrativo, pero no pasó de discursos agitadores en contra de la nueva directiva.

Conclusiones

A manera de reflexión se puede mencionar que los movimientos estudiantiles son parte importante de la historia reciente de Colombia. La presencia de esos colectivos permite estudiar los espacios y confrontaciones que se dieron desde mediados del siglo XX justo cuando las movilizaciones en todo el mundo aumentaron. En el caso colombiano, las jornadas de protestas y la lucha contra las políticas públicas educativas generaron un gran número de reformas que otorgaron beneficios a todos los sectores educativos.

Ciertamente a principios de 1970 las marchas estudiantiles se extendieron por todo el país y ganaron apoyo de la Central Comunista (CSTC) y algunos sindicatos nacionales. En Barranquilla y Medellín se dieron pedreas y ataques a locales comerciales con bombas incendiarias, en Bogotá las marchas se realizaron sin altercados con la fuerza pública. El fortalecimiento de protestas en 1975 por estudiantes, maestros y sindicatos, presagiaba para el gobierno marchas y enfrentamientos con la fuerza pública que obligarían a declarar el estado de sitio en Antioquia, Atlántico, Magdalena y Valle del Cauca. En el municipio de La Dorada se produjo una violenta asonada entre estudiantes y la fuerza pública, dejando como resultado varios apresados, heridos y muertos. En 1976 las pedreas en las universidades siguieron. En Caldas y Medellín se dieron ceses de actividades comúnmente acompañados de disturbios. En Bogotá la visita del secretario de Estado de los Estados Unidos ocasionó una dura jornada de asonadas entre la fuerza pública y los estudiantes de la Universidad Nacional, el saldo de heridos y detenidos aumentó durante los días previos a la visita del diplomático. En la Universidad de Antioquia la quema de banderas de Estados Unidos y las bombas incendiarias Molotov enmarcaron una dura jornada de disturbios.

Entre 1977 y 1978 la Universidad de Antioquia, la Universidad Industrial de Santander, la Universidad Nacional y el claustro del Valle, entraron en paros académicos frecuentemente. Aunque el cese no era apoyado por un alto porcentaje de estudiantes, los disturbios y las represiones policiales dificultaron una rápida solución. El gobierno de Julio Turbay Ayala apoyó la retirada de la ocupación policial en la Universidad Nacional. Turbay garantizó mayores autonomías para las universidades oficiales. El aumento de pasajes en los transportes públicos por Turbay reactivó el malestar estudiantil. El alza a productos de consumo diario caldeó los ánimos y provocó disturbios. El resultado de esa jornada de protestas fue un número de heridos y encarcelados. El gobierno mencionó que, en referencia al estudiantado, dentro

de los arrestados había varios agitadores profesionales, que solo buscaban la anarquía. Las reformas realizadas a la educación en la administración de Turbay acrecentaron el descontento entre las clases estudiantiles y obreras. Las jornadas de luchas se extendieron al interior del Caribe colombiano. En las universidades de Córdoba y Magdalena el malestar se volvió en constantes asonadas que obligaban la militarización de las ciudades.

Referencias Bibliográficas

- Acevedo Tarazona, A., & Samacá Alonso, G. (2011). Revolución cultural en América Latina: el movimiento estudiantil como objeto de estudio en la historiografía colombiana y continental. *Memoria y sociedad*, 31, 104-119.
- Acevedo, Á. (2009). La marcha de los estudiantes, 1964. Un hito del movimiento estudiantil en Colombia. *Historia de la Educación Colombiana*, (12), 155-174.
- Addison, E. (2002). *Teorías económicas del desarrollo*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Arana, R. G., & Guerrero, I. M. (2013). Movimiento obrero y protesta social en Colombia. 1920-1950. *Historia Caribe*, 8(22), 167-193.
- Archila, M. (2012). El movimiento estudiantil en Colombia. *Revista del observatorio social de América Latina*, (31), 71-103.
- Bethell, L. (2002). Historia económica de América Latina. México, América Central y el Caribe, c. 1870-1930. Barcelona: Editorial Crítica.
- Bethell, L. (1997). *Historia económica de América Latina. Política y sociedad desde 1930*. Vol. XII. Barcelona: Editorial Crítica.
- Buitrago, F. L. (1981). La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil 1958-1967. *Revista Desarrollo y Sociedad*, (6), 299-325.
- Cancelado los cursos en la UIS. (1968). *El Tiempo*. 1 de mayo de 1968. p.6.
- Cruces, N. (2011). *Apuntes para una historia del movimiento estudiantil chileno*. Santiago de Chile: Ediciones Las Armas de la Crítica.
- Del Alcázar, J. (2003). *Historia Contemporánea de América*. Valencia: Universitat de València.
- Formalizada integración universitaria costeña. (1968). *El Tiempo*. 13 de enero de 1968. p. 8.
- Gabetta, C. (2002). *La debacle de Argentina: Una Argentina que muere y otra que bosteza*. Barcelona: Icaria editorial S.A.

- García, A. (2006). *La estructura del atraso en América Latina: Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*. Bogotá: Edición Convenio Andrés Bello.
- Habrará canje de libros entre las universidades. (1968). *El Tiempo*. 18 de febrero de 1968. p. 2.
- Hernández, I. (2007). El programa mínimo de los estudiantes colombianos. Movimiento estudiantil universitario de 1971 por la universidad. Todo un país. *Historia de La Educación Colombiana*, (10), 29-57.
- Integración universitaria hará la Costa Atlántica. (1968). *El Tiempo*. 26 de enero de 1968. p. 6
- La transformación educativa. (1968). *El Tiempo*. 16 de enero de 1968. p. 4.
- La universitaria en poder de extremistas. (1968). *El Tiempo*. 30 de marzo de 1968. pp. 1-21.
- Le Bot, I. (1984). El movimiento estudiantil durante el Frente Nacional (1958-1974). Le Bot, Ivon. *Educación e Ideología en Colombia*. Medellín: La Carreta.
- Lucita, E. (1999). *La patria en el riel: un siglo de lucha de los trabajadores ferroviarios*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Marsiske, R. (1999). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. México D.F.: Plaza y Valdés S.A. Editores.
- Monsivais, C. (2006). *A ustedes les consta: Antología de la crónica en México*. México D.F. Ediciones ERA, S.A.
- Otras tres universidades integran planes docentes. (1968). *El Tiempo*. 14 de febrero de 1968. p. 9
- Pardo, M. Á., & Urrego, M. Á. (2009). El movimiento estudiantil de 1971 en Colombia. In Luis, Riveros (Presidencia), *Política y movimientos estudiantiles en América Latina*. Siglo XX. Simposio llevado a cabo en el (Vol. 51).
- Paro en 5 centros docentes. (1968). *El Tiempo*. 3 de abril de 1968. p. 3.
- Paros estudiantiles en tres universidades. (1968). *El Tiempo*. 25 de abril de 1968. p. 1-21.

- Puiggrós, R. (2006). *Historia crítica de los partidos políticos argentinos. El peronismo: Sus causas*. Buenos Aires: Ediciones Galerna.
- Quiroz, A. (2006). *Las luchas políticas en Puebla, periodo 1961-1981*. Puebla: Dirección de Fomento Editorial Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Sánchez, R. L. (2006). Los movimientos estudiantiles en Venezuela, 1958-1990. *Historia Actual Online*, (10), 71-85.
- Subversión minoritaria en la universidad. (1968). *El Tiempo*. 30 de marzo de 1968. p. 4.
- Tunnermann, C. (2000). *Universidad y sociedad: Balance histórico y perspectivas desde Latinoamérica*. Caracas: Fondo Editorial Humanidades Universidad Central de Venezuela.

NOCIONES DE DESARROLLO Y SUBDESARROLLO EN LA CONFERENCIA EPISCOPAL LATINOAMERICANA 1968

Christian Maldonado Badrán*

* Historiador, Universidad del Atlántico, (Barranquilla Colombia); Magister en Ciencias humanas y sociales, Universidad de Perpignan Via Domitia, (Perpignan, Francia); Doctorante en Historia y Estudios Humanísticos, Universidad Pablo de Olavide (Sevilla España); Docente medio tiempo, Universidad del Atlántico. cmaldonadobadrán@mail.uniatlantico.edu.co

Resumen

El presente texto pretende mostrar la posición asumida por el catolicismo latinoamericano y especialmente colombiano en torno a las discusiones sobre desarrollo y subdesarrollo en la década de los sesenta, durante la celebración de la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana en la ciudad de Medellín, Colombia, en el año 1968. A partir de los documentos producidos en dicha reunión episcopal y reproducidos por la Revista Javeriana, se deja ver la actitud de la Iglesia Católica frente a los problemas asociados al tercer mundo, en donde el subdesarrollo era estructural. Se evidencia que el catolicismo se apropió de las discusiones en torno al desarrollo y el progreso, en un claro acercamiento al mundo temporal, pero sin dejar de lado las interpretaciones escatológicas.

Palabras clave: Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, Development, Underdevelopment, Colombia, Progress.

Abstract

This text aims to show the position taken by Colombian and Latin American Catholicism around the discussions on development and underdevelopment in the sixties, during the celebration of the second Latin American Episcopal Conference in the city of Medellín, Colombia, in the year 1968. From the documents produced in this episcopal meeting and reproduced by the Javeriana Revue, we can see the attitude of the Catholic Church towards the problems associated with the third world, where underdevelopment was structural. It is evident that Catholicism appropriated discussions about development and progress, in a clear approach to the temporal world, but without neglecting eschatological interpretations.

Keywords: Second Latin American Episcopal Conference, Development, Underdevelopment, Colombia, Progress.

Introducción

En 1968 los procesos y transformaciones sociales y culturales que se venían gestando años atrás estallaron y convulsionaron al mundo, transformándolo para siempre. Parte de esos cambios se debió a su resonancia global, es decir, al impacto que tuvieron a escala global, generando procesos sociales y culturales análogos, tal y como sucedió con el *mayo del 68 francés*, cuyo efecto se pudo evidenciar en una serie de manifestaciones estudiantiles en diferentes países. Esto llevó a que dejaran de existir zonas aisladas (a pesar de las diferencias notorias entre países del primer, segundo y tercer mundo) porque inició una cultura globalizada, en la que los procesos sociales y culturales surgidos a nivel local alimentaron conjuntamente la globalidad, o más pertinente, la mundialidad (Fazio, 2014). Todo ello produjo un sentimiento de estrechez y cercanía que se tradujo en la apropiación global de los cambios, que a su vez se reflejaba en la apropiación más allá de las fronteras de los problemas y procesos locales.

Dada la importancia de este año, el historiador Hugo Fazio (2001) ha manejado la hipótesis de que aunque la globalización es un proceso de larga duración, hay puntos de quiebre. En ese sentido, el 68 condensa todas las transformaciones que se estaban gestando, produciendo un cambio en el mundo político, social y cultural que se había establecido después de la segunda guerra mundial:

(...) una las principales particularidades del 68 consiste en que, precisamente durante esa coyuntura histórica, se asistió por primera vez, de modo evidente y claro, al nacimiento de la *globalidad histórica*, es decir, a un entrecruzamiento, por una parte, entre ciertas tendencias que simultáneamente apuntaban hacia una mayor sincronización heterogénea y el encadenamiento de varias situaciones análogas en apariencia, pero distintas en cuanto a su contenido, y otras que, por su parte, expresaban el desarrollo de trayectorias históricas particulares, que sólo son aprehensibles a través de un análisis individualizado, pero dentro de un entramado de resonancias y encadenamientos que se dan entre todas ellas. (Fazio, 2014, p. 29)

Partiendo de lo anterior podemos entender la relevancia del año sesenta y ocho, pues en él se condensaron y entrecruzaron situaciones y procesos que venían formándose en años anteriores y que eran indicadores de una mentalidad de cambio conjunta, muy a pesar de que se tuviera la impresión

de que eran situaciones análogas. Esto explica, por ejemplo, la figura del joven como nuevo sujeto social, el nuevo rol de la mujer frente a la sociedad (sexual y laboralmente) y el activismo del estudiantado, situaciones que estaban amparadas y sustentadas en la globalidad cultural (Tirado, 2014). Finalmente, también permite explicar el rol de la Iglesia Católica como institución global en la necesidad de fortalecer su presencia para apaciguar, según se consideraba a interior de la institución, las penurias del tercer mundo.

Es así como en la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, celebrada en la ciudad de Medellín en el mes de septiembre, se debatió sobre el rol de la Iglesia Católica en América Latina frente a los cambios que estaba presentando la sociedad, incorporando en sus discusiones desde las nociones de desarrollo hasta la forma de guiar espiritualmente a un mundo en mutación.

Siguiendo las ideas expuestas, el capítulo se ha dividido en tres partes con sus respectivos subtemas. El primer apartado analiza de forma general el contexto social y político de los años sesenta, resaltando las transformaciones que se estaban generando en ese momento, con su impacto global. Se muestra cómo surgió en el vocabulario internacional las nociones de desarrollo y subdesarrollo, y el impacto que este generó en la visión de mundo, así como la forma en que fue apropiado en diferentes campos sociales. Seguidamente abordamos las manifestaciones del contexto internacional en el espacio nacional, es decir, en Colombia, prestando atención a los cambios y discusiones que se presentaron en lo referente al rol de la mujer, la sexualidad, el crecimiento demográfico, entre otros, para señalar que el país no estuvo ajeno a las discusiones ni a las transformaciones sociales y culturales de la sociedad global. Se pone el acento sobre temas relacionados con la feminidad y la transición demográfica, ya que se consideró que estos eran expresiones del cambio y, especialmente, síntomas de ruptura en un país tradicional. Todo lo anterior para finalmente señalar y mostrar la posición de la Iglesia Católica frente a un espacio significado como subdesarrollado en transformación, es decir, ante una Colombia que ponía a tambalear los cimientos religiosos de la nación.

En el segundo apartado, para mostrar el rol y la importancia de la Iglesia Católica, así como su posición frente al contexto nacional, desarrollamos la noción de habitus religioso como expresión de la nacionalidad católica,

entendiendo por este la configuración de una identidad religiosa católica como epicentro de la nacionalidad. Consideramos que es importante señalarlo, ya que abordar la conformación histórica de la religiosidad en el país, ayuda a comprender la posición que tomaron los preladados colombianos frente a las disposiciones del Concilio Vaticano II y, principalmente, de los puntos abordados en la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana.

En la última parte del texto, dividido en tres subtemas, abordamos la celebración de la Conferencia Episcopal Latinoamericana para analizar la posición tomada por los preladados tanto colombianos como latinoamericanos ante los problemas que se cernían sobre la sociedad, a ojos de la religiosidad, aquellos que precisamente estaban configurando un mundo moderno. A través de las reproducciones que se hicieron en la Revista Javeriana, órgano difusor del catolicismo, se deja ver que la Iglesia Católica no pudo permanecer aislada de las discusiones del contexto y que, por el contrario, ingresó como un actor más a disputarse los sentidos y significados del desarrollo y el subdesarrollo con organizaciones multilaterales como la ONU, la UNESCO o el Banco Mundial, eso sí, sin alejarse de su anclaje religioso.

1. Panorámica a los años sesenta

Los años sesenta del siglo pasado marcaron un antes y después en la sociedad contemporánea, que en ese momento se erigía como una sociedad global gracias al fortalecimiento del capitalismo como sistema económico expresado en la sociedad de consumo que propició el nacimiento de una cultura de masas (entiéndase unificada), y los sistemas masivos de comunicación y transporte que como nunca permitieron el contacto entre diferentes ciudades, países y continentes.

Una de las mayores transformaciones que aportó este periodo fue, por tanto, la consolidación de una sociedad global conectada a través de parámetros sociales, culturales y económicos que podían considerarse unificados, o de gran repercusión. Las regiones dejaron de ser territorios aislados para pasar a ser regiones conectadas entre sí, ya sea porque compartían logros, reflejados en avances (de todo tipo)¹ bajo la idea del progreso social, o porque padecían conjuntamente problemas de orden económico, político y/o social. Estas diferencias crearon la distinción entre países poseedores de buenos estándares

¹ Entendemos los avances de carácter social, político, cultural y económico en las sociedades consideradas más desarrolladas.

de vida y aquellos que no los tenían, generando la dualidad desarrollo/subdesarrollo: nació la idea de los países del primer y tercer mundo (Escobar, 2007).

Los mecanismos para establecer dicha división se centraron en las capacidades económicas y en las mediciones sociales (niveles de vida) de los países que conformaba cada uno de los dos bloques. El bloque poseedor de niveles de vida “acordes” al progreso social definió los estándares para los segundos, señalándolos y estableciéndoles la vara de medición, lo que puede leerse, tal y como se entiende en Escobar y Ochoa (2014), como una imposición producto de una revisión interna; es decir que se configuró y se le dio forma al desarrollo y a su contrapartida, el subdesarrollo, según estándares nacionales impulsados por los Estados Unidos y los países de Europa Occidental. Es así como a partir de la segunda mitad del siglo XX se inauguró el discurso desarrollista² que trazaba los contornos de un estado ideal a alcanzar por parte de los países que buscaban la prosperidad social. Al encontrarse los países del primer mundo en una mejor posición, diseñaron estrategias de acompañamiento para los países subdesarrollados, con el propósito de que estos últimos alcanzaran niveles de desarrollo considerados como dignos.

Lo anterior explica que en ese periodo se hayan disparado las misiones extranjeras (de países como Estados Unidos) hacia los territorios necesitados, especialmente en América Latina en donde el subdesarrollo golpeaba fuertemente a la población. Hay que entender que la idea del subdesarrollismo se sustentaba en la existencia de serie de factores que en su conjunto creaban la ilusión, compartida globalmente, de atraso o impedimento para alcanzar los estándares sociales de las sociedades consideradas como modernas. Entre los mencionados factores estaban la pobreza, las carencias económicas, sociales y culturales, y, derivado al tiempo que concomitante con los anteriores, el crecimiento demográfico. Fue tal la magnitud que se le dio a esta problemática y la trascendencia de esta que un historiador inglés ha reconocido que:

la importancia de estos países no era su número, sino el enorme y creciente peso y presión demográficos que representaban en su conjunto. Este fue el resultado de una asombrosa explosión demográfica en los países dependientes tras la segunda guerra mundial, que alteró, y sigue alterando el equilibrio de la población mundial. (Hobsbawm, 1999, p. 347)

2. Arturo Escobar ha identificado el surgimiento del discurso y la noción de desarrollo en 1949 con el pronunciamiento del presidente Truman, y el pretendido apoyo y acompañamiento a los países en donde el comunismo se presentaba como una opción política a la tradicional. Ver Escobar, Arturo (2007). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas. Fundación editorial el perro y la rana.

Partiendo de los elementos expuestos brevemente, argumentamos que la idea de desarrollo se insertó en el discurso político internacional, relacionada directamente con el progreso como objetivo a alcanzar. Es importante aclarar que si bien ambas categorías parecieran asociarse e ir de la mano, no son necesariamente iguales. Mientras que el desarrollo podemos comprenderlo como el conjunto de procesos instrumentales e industriales (tangibles), el progreso se entiende más como un estado a alcanzar. En ese sentido, las transformaciones que fortalecen el desarrollo tienen como finalidad generar progreso, idea que estuvo latente durante todo el periodo que estudiamos. En él se condensa la visión de futuro como tiempo en el que se proyectan las aspiraciones sociales, las cuales establecen una división entre el antes y el después. Esto porque en la categoría de progreso se encuentran dos tiempos: uno decadente (como tiempo superado) y otro en y desde donde se producen cambios. Siguiendo al historiador alemán Reinhart Koselleck (2012):

El progreso en sí mismo (...) aglutina numerosas experiencias en una expresión. [Y] debe partirse del principio incuestionable de que “progreso” es un concepto específicamente calibrado para enfrentarse a las experiencias modernas, es decir, al hecho de que las experiencias tradicionales se ven superadas por otras nuevas con una rapidez sorprendente. (pp. 96 – 106)

Ateniéndonos a este planteamiento, consideramos entonces que el mundo de los sesenta se volcó de forma acelerada hacia al futuro a través de una serie de vertiginosas transformaciones, en comparación con los años anteriores, que buscaron propiciar progreso. No es gratuito, por ejemplo, que en el vocabulario mundial de instituciones como la Organización de las Naciones Unidas(ONU), la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) e incluso el programa Alianza para el Progreso, liderado por los Estados Unidos, se incorporara dicha categoría, puesto que el periodo en sí mismo miraba con extrañeza el tiempo que le precedía. Las guerras mundiales y sus impactos provocaron que las nuevas generaciones se alejaran de ese pasado y volcaran sus esperanzas hacia ese nuevo mundo que se abría ante sus ojos.

El peso de este contexto fue tan fuerte que incluso una institución tan tradicional como la Iglesia Católica no pudo permanecer ajena y aislada por mucho tiempo, por lo que generó espacios de discusión y estrategias para acoplarse al ritmo de las transformaciones. Desde finales de los años cincuenta

el Papa Juan XXIII (1958 – 1963) vislumbraba la necesidad de unos cambios en el catolicismo que, con su aggiornamento, buscaba ajustarse a su tiempo, proceso que alcanzaría su cúspide con el Concilio Vaticano II iniciado en 1962 en su pontificado y concluido en 1965 por su sucesor Pablo VI ³ (Villar, 2012). Este último, líder de la Iglesia durante los años restantes de la década de los sesenta, se mostró en una actitud reflexiva ante los cambios a los que se enfrentaba su institución, prestando principal atención a los problemas de los países con bajos niveles de desarrollo y progreso. El tercer mundo, y especialmente América Latina, se situaron en el foco de sus preocupaciones, las cuales fueron compartidas con los espacios laicos; es decir que tanto los campos religiosos como los que no lo eran (entiéndase por estos los escenarios políticos, económicos, culturales y sociales) concordaron y mantuvieron coherencia en cuanto a los temas de la agenda global. Aquí quizás el que mayor relevancia tuvo fue el problema demográfico que, como menciona Hobsbawm (2015), definió al tercer mundo.

La visión compartida de la realidad, con nociones como desarrollo y subdesarrollo, promovió el viraje de la iglesia hacia el progreso, como meta o destino a alcanzar. En la encíclica *Populorum Progressio* el Papa Pablo VI definió los mecanismos para el progreso de los pueblos:

El desarrollo de los pueblos y muy especialmente el de aquellos que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignorancia; que buscan una más amplia participación en los frutos de la civilización, una valoración más activa de sus cualidades humanas; que orientan con decisión hacia el pleno desarrollo; es observado por la iglesia con atención. Apenas terminado el segundo Concilio Vaticano, una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico obliga a la iglesia a ponerse al servicio de los hombres, para ayudarles a captar todas las dimensiones de este grave problema (...) Hoy el hecho más importante del que todos deben tomar conciencia es el de que la cuestión social ha tomado una dimensión mundial, Juan XXIII lo afirma sin ambages, y en el Concilio se ha hecho eco de esta afirmación en su constitución pastoral sobre la iglesia en el mundo de hoy. Esta enseñanza es grave y su aplicación urgente. Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos. La iglesia sufre ante esta crisis de angustia, y llama a todos, para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos. (*Populorum progressio*, carta encíclica)

³ Para profundizar en la reunión episcopal Vaticano II se recomienda ver Villar, J. R. (2012). La hermenéutica del Concilio Vaticano II. *Scripta Theologica*, 44(3), 615; igualmente se recomienda Martí, P. (2013). La espiritualidad cristiana en el Concilio Vaticano II. *Scripta Theologica*, 45(1), 153.

Bajo esta lógica, el Papa se pronunció frente al crecimiento demográfico, señalándolo de ser un impedimento para el desarrollo de los países menos desarrollados, pero también en contra de los métodos modernos para ponerle freno, por considerar que amenazaban la vida humana⁴. Por una parte consideraban que era importante mitigar el crecimiento de las poblaciones, pero por el otro condenaban los mecanismos de control natal tales como la píldora y el preservativo. Esta postura se reflejó en la encíclica *Humano Vitae*, promulgada en 1968, en la cual Pablo VI reflexionó sobre los peligros morales y religiosos de introducir en el acto de procreación (considerado como sagrado) mecanismos artificiales que pudieran controlarlo, o en su defecto suprimirlo. Las consecuencias serían catastróficas pues se afectaría no sólo a los individuos sino a la familia al incitar al acto sexual irresponsable.

De esta forma la sexualidad y el problema demográfico entraron en el radar de una iglesia que buscaba reinventarse frente a un mundo en mutación, pero sin dejar de lado su anclaje moral.

2. Colombia en los años sesenta

La sociedad colombiana también presencié los cambios y participó de las discusiones que el contexto global estaba generando. Las preocupaciones en torno al crecimiento demográfico, las libertades sexuales y reproductivas, la transformación del rol de la mujer en la sociedad, los impactos sociales del subdesarrollo y las expresiones organizadas del socialismo penetraron en el país generando un clima convulso que se expresó en la transformación generalizada de la sociedad que, después de estar tanto tiempo arraigada a las tradiciones heredadas del pasado, especialmente en el terreno religioso, ahora veía en el cambio una nueva etapa para el país.

Esto ocasionó que chocaran dos mundos. Por una parte las transformaciones de la cultura prometían el progreso de la sociedad y, por el otro, la tradición se pronunciaba sobre las supuestas perversiones que traía consigo esta nueva cultura. A medida que se miraba el contexto como un periodo que hacía posible el progreso, la sociedad colombiana, organizada desde la experiencia de la fe (con la mentalidad católica arraigada en los colombianos) lo miraba como un periodo decadente, en donde los valores sociales y éticos

⁴ Con esta toma de postura el progreso ingresó en el vocabulario religioso, entendido como estado inmediato a alcanzar; la conciencia de su desigualdad se convirtió en un problema de dimensiones globales que afectaba a los países hambrientos, es decir, al tercer mundo.

(entiéndase religiosos) se iban perdiendo. En cada una de las esferas de la sociedad se hacían sentir los vientos de renovación social, los cuales llegaron a materializarse muy paulatinamente, quizás no sólo por el rol de la Iglesia, sino también por la mentalidad de las personas y por las características mismas del país que hicieron que el cambio fuera más difícil de lograr. En un país en donde las inequidades y las brechas sociales aún se hacían sentir, y en donde la religiosidad definía la identidad –la colombianidad como la ha definido Arias (2003)-, cualquier tipo de renovación nadaba entre mares turbios.

Sin embargo, a pesar de esta realidad, el país pasó por una transición, la cual entendemos como la influencia del contexto expresada en pequeñas dosis, ya que poco a poco, al no poder permanecer aislada del mundo, la sociedad colombiana comenzó a ser protagonista de pequeñas modificaciones en su estructura social. Las más sustantivas se dieron en el ámbito de la sexualidad (y con esta el rol de las mujeres) y en el control natal. Primeramente, las mujeres que ya contaban con una mayor libertad, aunque aún un poco dosificada, desde que los gobiernos liberales incentivaron su ingreso a las universidades y espacios laborales y desde que bajo el gobierno de Rojas Pinilla accedieron al voto, ahora con las transformaciones de la moda y la promoción de los métodos anticonceptivos pudieron contar con mayores posibilidades de realización. La administración de su propio cuerpo (derechos reproductivos) y los espacios ganados en la sociedad, contribuyeron a que la construcción social de la mujer, y por ende la feminidad, en muchos escenarios, cambiara⁵: pasaron de ser sujetos pasivos inmersos en un mundo tradicional que definía sus roles en la sociedad a sujetos activos que buscaban desprenderse de los encasillamientos de la tradición (Torres, 2014)⁶. En el plano del crecimiento demográfico, esta nueva mentalidad femenina jugó un papel importante, contribuyendo a reducir el número de nacimientos, debido a que se tuvo una conciencia más plena de los métodos de control natal. A todo ello se agrega que pudieron aspirar a cursos universitarios logrando, por lo tanto, incorporar en ellas dos roles que en épocas precedentes eran incompatibles: ser madres y profesionales.

Las campañas llevadas a cabo por el Estado, lideradas especialmente por Alberto Lleras Camargo y posteriormente por Carlos Lleras Restrepo, así

5 Es importante anotar que, si bien en el periodo se abrieron muchas oportunidades de desarrollo social para las mujeres, este cambio no llegó a todos los rincones del país ni a todos los campos de la sociedad. Entre las mujeres de las clases elevadas, y aquellas que se encontraban en los espacios urbanos se experimentó más rápidamente el cambio, en comparación con los escenarios rurales y los estratos más bajo de la sociedad.

6 Para profundizar en la relación entre el control natal y la transformación del rol católico de las mujeres en los años sesenta, se recomienda ver Torres Bryon, A. D. (2014). Colombia: la Iglesia católica y el control de la natalidad en los años sesenta. *Historia y espacio*, (43). Retrieved from <http://dbvirtual.uniatlantico.edu.co:2940/apps/doc/A472989299/IFME?u=uatlan&sid=IFME&xid=84cfd053>.

como la naciente conciencia sobre los problemas que acarrearía el aumento poblacional, llevaron al país a reducir poco a poco el número de su población (Tirado, 2014). Entre los años 1950 a 1964 la población creció aceleradamente porque los índices de mortalidad descendieron mientras que los de fecundidad aumentaron, generando la llamada “explosión demográfica”. Por su parte, a partir de 1965 el número de nacimientos decayó, y juntamente con los ya bajos niveles de mortalidad, la población disminuyó (Gaviria, 2007). Esto se debe en parte a la naciente conciencia social (consecuencia de la revolución sexual) pero también a la labor de instituciones como Asociación Pro Bienestar de la Familia Colombiana que desde 1968 pasó a llamarse simplemente Profamilia. Esta institución jugó un papel importante en la transición demográfica del país al instruir a las mujeres en el uso de los métodos control natal, incentivando su uso a un porcentaje de la población. Esto abrió nuevas oportunidades a las mujeres puesto que vislumbraron otras posibilidades para el desarrollo de sus vidas, en otras palabras, pudieron ser autónomas en sus decisiones de cara al futuro.

En el campo laboral también se sintieron las presiones de la época, con sus “agitadas” expresiones. El Marxismo brindó bases sólidas a todos los grupos sociales que sentían malestar por las implicaciones sociales y políticas del capitalismo, lo que propició el surgimiento de varios sectores manifestantes, de distintos y variados campos sociales del espacio social colombiano. Intelectuales, campesinos, estudiantes, artistas e incluso un sector del catolicismo, percibieron en los planteamientos Marx el lente que permitía ver “claramente” a la sociedad colombiana. Esto trajo como consecuencia la expansión de las ideas denominadas por distintos sectores y medios como comunistas, y con ellas el rechazo generalizado ante lo que se consideraba una amenaza al orden natural de las cosas. Especialmente la Iglesia Católica vio en la experiencia cubana⁷ y su influencia en los países latinoamericanos un peligro para el ordenamiento social, contribuyendo a desestabilizarlo. El Papa Pablo VI decía que el comunismo:

procura y prepara la revolución violenta como único medio de solucionar problemas. (...) “El ateísmo marxista en Latinoamérica está presente y activa la propaganda anticatólica por varias vías, propaganda que amenaza la unidad espiritual del Continente, causa incertidumbre

7 El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 inspiró a los movimientos comunistas presente en distintos países de América Latina a pensar que era posible un cambio en las estructuras sociales. Para los Estados Unidos y la iglesia católica el ejemplo de Cuba era una amenaza para la estabilidad en la región, razón por la cual emprendieron una campaña en buscando frenar su avance. Para los Estados Unidos fue el programa Alianza para El Progreso, mientras que para la iglesia católica consistió en afianzar la fe y condenar al comunismo.

y dudas, provoca desconfianza hacia la Iglesia Católica y confunde a las buenas gentes. (El Tiempo. 25 de noviembre de 1965)

En Colombia la lucha contra las corrientes de izquierda por parte del catolicismo era de vieja data. Prácticamente desde la formación del Estado-Nación las prácticas políticas de izquierda y sus postulados sociales y culturales fueron considerados anticatólicos, sobre todo por el peso que ejercía la visión de la Iglesia Católica, que caracterizaba dichas prácticas como herederas de la tradición ilustrada ateísta. Así, el comunismo y el marxismo eran en el lenguaje religioso católico manifestaciones que iban en contra de la religión, en contra de los designios de Dios, principalmente porque atentaban contra un ordenamiento divino de la sociedad, donde la pobreza y las inequidades sociales se consideraban como parte de una división natural, en donde el pobre y el más acongojado sufría para luego encontrar refugio en la salvación.

La pobreza entonces era un estado terrenal que debía vivirse para luego encontrar la recompensa, contribuyendo a naturalizar sobre el espacio social las inequidades sociales, producto de una serie de acciones de los individuos y del Estado. Entre estos, el crecimiento demográfico y la expansión de los llamados cinturones de miseria contribuyeron a desmejorar la calidad de vida de las personas, al tiempo que la brecha social entre el campo y la ciudad se hacía más amplia. Todo esto fue creando la noción que en Colombia el subdesarrollo se había insertado en la misma estructura social, como un problema de larga duración, y que para el contexto comenzaba a hacerse visible con la toma de conciencia de dicha problemática.

Para la Iglesia Católica significó la revisión interna de su visión de mundo, sobre todo frente a los cambios que se generaban poco a poco en la sociedad colombiana, puesto que, como lo mencionamos párrafos más arriba, las transformaciones del contexto y sus implicaciones locales llevaron a la sociedad colombiana a insertarse en las dinámicas modernas, al tiempo que se transformaban las estructuras y el ordenamiento social. Los prelados católicos se enfrentaron a una sociedad que coqueteaba con la modernidad social, y amenazaba con la deslegitimar al catolicismo, extrayéndole relevancia en el espacio social. En otras palabras, se corría el peligro de borrar de la identidad colombiana el componente católico que, como un hilo de sangre, se insertó en las personas.

A razón de esto, se hizo necesario confrontar dos visiones mundo que, a

pesar de parecer excluyentes y anularse mutuamente, entablaron un diálogo que logró, por lo menos desde el discurso, flexibilizar la posición de la Iglesia sin que se diluyera entre los mares de cambio el *habitus colombiano*, entendido como una identidad religiosamente católica.

3. El catolicismo en Colombia como *habitus religioso*

Colombia es un país católico cuya religión se encuentra insertada en el ADN de sus habitantes, hasta el punto de identificarse culturalmente como el país del sagrado corazón de Jesús. Esta idea subyace en el ser del colombiano, que se ha construido como sujeto religioso a partir de una serie de acontecimientos de larga duración que atraviesan toda la historia del país, lo que ha hecho que se construya un *habitus religioso* (Bourdieu, 2009) determinante en su visión del mundo, que se encuentra incluso en los primeros momentos de configuración del Estado-Nación en el siglo XIX, proceso atravesado por guerras civiles entre los principales partidos políticos (liberal y conservador) y acompañado, en el debido momento por la iglesia, como sucedió en la guerra de los supremos (1839 – 1842), en donde el catolicismo, como lo ha explicado González (2006), se alió con el conservatismo para poner freno a las pretensiones y prácticas políticas de los liberales que se esgrimían como la antítesis de la moral católica, propiciando así una distinción entre dos bandos diametralmente opuestos.

De esta forma, liberalismo y catolicismo pasaron a ser, casi que desde el mismo momento de la configuración del Estado, agentes opuestos en el espacio social colombiano, con intereses propios y agendas incompatibles que chocaron a lo largo del siglo XIX y hasta mediados del XX, provocando la mayoría de las veces pronunciamientos reaccionarios por parte de la jerarquía católica. Coyunturas políticas como la constitución de Rionegro de 1863 de los liberales radicales, que se derrumbaría en la regeneración de Núñez y su constitución del año 1886 (de vigencia hasta bien entrado el siglo XX), así como el concordato de 1887 desde el cual se le devolvió a la Iglesia Católica su posición de privilegio en la configuración del entramado social al entregarle nuevamente la tutela de la educación desde la cual inculcaron valores políticos (cobijados por el manto de la religión) que impidieron la creación de una conciencia secular y al mismo tiempo civil (Palacios y Safford, 2002), provocaron que el discurso de la Iglesia se radicalizara hacia toda manifestación que implicara o promoviera un cambio político y cultural. Toda esta situación se hizo mucho más fuerte con el tiempo, especialmente en los primeros años del siglo XX, frente a los supuestos

peligros que acarrea la modernización del país, representada inicialmente en el gobierno Liberal y en la Revolución en Marcha iniciada en el gobierno de López Pumarejo⁸.

Esta oposición en contra de la modernización, que según el episcopado lesionaba la estructura social y moral del país, se entiende como un rechazo a las posibles transformaciones de fondo que podrían tambalear el lugar de privilegio que habían logrado obtener con el paso de los años al instaurarse en la estructura social del país, reproduciéndose en ella a través de la acumulación de un capital cultural y simbólico que les permitió desplazarse desde su campo de producción (religioso) hasta el campo político, y a partir de allí permea todo el espacio social colombiano, definiendo las bases de la colombianidad⁹ a partir de la moral católica, implicada en todos los escenarios de la vida de las personas.

De lo anterior consideramos a la identidad religiosa como una construcción que se dio a partir de la penetración que hizo el catolicismo a todos los campos sociales (escenarios de la sociedad), que constituyen el espacio social (sociedad en su conjunto), a partir de una serie de acciones dirigidas a su propia reproducción como cuerpo social (institución) (Bourdieu, 2011), que fueron posibles gracias a la cohesión que se estableció entre el escenario político (de un partido específico) y el religioso, con perdurabilidad en el tiempo. Esto conllevó a que se crearan unas identidades religiosas bien marcadas, que con el tiempo se enraizaron en la identidad nacional. A este fenómeno lo hemos denominado, como arriba lo mencionamos, *habitus religioso*, entendiéndolo como la incorporación de los valores católicos y morales en el individuo y que le dictan los parámetros por medio de los cuales debe regir su vida privada y social. Es una forma de dominio simbólico sobre la conducta individual y grupal que asegura el control social de las personas, y perpetúa a la iglesia a través de su representación en el cuerpo social que colinda entre el espacio privado y el público: la familia.

Es en el núcleo familiar en donde se organizan y definen los roles sociales en relación con el género, y donde se aprenden las conductas y valores que se replican fuera del hogar. Es, en otras palabras, el engranaje que estructura

8 Se considera por Revolución en Marcha las transformaciones sociales, políticas, religiosas y culturales que pretendía implementar el primer gobierno del expresidente López Pumarejo, que en un primer momento se quisieron materializar en la reforma constitucional de 1936 y que enfrentó fuertemente a una facción de los liberales con los conservadores y la iglesia católica. Para este caso específico se recomienda consultar Arias, Ricardo (2000). "Estado laico y catolicismo integral" en Colombia: la reforma religiosa de López Pumarejo.

9 Ricardo Arias ha demostrado que para el siglo XIX y gran parte del XX ser colombiano era sinónimo de ser católico, a lo que él ha denominado colombianidad. Ver Arias, Ricardo (2003). El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850 – 2000). Bogotá. Ediciones Uniandes.

la sociedad, y la religión católica como estructurante de la buena moral debió consolidar una buena estructuración familiar que le asegurara una perdurabilidad por efecto de la multiplicación de valores (eficacia simbólica), cuya finalidad era dictaminar cuáles era las buenas y las malas prácticas en la sociedad. Siguiendo a Bourdieu (2009) fue finalmente un ejercicio de reproducción social que se consagró a través del *habitus religioso (católico)*, “lo explica sin duda la atención extrema que la jerarquía católica atribuyó a todo lo relacionado a la familia y a su función de reproducción biológica y social (por tanto, moral), en materia de educación religiosa” (p.146).

A razón de esto, el catolicismo promulgó durante mucho y en distintos momentos la defensa de la familia y de los valores que la cimentaban debido a que eran transversales al funcionamiento de la sociedad. Elementos como el rol social de la mujer (que se entendía como el diálogo de dos espacios, el público y el privado) y por extensión su sexualidad, el rol de la educación religiosa frente a la laica (que ponía sobre el tapete de la discusión la categoría de los niños¹⁰) y las bases de la unión matrimonial fueron desde siempre los pilares sobre los que sustentaba el espacio social colombiano, el cual se entendía como ordenado por la voluntad divina, superior a la voluntad de los hombres. Esto repercutió en una mirada ahistórica de la Iglesia Católica colombiana frente a los cambios del contexto en distintos periodos, principalmente por la amenaza de perder el posicionamiento social con el que gozaban.

Es así como entre los años sesenta y setenta, el episcopado colombiano vio en las transformaciones globales de repercusión local las amenazas de una modernización que ya no podía detenerse, y cuyos efectos se verían en todos los ámbitos sociales. Ante esto, y con la presión del Concilio Vaticano II, el catolicismo colombiano respondió con sospecha puesto que mientras una parte del clero, influenciada por la teología de la liberación, abrazaba el cambio¹¹, otros lo miraban como amenazante. El resultado fue una serie de fricciones internas, pero, principalmente, una

10 Los niños eran divididos en dos categorías dependiendo de su oportunidad de nacimiento, es decir, si nacían en el seno de un matrimonio legalmente constituido o por fuera de este. La iglesia católica que administraba la mayoría de colegios de carácter religioso (colegios privados y de buena calidad) tenían en cuenta la unión y relación de los padres para aceptarlos en los colegios, dividiéndolos en niños legítimos e ilegítimos. Estos últimos no eran aceptados en dichos planteles educativos. Sin embargo, con las reformas de la Revolución en Marcha se pretendió permitir el ingreso de los infantes a todo tipo de colegio, sin importar su oportunidad de nacimiento. Se recomienda ver Arias, Ricardo (2003). El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850 – 2000). Bogotá. Ediciones Uniandes. Igualmente Tirado, Mejía (1981). Aspectos políticos del primer gobierno de López Pumarejo, 1934 – 1938. Bogotá. Procultura, Instituto Colombiano de Cultura.

11 Esto se reflejó, por ejemplo, en una posición y conciencia más humanas frente a los problemas de la sociedad colombiana, lo que llevó a que se creara en el país desde finales de los años cincuenta la democracia cristiana como cuerpo político y a la vez católico, cuya finalidad era impactar positiva e “inmediatamente” en la sociedad. Ver Arias Trujillo, Ricardo (2009). La democracia cristiana en Colombia (1959 – 1960). Observaciones preliminares. Historia crítica (noviembre). 188 – 216.

posición fuertemente escatológica ante los problemas implicados en el subdesarrollo de la región y del país¹².

4. El episcopado colombiano frente al desarrollo y la cuestión social en la Conferencia Episcopal Latinoamericana

Celebrada en la ciudad de Medellín en 1968, la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana fue reflejo de las transformaciones de la Iglesia Católica en la década de los sesenta como producto de la celebración del Concilio Vaticano II. La idea principal era discutir, entre todos los prelados latinoamericanos, la mejor forma de implementar las nuevas normativas de la Iglesia al contexto latinoamericano, una región que para la época se encontraba entre las conflictivas del mundo debido a la serie de problemas sociales que la afectaban, tales como altos niveles de pobreza, la explosión demográfica, los problemas salariales y de participación política (que se reflejaba en la constitución de movimientos sociales) y el crecimiento urbano acelerado (cuyo efecto fue la proliferación de los cinturones de miseria en torno a las ciudades), los problemas del campesinado para acceder a la tierra y sus altos niveles de analfabetismo, por mencionar unos pocos. América Latina era entonces un continente necesitado por Dios, más en un momento en donde el *desarrollo* se asomaba como una necesidad para alcanzar la prosperidad económica y social, considerada como sinónimo de progreso.

Esto se explica porque los problemas ya mencionados contribuyeron a categorizar a la América hispanohablante y al Brasil como países subdesarrollados, es decir, en donde los niveles y condiciones de vida eran sustancialmente diferentes y distantes a los del llamado primer mundo. Hecho que provocó una serie de debates, estudios y propuestas que tenían como finalidad promover el desarrollo en el continente y en los otros territorios considerados tercermundistas. Es así que en el periodo que comprende los años desde mediados de los años cincuenta, y las décadas de los sesenta y setenta llegaron a diferentes países latinoamericanos y a Colombia expertos en distintas áreas del saber con la finalidad de estudiar la región e implementar planes adecuados para propiciar el desarrollo; uno

¹² Hay que resaltar que, si bien la iglesia inició un proceso a nivel mundial de renovación religiosa y social, el episcopado latinoamericano y especialmente el colombiano se arraigaron fuertemente a la tradición, proponiendo soluciones divinas para problemas sociales reales y palpables. Se recomienda ver Pérez Prieto, V. (2016). Los orígenes de la teología de la liberación en Colombia: Richard Shaull, Camilo Torres, Rafael Avila, "Golconda", sacerdotes para América Latina, cristianos por el socialismo y comunidades eclesiales de base. Cuestiones Teológicas, 43(99), 73.

de los principales problemas que enfrentaba el país en ese momento era un bajo crecimiento económico y altos niveles de pobreza que amenazaban con frenar el progreso social (Gaviria, 2016). La solución común a la que llegaron todos los expertos que veían a la región desde la distancia que establece la no habitabilidad, fue la necesidad de impulsar el desarrollo, entendiendo que éste fue concebido desde los parámetros establecidos por el mundo europeo y anglosajón.

Como consecuencia, en los años sesenta y setenta el desarrollo como concepto y como práctica asociada a la idea de progreso se puso en boga y en todos los ámbitos de la sociedad se impuso como ideal a alcanzar. Aunque la forma de concebirlo y, por ende, de alcanzarlo varió dependiendo de cada sector e institución, lo cierto es que éste penetró en los diferentes campos del espacio social: desde el campo político, hasta el económico, cultural y religioso, todos hablaban de desarrollo:

La realidad (...) había sido colonizada por el discurso del desarrollo, y quienes estaban insatisfechos con estado de cosas tenían que luchar dentro del mismo espacio discursiva por porciones de libertad, con la esperanza de que en el camino pudiera construirse una realidad diferente (Escobar, 2007, p.22)

En resumidas cuentas, el espacio social fue dominado por esta idea, convirtiéndose en una especie de capital simbólico de todos los países desarrollados y en vía de desarrollo, al tiempo que se constituyó lo que podríamos denominar un mercado lingüístico (Bourdieu, 2001) de alcance universal. Tanto fue su nivel de penetración que quienes compartían parcial, limitada o totalmente esta noción de mundo, así como quienes no lo hacían, tuvieron que ingresar a disputar espacios de acción en la realidad social cobijados bajo el mismo discurso, con las variantes propias que cada actor e institución social le impregnó. En otras palabras, el desarrollo se dividió en muchos desarrollos. es decir, fue interpretado de diversas formas.

La Iglesia Católica, como se demostró, no fue ajena a esta discusión, por lo que incluyó en su agenda el discurso desarrollista, asumiendo éste la forma de bien anhelado, sinónimo de progreso. Un progreso que se sustentaba en la acción divina, por ende, en la acción del catolicismo en la sociedad. Siguiendo la tradición escatológica de la recompensa en un reino extraterrenal, el desarrollo se concibió por parte de la Iglesia Católica como una transformación estructural que debía tener

la sociedad para poder generar un progreso a largo plazo, puesto que sólo las acciones de los individuos creyentes en Cristo (esto es seguir las normas de comportamiento dictaminados por la iglesia) podían asegurar el crecimiento social. Así, por ejemplo, en el discurso de apertura de la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana se afirmaría que:

(...) a nuestro modo de ver, la llave para resolver el problema fundamental de América Latina, la ofrece un doble esfuerzo, simultáneo, armónico y recíprocamente benéfico: proceder, sí, una reforma de las estructuras sociales, pero que sea gradual y por todos asimilables y que se realice contemporánea y unánimemente, y diríamos, como una exigencia de la labor vasta y paciente encaminada a favorecer la elevación de la “manera de ser hombres” de la gran mayoría de quienes hoy viven en América Latina. Ayudar a cada uno a tener plena conciencia de su propia dignidad, a desarrollar su propia personalidad, dentro de la comunidad que es miembro, a ser sujeto consciente de sus derechos y de sus obligaciones, a ser un elemento válido de progreso económico, cívico y moral de la sociedad a la que pertenece: esta es la grande y primordial empresa, sin cuyo cumplimiento cualquier cambio repentino de estructuras sociales sería un artificio vano, efímero y peligroso. (Revista Javeriana, 1968)

De esta forma, el progreso se vinculaba a las acciones de los hombres en el marco de la religiosidad católica, con los prelados como guías. Las reformas a las estructuras sociales no aplicaron a la iglesia quien siguió manteniendo un lugar de privilegio en el entramado social, pronunciándose desde sus tribunas sobre lo bueno y lo malo, lo moral y lo inmoral en la sociedad, sólo que esta vez lo hicieron bajo el marco discursivo que se creó con la emergencia de la idea de desarrollo. Aquellos elementos que antes contaminaban la vida de las personas y no les permitían un contacto con Dios –comprometiendo la salvación– en los años sesenta y setenta se convirtieron en un impedimento para el alcanzar el progreso. Se creó una conciencia más terrenal de los problemas (sin abandonar la visión escatológica), ya que sus impactos negativos eran inmediatos, comprometiendo la posibilidad de lograr algún nivel de desarrollo. Así, las preocupaciones fueron compartidas y prácticamente transversales a todos los países latinoamericanos: los altos índices de pobreza, el crecimiento demográfico, la violencia, la familia y la juventud fueron los temas centrales de la Conferencia Episcopal, arropada bajo el manto del progreso y el desarrollo.

Por lo tanto, para ajustarse a las exigencias del entorno el discurso del catolicismo se mostró, por lo menos semánticamente, moderado y conciliador con la realidad inmediata, siguiendo la línea trazada por el Concilio Vaticano II. Pues, de esta forma, se aseguraba una participación en ese mundo que se conocía como moderno. Puede leerse esta transformación discursiva de la iglesia, mirada desde su globalidad, es decir como institución conjunta, como una estrategia de reproducción social en ese contexto convulso y volátil que fueron las décadas de los años sesenta y setenta, que le permitió seguir jugando un papel fundamental en una sociedad que cada vez la veía como una institución atemporal, renuente al cambio. Los temas tratados en la Conferencia (mencionados arriba) y la forma en que fueron abordados evidencian la dualidad entre cambio y permanencia. Por una parte, se ve una agenda actualizada y al día con las transformaciones y exigencias del contexto, pero por el otro se vislumbra una iglesia a la que le costaba entender la realidad a la que se enfrentaba por fuera de su campo que, en el caso colombiano también presentó fricciones internas principalmente por la forma en abordar la cuestión social¹³.

En un campo en el que se mueven diferentes actores, asociados por la pertenencia al campo, es decir a su esencia, la Iglesia Católica contaba en ella con jerarquías y divisiones laborales que determinaban cuantitativa y cualitativamente sus acciones en la sociedad (Bourdieu, 2011), específicamente, en relación a la cuestión social. Esto quiere decir que la forma de concebir y abordar el problema social que afrontaba América Latina varió dependiendo de la posición social de los prelados en la institución religiosa. Por parte de la alta jerarquía se consideró que la solución al problema debía ser de carácter religioso, es decir, como recompensa en Cristo; mientras que otros grupos de prelados que eran más conscientes problemas sociales, la respuesta estaba por fuera de las soluciones escatológicas, debían ser más humanas: el marxismo y las corrientes humanísticas que por ese tiempo encontraban espacios en las nascentes ciencias humanas (historia, filosofía y sociología) otorgaron las herramientas a los prelados para abordar los problemas sociales. Fue en este punto en donde surgieron las fricciones, puesto que se consideró que parte del “bajo clero” se acercó a las doctrinas contrarias al catolicismo (abrazando el comunismo) –como fue el caso del padre Camilo Torres quien se unió al Ejército de Liberación Nacional (ELN)-, entendiéndose

¹³ Ver Tirado Mejía, Álvaro. (2014). Los años sesenta. Una revolución en la cultura. Bogotá. Debate; Arias, Ricardo (2003). El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850 – 2000). Bogotá. Ediciones Uniandes

que todo lo que estaba por fuera del campo religioso, y por lo tanto contrario a él, se consideró como una laceración y/o profanación.

Esta postura de las altas jerarquías de la Iglesia Católica colombiana no sólo se expresó a nivel interno, sino también en la Santa Sede, especialmente en lo que se refiere a transformaciones de fondo (Arias, 2009a), sin embargo, el cambio no llegó a ser sustancial y suficiente, limitándose a acoger las modificaciones en el plano litúrgico y ritual (Arias, 2009b).

4.1 Los obispos de América Latina hacen examen de conciencia

En el momento en que se abrieron las puertas de la Universidad Javeriana en 1931, la revista del mismo nombre jugó un papel importante en la configuración de la identidad católica en Colombia a partir de los años treinta del siglo XX. Desde esta publicación, el catolicismo inicialmente hizo frente a los procesos de modernización llevados a cabo por los gobiernos liberales en el quinquenio de 1930 – 1945, y posteriormente se consolidó como la ventana informativa sobre la realidad católica (en conjunto con la cultural, política y social) del país. Por lo tanto, en sus páginas se recogieron todos los debates y consignas en torno a la fe católica, especialmente en el marco de la reunión de los preladados latinoamericanos.

En la introducción del documento final de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (Revista Javeriana, 1968) se leía que “América Latina está evidentemente bajo el signo de la transformación y el desarrollo. Transformación que además de producirse con una rapidez extraordinaria, llega a tocar y conmover todos los niveles del hombre, desde el económico hasta el religioso”, evidenciando, como se mencionó anteriormente, la necesidad, frente a la carencia, de propiciar el desarrollo en ese espacio olvidado del continente. La reunión, entonces, tal y como se evidencia en las publicaciones de la Revista Javeriana (1968), se enfocó en analizar cada uno de los tópicos asociados a los que se consideró en su momento los pilares del progreso y el desarrollo que, entendidos por la iglesia, se asociaban a todos los ámbitos de la vida. Contemplando, como consecuencia, a la sociedad como un órgano más complejo y diversificado, relacionado más con una sociedad móvil, cambiante, que con una rígida, inamovible y estructurada. En otras palabras, se discutió sobre los retos que imponía un mundo nuevo.

De manera global La presencia de la iglesia en la transformación de América Latina a la luz de Concilio Vaticano II –nombre que recibió el conjunto de

ponencias en torno a las cuales se discutió el rol de la Iglesia Católica en América Latina- se centró en los temas en su momento considerados como actuales tales como la juventud, el crecimiento demográfico (asociado directamente a la familia), la radio y la televisión, la desigualdad social y el llamado mencionado desarrollo como idea que aglutinaba a todas las anteriores. Se entiende que cada una de estas discusiones hacía parte del contexto histórico del momento, y por lo tanto hay que entenderlas más como una penetración de este en las estructuras eclesíásticas que como un renovado interés de la iglesia por volcarse hacia su realidad inmediata, evidenciándose en la forma y fondo de los mensajes asociados aún a unas estructuras discursivas tradicionales, es decir, a unas soluciones más divinas que terrenales. Esto nos permite afirmar que en este periodo la dimensión del contexto y la fuerza con la que se desarrolló¹⁴ redefinió en gran medida, casi que en su totalidad, a todos los campos sociales.

Para ejemplificar mejor lo antes mencionado, y como recurso metodológico que nos permitió abordar los temas expuestos en la conferencia, dividimos la totalidad de las intervenciones en una serie de tópicos globales que nos permitieron entender mejor la posición de la iglesia. La sociedad de consumo y su sistema económico capitalista, la familia católica y la juventud salieron a relucir como problemáticas que acogían en ellas las transformaciones del contexto al ser los espacios más susceptibles de experimentar cambios. En otras palabras, en ellas se condensaron las preocupaciones inmediatas de la Iglesia Católica.

4.2 La sociedad de consumo y el subdesarrollo

Con la explosión del sistema capitalista y la consolidación de la sociedad de consumo en los años sesenta, el discurso de desigualdad entre países desarrollados y subdesarrollados caló más profundamente en las estructuras sociales. No ajena a esta discusión la Iglesia Católica generó sus propias interpretaciones en torno a la desigualdad y a las consecuencias sociales y morales de la abismal diferencia entre los países poseedores de “riquezas” frente a los que menos poseían; para ella la sociedad capitalista y la cultura de consumo encarnaban un sistema desigual que contribuía a ahondar las diferencias existentes, pero que también corrompía a la sociedad en general, pues sus valores y reglas eran de carácter terrenal y no espiritual. El apego a las cosas materiales y la circulación de capital fueron entendidos como lacerantes a la religión y por ende a Dios, alejando a quienes sucumbían a ellos de la

¹⁴ Nos referimos a las transformaciones sociales que se dieron a lo largo del periodo a nivel global y cuyas repercusiones se evidenciaron en espacios locales.

salvación, mientras que aquellos que se sufrían los impactos del subdesarrollo recibirían la recompensa divina, la cual se acercaba cada vez más a una retribución terrenal, con relación al sufrimiento en vida para alcanzar la gloria divina. Se comprende esta postura porque las problemáticas eran directas e inmediatas.

En clara diferenciación entre el primer y el tercer mundo, la Iglesia denominó continentes de esperanza (Revista Javeriana) al segundo debido a que al no estar permeada por la sociedad de consumo, pero si abatido por las carencias sociales, se consideraba que:

(...) somos la esperanza. Somos los mudos y ciegos continentes a los que apenas ahora llegan los ojos y la voz. Cada quien y en cada instante somos no solo el antes y el ya sino somos también el ahora y el después que fulgura o se evade en cuanto lo elaboramos o lo eludimos; somos aquel pensador de bronce y sueño que labra su mañana y su aventura (...) porque Cristo está aquí y allí y con El los cristianos como el metal sigue al imán, crucificados por el hambre de los que tienen hambre, adolidos por el dolor de cuanto sufren dolores, agobiados por la miseria de quienes padecen miseria (...) no busquemos a Cristo más allá de las nubes, está aquí con nosotros. No lo busquemos en la riqueza sórdida ni en la orgía de los consumos opulentos, porque allí no está Cristo. (...) No busquemos a Cristo en el trabajo esclavizado porque no lo hallaremos. No busquemos a Cristo en el calvario atómico, ni en los bienes superfluos acumulados, ni en una sociedad materializada, ni en los sitios en donde juega la ruleta de la destrucción. (Revista Javeriana, 1968)

Según la visión de la Iglesia Católica, América Latina y en términos generales el Tercer Mundo, era una comunidad nueva que en un contexto inhóspito debía aprender a vivir con las carencias y desventajas que poseía frente a las naciones del primer mundo, las cuales encarnaban los desfases de un sistema social¹⁵ volcado hacia los placeres terrenales asociados a la opulencia y el consumo de bienes materiales. En oposición a esto, cobijada en la idea de la caridad y cuidado frente al pobre, inspirada el espíritu *mariano*, la iglesia reemplazó en los países en subdesarrollo la pobreza individual del individuo caído en desgracia por la pobreza colectiva, situando a Dios y a Cristo en el centro de estas sociedades puesto que:

¹⁵ Nos referimos al capitalismo como sistema social, al contemplar su nivel de permeabilidad en toda la estructura social.

(..) “el misterio de la comunidad cristiana resuelve la problemática del subdesarrollo: es la orden de avanzar unidos, nadie en rezago, es la marcha arrolladora de la integración y la solidaridad de que habla S.S. Pablo VI en le encíclica *El Desarrollo de los Pueblos*”. (Revista Javeriana, 1968)

En este orden de ideas, entendemos entonces que para la Iglesia Católica la salvación ya no se medía en unidades de individuos, sino en comunidades enteras representadas en los países del Tercer Mundo. El sistema capitalista que distinguía entre poseedores y carentes de bienes asociados a la garantía de un nivel de vida “digno”, reflejó para el catolicismo el detonante temporal de los problemas sociales y de los males que aquejaban a la sociedad moderna. Entre estos se resaltan la liberación sexual, la transformación de la familia, el comunismo y las inequidades sociales, medidas estas últimas en términos económicos y culturales; problemas que si bien en el contexto de los años sesenta y setenta irradiaban a gran parte del globo, impactaban más fuertemente a los países subdesarrollados que por su misma estructura social no estaban preparados para el cambio.

De allí que América Latina y en especial Colombia debían ser modelos de paz en Dios, ya que eran territorios azotados por el conjunto de problemas que definían el subdesarrollo, que eran consecuencia directa de un sistema económico inequitativo. En el caso colombiano, dicha inequidad era visible en las desigualdades sociales, los altos niveles de pobreza y las condiciones del campesinado, cada vez más azotado por los despojos de las tierras, el olvido del Estado y un intento de reforma agraria que poco contribuyó a mitigar sus infortunadas condiciones.

4.3 La familia en contexto

Para la Iglesia Católica la familia siempre fue una preocupación central dentro de sus postulados y adoctrinamientos en la fe. Desde ella se consolidaban y reproducían los valores católicos en la sociedad con los roles sociales bien marcados, definidos por los roles de género; hombres, mujeres y niños jugaban un papel importante dentro de la institución familiar, ya que, como antes lo mencionamos, esta fue finalmente una estrategia de reproducción social utilizada por la Iglesia Católica para perpetuarse en el espacio social. De esta forma se aseguraba una existencia en la conciencia social de las personas, constituyéndose en un habitus que, como lo vimos más arriba, se fortalecía por el peso de su pasado (tradición)

en el espacio latinoamericano y especialmente en un país como Colombia.

Por lo tanto, es de entender que en un contexto social, cultural, económico y político convulso como fue el de los años sesenta la familia se sitúe nuevamente y de forma acérrima en las discusiones en torno a las transformaciones del mundo moderno y sobre los problemas que acarrea el subdesarrollo de los países del Tercer Mundo. En primer lugar, un mundo en acelerada transformación portaba cambios que podían afectar directamente a la unidad familiar, como por ejemplo una mayor conciencia sexual, definida por el empoderamiento femenino y por el uso de los métodos anticonceptivos que les otorgaron a las mujeres libertad sobre sus derechos reproductivos, y por lo tanto sexuales.

De igual forma los roles sociales de los miembros que componían la familia se transformaron, primeramente, por el nuevo rol de las mujeres en la sociedad, ya no vinculadas única y necesariamente al hogar, y también porque entró en juego un nuevo rol, el del joven. El cual se asociaba al individuo que en proceso de convertirse en adulto toma conciencia de sí mismo y de la sociedad que lo rodea, llevándolo a manifestarse en contra de las inequidades e injusticias sociales de su momento: se asocia entonces a él la rebeldía. En segundo lugar, el subdesarrollo como problema para los países de América Latina no permitía, a los ojos de la Iglesia Católica, un pleno desarrollo de la unidad familiar puesto que ella, la familia, como núcleo de la sociedad no podía proveer modelos sociales (individuos) en condiciones de subdesarrollo:

En esta toma de conciencia de la iglesia sobre sí misma en cuanto insertada en la realidad latinoamericana, es indispensable la reflexión sobre aquella parte de esa realidad que es la familia. (...) Porque la familia ha sufrido, tal vez más que otras instituciones los impactos de las mudanzas y transformaciones sociales. Porque en América Latina la familia sufre de modo especialmente grave las consecuencias de los “círculos viciosos del subdesarrollo”: malas condiciones de vida y cultura –bajo nivel de salubridad, bajo poder adquisitivo etc...-transformaciones que no siempre se pueden captar adecuadamente. (Revista Javeriana, 1968)

Como podemos apreciar, las nociones de desarrollo y subdesarrollo se trasladaron a los núcleos familiares. De un lado se consideró que la institución familiar era esencial para promover el progreso, y por el otro se le reconoció como a una víctima del subdesarrollo, ocasionando que las

dos realidades se concentraran en ella y por lo tanto la situaran como un cuerpo que nadaba entre dos mares opuestos.

Estas posturas se expresaron a través de elementos del contexto que contribuyeron a ponerla en el centro de las discusiones religiosas y laicas, tales como el control natal y demográfico. Concentrándose en éste elementos tan variados pero a la vez directamente relacionados como la sociedad de consumo, el rol de la mujer en la sociedad, la sexualidad, las carencias sociales del Tercer Mundo, y lo que la institución eclesíástica consideró como el hedonismo de la sociedad capitalista. En el documento dedicado a la Familia y al Crecimiento Poblacional la iglesia enumeró una serie de situaciones de vieja data ajustadas a la realidad inmediata, y otras nuevas propias del contexto, que ponían en peligro la estabilidad de la familia, y por ende su existencia en el nuevo mundo. El catolicismo reconocía que eran males que golpeaban fuertemente a la familia.

[El] alto índice de disgregación familiar, sea por el divorcio tan fácilmente aceptado y legalizado en no pocas partes, sea por abandono del hogar (casi siempre por el padre), sea por los desórdenes sexuales nacidos de una falsa masculinidad (...) la acentuación del hedonismo y el erotismo como resultante de la asfixiante propaganda producida por la civilización de consumo [la] desproporción de los salarios con las condiciones reales de la familia (...) mala distribución de los bienes de consumo y civilización: como alimentación, estuario, trabajo, medios de comunicación, descanso y diversiones, cultura, etc. [y] la imposibilidad material y moral para muchos jóvenes, de constituir dignamente una familia, lo que hace que surjan muchas células familiares deterioradas. (Revista Javeriana, 1968)

Desde la promulgación de la encíclica *Humano Vitae* por Pablo VI se puso sobre la mesa de discusiones las políticas de control demográfico, urgentes para los países subdesarrollados, al considerar que, si bien el crecimiento no controlado de la población era un problema, lo métodos de control natal lo eran aún más puesto que atentaban contra la vida humana. La píldora y los anticonceptivos como solución a la creciente masa de niños y niñas eran mecanismos artificiales que no sólo interrumpían el acto natural y divino de la procreación, sino que también ocasionaban que el acto sexual (vínculo sagrado del matrimonio) perdiera su función primordial que era reproductivo, entendido dentro del núcleo familiar como un acto del amor de los conyugues en Cristo. Y como consecuencia “el alto porcentaje de hijos ilegítimos y de uniones ocasionales es un factor que pesa fuertemente sobre la

explosión demográfica” (Revista Javeriana, 1968).

Por lo tanto era importante promulgar la unidad de la familia y la abstención como estrategia para reducir el crecimiento poblacional, ya que en parte éste era producto de los cambios impuestos por la sociedad capitalista que incitaba a adherirse a unas prácticas consideradas como modernas. Que sin embargo, en los países subdesarrollados en donde las estructuras sociales eran en sí mismo un impedimento para el desarrollo resultaban devastadoras principalmente para la familia, considerada como unidad global de progreso. Bajo este orden de ideas la iglesia hacía una invitación a alejarse de las prácticas estandarizadas de la sociedad de consumo que provocaban la corrupción familiar. Los prelados se pronunciaron haciendo

(...) una invitación y un estímulo para la formación integral de las personas mediante un autoeducación de los matrimonios cuyos elementos principales son: el auto-dominio, el rechazo de soluciones fáciles pero peligrosas por ser alienantes y deformadoras, la necesidad de la gracia de Dios para cumplir la ley, la fe como animadora de la existencia y un humanismo nuevo libertado del erotismo de la civilización burguesa, etc. (Revista Javeriana, 1968)

De lo anterior se puede entender que para la iglesia la civilización burguesa (nodo del sistema capitalista) se concebía como una sociedad que incitaba a las degradaciones sociales como el erotismo, amigo de los mecanismos anticonceptivos, dándole a los individuos el poder de controlar el resultado de los actos sexuales, lo que volcaría a la sociedad hacia sus instintos carnales llevándola a la depravación, y que por extensión se irradiaría a todo el globo.

Consideramos, entonces, que para Iglesia Católica el mayor malestar que aquejaba a la sociedad era el sistema capitalista globalizado que producía inequidad y desestabilización moral, en donde la familia era sólo una parte, importante, sí, pero una parte del conglomerado de problemas sociales que aquejaban a las sociedades subdesarrolladas que sufrían los embates de la desigualdad de un sistema que de por sí resultaba desigual. La depravación de la institución familiar, la violencia generada desde los grupos sociales golpeados por las injusticias laborales, políticas y económicas, así como las carencias generales eran productos de dicho sistema. Esto se entiende quizás porque en un contexto en donde la sociedad temporal adquiriría mayor importancia que la espiritual, la iglesia entendió que haciéndole frente y señalando sus limitaciones podría quizás

mitigar un poco los impactos negativos del desarrollo. Y para eso era necesario promulgar su propio cambio, aunque fuera a medias y en ciertos territorios llevara tiempo.

Conclusión

La década de los sesenta del siglo pasado fue un periodo en el que se condensaron una serie de transformaciones sociales y culturales que trastocaron el ordenamiento social que se había establecido durante la primera mitad del siglo XX. La sociedad global se enfrentó a una serie de cambios que generaron en ella la creación y/o visión de estar viviendo en un tiempo completamente nuevo, volcado hacia el progreso social. El cual se midió en términos económicos y sociales, es decir, en criterios mínimos de subsistencia. Quienes poseían en mayor medida índices favorables de crecimiento se consideraban como promotores del progreso, pues en ellos se estaba generando la justicia social, es decir, el buen bienestar. Por su parte, quienes carecían de dichos indicadores o los que existían era muy desfavorables, se veían y entendían como carentes de progreso.

Con esta idea, alimentada por los cambios sociales que aceleraron el cambio de mentalidad y con ella la estructura social, se desarrollaron las nociones complementarias y a la vez antagónicas de desarrollo y subdesarrollo. Bajo esta dualidad se configuró el mundo de la segunda mitad del siglo XX desde finales de los años cincuenta y, especialmente, desde la década de los sesenta. La distinción entre países del Primer Mundo, con Europa y los Estados Unidos como modelos, y los países del Tercer Mundo -con América Latina como la parte del globo más representativa- propició y condicionó las relaciones económicas, sociales y culturales entre ambas partes. De la misma forma, se abrió el espacio para los debates en torno al desarrollo y al subdesarrollo con la toma de posición de los agentes sociales de los distintos campos del espacio social. El desarrollo y su contraparte ingresaron en los distintos escenarios discursivos generando narrativas que en ocasiones eran complementarias y, en otras, opuestas: todos hablaban de desarrollo.

La Iglesia Católica no permaneció aislada y también generó sus propias interpretaciones sobre el desarrollo y el progreso, pero sin alejarse de su anclaje religioso. Frente a la fuerza, y quizás la presión del contexto, el catolicismo se pronunció en los mismos términos que el resto de la sociedad, pero matizando sus declaraciones de acuerdo con su visión escatológica del mundo; para ella el desarrollo era alcanzado a través de las labores religiosas, como trabajo colectivo, y las actividades individuales como reafirmación de la creencia. Esta idea quedó plasmada y comenzó a materializarse en el Concilio Vaticano II a principios de la década de los sesenta, y aterrizó a América Latina en la Segunda Conferencia

Episcopal Latinoamericana celebrada en Colombia en 1968.

En la reunión celebrada en la ciudad de Medellín salió a relucir la visión de mundo que estaba construyendo la Iglesia Católica frente a los cambios que se presentaban a su alrededor. El desarrollo y el subdesarrollo fueron las líneas argumentativas que direccionaron las discusiones de los prelados, identificando y proponiendo soluciones para salir del subdesarrollo, que era el principal problema de los países latinoamericanos. Sin abandonar los planteamientos que cimentaban la fe, se discutió sobre los peligros que se configuraban en ese nuevo mundo, sin pretender erradicarlos, pero sí acogiéndolos para buscarles soluciones más allá de lo terrenal. De esta forma, la sociedad de consumo y con ella el capitalismo se concibió como una expresión social, económica y cultural de la actualidad con alcances devastadores desde la óptica temporal; igualmente los placeres que se expandían por el mundo como producto de la sociedad hedonista, consecuencia del capitalismo, debían ser regulados mediante de la afiliación religiosa de las personas; por su parte, la familia se afirmó como pilar de la sociedad capaz, en el nuevo contexto, de contribuir al desarrollo y progreso de la sociedad.

Con esa lectura, el catolicismo colombiano, inscrito en un contexto de subdesarrollo, interpretó a la sociedad colombiana. Sin embargo, viendo en el contexto nacional dos mundos que se encontraban y procuraban dialogar, la iglesia presentó una división en su interior debido a que mientras unos prelados vieron en la realidad terrenal las soluciones para el desarrollo y progreso del país, otros menos progresistas consideraron que acercarse a la realidad inmediata podía poner a tambalear los cimientos mismos de la sociedad, la religión misma. De esta forma, el desarrollo y sus alcances se convirtió en el seno del clero en un espacio de disputa por formas de entender el país de cara al mundo. Es decir que, la cúpula católica no estuvo exenta de dualidad que supuso las discusiones en torno al desarrollo y al subdesarrollo, muy a pesar de haber creado en el seno de la institución unas visiones escatológicas del progreso social.

Referencias Bibliográficas

- Arias, R. (2003). *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850 – 2000)*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Arias, R. (2009a). El episcopado colombiano en los años 60. *Revista de Estudios sociales* (33). 79 – 90.
- Arias Trujillo, R. (2009b). La Democracia Cristiana en Colombia (1959-1960). Observaciones preliminares. *Historia Crítica*, (39E), 188-216.
- Bourdieu, P. (2001). *Langage et pouvoir symbolique*. París: Éditions du Seuil.
- Bourdieu, P. (2009). *La eficacia simbólica. Religión y política*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Bourdieu, P. (2011). *Estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Escobar, A. (2007). La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Caracas: Fundación editorial el perro y la rana.
- Escobar, A., & Ochoa, D. (2014). *La invención del desarrollo*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Fazio Vengoa, H. (2001). La globalización como proceso de larga duración. *Reflexión Política*, 3(5), 1-20.
- Fazio Vengoa, H. (2014). *Los setenta convulsionaron el mundo: Irrumpe el presente histórico*. Bogotá: Ediciones Uniandes-Universidad de los Andes.
- Gaviria Ríos, M. A. (2007). La comprensión del desarrollo a partir de la encíclica *populorum progressio*. *Páginas de la UCPR*, 71+. Doi <http://dbvirtual.uniatlantico.edu.co:2940/apps/doc/A334178613/IFME?u=uatlan&sid=IFME&xid=f0f665bf>
- Gaviria, A. (2016). “Población y sociedad”. En Posada Carbó, Eduardo (Dir.); Orlando Melo, Jorge (Cord.). Colombia. *La búsqueda de la democracia 1960 – 2010*. Tomo 5 (179 – 229). Madrid: Fundación MAPFRE.
- González, F. E. (2006). *Partidos políticos, guerras e iglesias en la construcción del*

- Estado Nación en Colombia (1830 – 1900)*. Medellín: La carreta editores E.U.
- Hobsbawm, E. (1999). *Historia del siglo XX*. 1914-1991. *Región y Sociedad*, 11(17), 188.
- Hobsbawm, Eric. (2015). *Historia del siglo XX*. Bogotá: Crítica.
- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje práctico y social*. Madrid: Editorial Trotta.
- Marti, P. (2013). La espiritualidad cristiana en el Concilio Vaticano II. *Scripta Theologica*, 45(1), 153. Doi <http://dbvirtual.uniatlantico.edu.co:2940/apps/doc/A328942870/IFME?u=uatlan&sid=IFME&xid=d14dcf6d>
- Palacios, M. & Safford, F. (2002). *Colombia: país fragmentado, Sociedad dividida*. Bogotá: Editorial norma.
- Pérez Prieto, V. (2016). Los orígenes de la teología de la liberación en Colombia: Richard Shaul, Camilo Torres, Rafael Avila, “Golconda”, sacerdotes para América Latina, cristianos por el socialismo y comunidades eclesiales de base. *Cuestiones Teológicas*, 43(99), 73+. Doi <http://dbvirtual.uniatlantico.edu.co:2940/apps/doc/A489080415/IFME?u=uatlan&sid=IFME&xid=24c71f51>
- Revista Javeriana. (octubre 1968). Los obispos hacen examen de conciencia. Documento final de la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Bogotá, Colombia.
- Tirado Mejía, Á. (2014). *Los años 60: una revolución en la cultura*. Bogotá: Debate.
- Torres Bryon, A. D. (2014). Colombia: La iglesia católica y el control de la natalidad en los años sesenta. *Historia y espacio*, (43), 145-169.
- Villar, J. R. (2012). La hermenéutica del Concilio Vaticano II. *Scripta Theologica*, 44(3), 615-640.